

Vicaría de la Solidaridad: Historia de su trabajo social



VICARIA DE LA SOLIDARIDAD:
HISTORIA DE SU TRABAJO SOCIAL

Distribuye

LIBRERIA SAN PABLO

Avda. L. B. O'Higgins 1626, Casilla 3746

Teléfono 6989145; Fax: 6716884

Santiago de Chile

Este libro fue impreso gracias a la colaboración de la Fundación Interamericana (IAF-EE.UU.) y a Catholic Relief Services (Ginebra-Suiza).

Portada: Gonzalo Torres A.

© EDICIONES PAULINAS

Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

1ª edición Agosto de 1991

Inscripción N° 79.411

Impresor: TALLERES GRAFICOS

Pía Sociedad de San Pablo

Impreso en Chile - Printed in Chile

**VICARIA
DE LA SOLIDARIDAD:
Historia de su trabajo social**

EDICIONES PAULINAS

Colección

TESTIGOS DEL EVANGELIO

1. **Cuando los santos son amigos**
Segundo Galilea
2. **Mártires latinoamericanos de hoy**
Paul Debesse
3. **Nueva Evangelización**
Leonardo Boff
4. **Vicaría de la Solidaridad:**
Historia de su trabajo social

Presentación

Esta obra quiere invitarlos a conocer no una, sino múltiples historias que se entrecruzan como parte de la vida de nuestra querida patria en años de dolor, pero también de mucho amor, fe y esperanza.

Relata las vivencias de pobladores que han buscado, en forma organizada, hacer efectivos sus derechos; la experiencia de profesionales que han puesto en juego su capacidad técnica y humana para apoyar esta búsqueda; y el enriquecimiento de la Iglesia que ha aprendido una forma nueva de servir al mundo, de acompañar a los pobres, y que ha abierto nuevos horizontes de evangelización.

En sus páginas se puede apreciar el crecimiento como personas que ha acontecido en miles de pobladores, especialmente mujeres, al tomar conciencia de sí mismos como personas con sus derechos y deberes, y, también, en profesionales que, a través de su cuestionamiento y cambio, han abierto nuevas rutas de promoción social y de desarrollo humano; asimismo, muestra el rostro materno de la Iglesia, con las dudas y certezas propias de todo proceso humano en gestación.

No pretende ser, éste, un libro técnico sobre el trabajo social desarrollado en estos años, tampoco busca agotar el tema de la historia del trabajo solidario. Sólo busca recoger la experiencia y la tarea desarrollada por todos estos actores, pues es éste un tiempo en el que es necesario revisar para proyectar, repensar para optar.

El compromiso de la Iglesia con la defensa y promoción de los derechos humanos es permanente y no está en cuestión. Pero las formas que éste adquiere en diversos momentos de la historia debe ser objeto de constante revisión, si no queremos que la historia pase por sobre nosotros.

Agradezco a todos los que han hecho posible las experiencias que se relatan y a quienes tuvieron la oportunidad de aportar con su testimonio.

Agradezco, especialmente, a la periodista Sandra Rojas, quien ha tenido a su cargo la redacción de esta historia, labor que asumió con pasión y paciencia.

Agradezco, también, al Departamento de Acción y Educación Solidaria (DAES) de nuestra Vicaría, por su aporte en la realización de esta obra.

Agradezco, finalmente, a todos quienes nos han apoyado, a quienes nos han criticado y a quienes no nos permitirán abandonar nuestra opción por la vida.

SERGIO VALECH ALDUNATE

Obispo Auxiliar

Vicario de la Solidaridad

Arzobispado de Santiago

I. LOS ORIGENES DE LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD

1. Nace un Comité...

1.1. *"Veníamos de un sueño roto"*

El 16 de octubre de 1973 la asistente social Argentina Valenzuela subió al sexto piso del edificio de calle Erasmo Escala del Arzobispado de Santiago. No tenía muy claro hacia dónde la conducirían sus pasos. En medio de la confusión de aquellos días, había respondido sin dudarlo al llamado que le hiciera el Obispo Fernando Ariztía, Vicario de la Zona Oeste, con quien le unía una profunda amistad, fruto de la experiencia de vida religiosa que ella había tenido.

"Tina, le dijo el Obispo Ariztía, se ha creado el Comité por la Paz en Chile. Allí se iniciará un trabajo y creo que tú puedes ser la persona indicada para estar ahí. Preséntate".

Así de escueta había sido la invitación del sacerdote, quien ya estaba enterado de que la Srta. Argentina había sido despedida de la Universidad Católica por pertenecer, desde hacía sólo 6 meses, a un grupo de docentes de la Escuela de Trabajo Social que era identificado como de la Unidad Popular.

Ya en el sexto piso del Arzobispado, la asistente social se encontró con otras personas: profesionales, sacerdotes y religio-

sas. Muchos no se conocían y ninguno tenía claro cuáles eran las funciones que desde entonces comenzarían a cumplir.

Nadie sabía lo importante que sería su labor. En ese minuto sólo era una forma de responder a la emergencia, de manera improvisada, con lo que se podía.

Con la emoción de recordar hechos históricos que han adquirido más valor con el tiempo, la asistente Valenzuela recuerda los primeros días en el Comité:

"Atendíamos sin tener una oficina claramente diseñada: en los pasillos recibíamos a las personas que presentaban las más diversas situaciones. Llegaban desde los cientos de despedidos de los servicios públicos hasta un señor que me decía: ando arrancando, ¿qué puede hacer por mí?"

Después de conversar con él, me pedía que por lo menos lo acompañara a la micro.

Y en ese momento yo no podía ponerme a pensar si era verdad o no lo que me decía y qué riesgos implicaba. Con mucho susto, yo lo acompañaba hasta la micro".

En realidad, la claridad respecto del trabajo que se iba a desarrollar en el Comité, no era algo que importara mucho en ese momento. Lo relevante era estar ahí, dispuesto a ayudar al desamparado. ¿Cómo? No se sabía. Sólo existía una secreta convicción de que allí era posible tender una mano.

El calor del verano se hacía cada vez más intenso y aplastante a medida que corrían los días de octubre. También eran cada vez más intensos los efectos del golpe militar, ocurrido un mes antes. La dimensión de la tragedia comenzaba a mostrarse. Había muertos. Perseguidos. Desaparecidos. Prisioneros. Y un temor insospechado se expandía por las calles.

Los bandos del gobierno militar se sucedían uno tras otro, transformando la faz jurídica del país. Todos podían ser sospechosos y culpables. Merecedores de un despido laboral, de una detención o de la muerte. El derecho ya no servía para defender a las personas. El desamparo cundía.

Y ante tanto desamparo, muchos llegaron a las oficinas de ese sexto piso donde estaba el Comité ¹. Unos, pidiendo ayuda de todo tipo: una palabra, un consejo, un apoyo concreto para alguna gestión. Otros, queriendo ayudar de distintas formas y buscando compartir la experiencia de haber tenido un sueño, diferente para cada uno, pero que se había roto.

1 El Comité de Cooperación para la Paz en Chile, creado el 6 de octubre de 1973, fue un organismo de carácter ecuménico que integraron sacerdotes de la Iglesia Católica, pastores de la Iglesia Metodista, Evangélica Luterana, Metodista Pentecostal, del Consejo Mundial de Iglesias y de la Comunidad Israelita. Su función fue responder a las diversas necesidades de la población afectada por situaciones represivas y por graves problemas económicos derivados de la cesantía.

Ahí, en el Comité, se encontraban estos diversos personajes que la historia unía para escribir un capítulo tan doloroso como vital.

A fines de 1973 las oficinas subterráneas del Congreso Nacional que habían sido cerradas para sus funciones normales se abrieron para recibir a miles de familiares que buscaban obtener información de los detenidos en los distintos campos de prisioneros. Allí funcionaba el SENDET², un organismo creado por la Junta de Gobierno para dar información a los afectados.

En el segundo piso, sin embargo, funcionaba otro organismo creado a instancias de la Junta Militar con fines totalmente distintos. Ahí estaba la DINA³.

Desde el edificio que nunca más volvería a ser del Congreso, la DINA comenzó a crecer, mientras transcurrían los primeros meses del gobierno militar. El organismo, aunque no contaba con la simpatía de los miembros de la Aviación y de Carabineros, incluso de algunos generales del Ejército, fue concentrando cada vez más poder en manos del coronel Manuel Contreras.

2 Secretaría Nacional de Detenidos, creada en 1973.

3 El 14 de junio de 1974, mediante el D.L. 521, se crea la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional). Pero el organismo venía funcionando desde fines de 1973. Su decreto de fundación fue duramente criticado por los Obispos Católicos ya que contenía cláusulas secretas.

Ese poder iría transformando el control masivo que caracterizó a los primeros días del golpe militar en una represión cada vez más selectiva, con mecanismos más especializados para perseguir a grupos políticos específicos.

De la brutalidad inicial poco a poco se va pasando al refinamiento. Una estrategia sin límites que incluye la desaparición de personas y el atentado criminal.

Víctimas de esta estrategia, empiezan a engrosar los listados de desaparecidos al principio de distintas militancias, luego socialistas, miristas y después comunistas. Por otra parte se atenta contra connotados dirigentes del gobierno de la Unidad Popular; el general Prats y su señora el 30 de septiembre de 1974, en Buenos Aires; el ex canciller Orlando Letelier y su secretaria el 21 de septiembre de 1976, en Washington. Por milagro salva con vida el dirigente demócrata cristiano Bernardo Leighton y su señora, a fines de 1975 en Roma.

A la estrategia represiva se sumó el reordenamiento social que parte con la dictación de una serie de decretos leyes para dejar en receso toda forma de organización. El decreto ley 34 interviene las organizaciones comunitarias, el 911 establece la existencia de dirigentes designados. Se prohíben las reuniones públicas y se designan observadores para ciertos encuentros. Se altera completamente la vida social.

Todos los derechos humanos eran violados. Ninguno escapaba a esta norma.

La situación social y política de Chile comienza a ser analizada por las demás naciones del mundo. El Senado norteamericano aprueba un voto por el cual se niega la ayuda militar y económica solicitada, hasta que el gobierno de Chile "restituya los derechos humanos de los chilenos y extranjeros".

El general Pinochet reacciona airadamente frente a la crítica, y califica de "deplorable" la intromisión del gobierno norteamericano (7 de octubre de 1973).

Exactamente, tres meses después de la reacción de Pinochet, el 7 de enero de 1974, la asistente social española Montse Moretó se acercó al Comité Por la Paz para ofrecer su ayuda. El verano del 74 seguía siendo tenso y angustioso.

Montse sabía lo que eran las dictaduras, conocía bien la de Franco en su país. Por eso, en ningún minuto pensó en la posibilidad de regresar a España, y desde el mismo día del golpe militar buscó la forma de cooperar con los afectados y responder así ante el pueblo que la había acogido.

En el Comité, Montse participó en la sección donde se apoyaba a las personas que debían dejar el país. *"Era algo muy especial, recuerda con su hermoso acento español, uníamos allí nuestra dimensión de fe, la dimensión política y la profesional, todo para ponerlo al servicio de los perseguidos"*.

Por los mismos días en que llegó Montse, también se acercó otra asistente social: Ninfa Pérez. Ella también estuvo al principio cuando no había claridad en los programas, en los departamentos,

en nada, sólo había un espacio -el Comité- donde se ayudaba a la gente.

"Lo más impactante, dice Ninfa, es que en esta gran sala del horror que era el Comité donde llegaban los relatos más atroces, había una entrega total. A veces demasiada porque uno no tomaba ninguna distancia. Yo terminé varias veces desmayada mientras escuchaba el relato de un familiar de desaparecido".

Mucha comunión, mucha entrega. Eso era el Comité. Al comienzo no había en él un proyecto claro de trabajo que pudiera orientar las líneas de acción.

Así lo reconoce el Padre Cristián Precht: *"No había ninguna claridad, sólo urgencias y emergencias. Había que defender los derechos humanos y lo hacíamos. Había que ir a un consejo de guerra, íbamos al consejo de guerra. El Comité se fue armando muy artesanalmente. Sólo teníamos claridad de que había que hacer algo por el grado de pobreza y postración que aumentaba..."*

Si bien no existía un proyecto de trabajo pre-establecido, había una reflexión en torno a las urgencias de la realidad, que daría muchas luces para abrir el camino.

Daniela Sánchez era una de las mujeres que trabajaba junto a los sacerdotes y laicos del Comité. Había llegado al inicio del organismo para convertirse en una de las asistentes sociales

artífices de este trabajo y del que se desarrollaría luego en la Vicaría de la Solidaridad. Esta era su reflexión:

"Junto a la detención de una persona hay un conjunto de efectos sociales que van produciendo daño y marginación en la familia del afectado. En ese sentido, lo primero que veíamos era la cesantía. Luego, estaba el problema de salud que presentaban todas las personas que acudían por ayuda. O sea, la preocupación fundamental era por aquellos detenidos que vivían en los sectores populares. Yo no niego que los detenidos más conocidos o con más recursos no tuvieran necesidades, pero los más pobres tenían aún más dificultades, estaban completamente desprotegidos, sin organizaciones que les ayudaran, sin JAP,⁴ sin Junta de Vecinos, sin nada. Todo esto era muy intuitivo, pero con mucha capacidad de reacción. Eran ideas precarias, pero que tenían sentido. Decíamos que dentro de los derechos humanos más violados estaban el derecho a la salud, al trabajo y la posibilidad de hablar con otros vecinos".

Nada estaba muy claro. Pero todos los que llegaron al Comité se fueron comprometiendo en esta aventura de ayudar con sus mochilas cargadas de historias, todas tan distintas como ricas. Cada uno con lo suyo: con su experiencia personal, con su historia de vida, con sus propios miedos, frustraciones y esperanzas.

4 JAP, Junta de Abastecimiento y Precios, organismo de distribución de alimentos creado por el gobierno de la Unidad Popular.

Así, con todo lo suyo, estaba Gonzalo Aguirre, el sacerdote, también ingeniero, que había sido llamado por monseñor Fernando Ariztía para que apoyara el trabajo del Comité Por la Paz. El padre Aguirre pertenecía a un grupo de sacerdotes que había optado por vivir en una población y trabajar para ganarse el pan igual que todos los hombres. Por eso, hacía clases a trabajadores en el INACAP (Instituto Nacional de Capacitación), una tarea que sólo abandonó años más tarde para dedicarse por entero a su labor en la Vicaría de la Solidaridad. Para vivir como todos, compartía una casa en la población Saroch, a la entrada de Maipú, junto a otros dos sacerdotes: Ignacio Vergara y José Aldunate.

En una comisión asesora que apoyaba a los cesantes, despedidos por razones políticas, empezó a trabajar Gonzalo Aguirre. Los afectados presentaban proyectos productivos y la función del Comité era canalizar la ayuda económica que llegaba de las agencias de los países amigos. Al cabo de un año, este trabajo cobró autonomía y se formó el COMSODE⁵.

"Al principio no estaba muy definida mi función, declara Gonzalo Aguirre en la oficina que hoy ocupa en la calle Rosal. Se ha retirado del sacerdocio y trabaja en ICTUS,⁶ como

5 COMSODE, Comisión de Solidaridad y Desarrollo, organismo independiente del Comité Para la Paz que canaliza apoyo y recursos para los cesantes por motivos políticos.

6 ICTUS, Productora independiente de teatro y video.

secretario ejecutivo. *Era algo así como preocuparme de la capacitación a nivel poblacional. Poco a poco se fue estructurando mi trabajo que era evaluar los proyectos presentados y canalizar los dineros. Hasta ese momento, yo no conocía ni de nombre las agencias a las que íbamos canalizando los proyectos*".

Así se fue organizando el trabajo del Comité para la Paz. Al poco tiempo, sus oficinas se trasladaron a Santa Mónica 2338. Esa dirección fue circulando de manera silenciosa entre quienes necesitaban ayuda. "Vaya a Santa Mónica, allá lo pueden ayudar", solía escucharse.

Poco a poco la labor se fue organizando y estructurando en distintos departamentos y programas, jurídicos, asistenciales, laborales, de salud, comedores, talleres artesanales, campesinos. Todos tan múltiples, como lo exigían las necesidades del momento.

Con los meses, fue surgiendo la idea de trabajar directamente en las zonas donde vivían las familias pobladoras y donde se encontraban las parroquias.

La labor del Comité se empezaba a abrir paso en las zonas pastorales de la Iglesia de Santiago. Allí era donde había mayor demanda de apoyo, muchos sacerdotes y religiosas no daban abasto con tantas peticiones.

Cada vez que el Plan de Recuperación Económica, impuesto por el régimen, exigió nuevas "apreturas de cinturón" a los

pobladores, más se llenaron los comedores, más aumentaron los integrantes de las bolsas de cesantes y más atenciones hubo en salud.

Era un tipo de defensa social ante los atropellos a los derechos humanos. Un trabajo más invisible que el de defensa jurídica ante los tribunales, no por ello menos importante.

Daniela Sánchez hoy reflexiona en torno a esos primeros días de Comité y esas búsquedas iniciales:

"Esa tarea es parte de una historia un poco transparente que a veces no se ve, pero que es muy importante. Es un poco invisible ante los grandes violadores de los derechos humanos y ante los grandes defensores. Pero creo que el fenómeno de defensa individual no se explica sin la defensa social, que nosotros siempre vinculamos a la promoción. Así fuimos reaccionando ante los problemas, más que con un proyecto de trabajo solidario, con una utopía o un tipo de pensamiento de cómo debían ser las cosas".

1.2. Los primeros familiares de detenidos desaparecidos

No era fácil estar en esos momentos en el Comité. Había mucho miedo. Todos tenían miedo.

También Viviana Heller, una joven asistente social que acababa de titularse cuando decidió acercarse al Comité. Ahí trabajaba una amiga suya que la ayudó para entrar en junio de 1975, al departamento campesino. No tenía ninguna experiencia

en ese sector, pero allí hacía falta alguien. Lo primero fue hacer encuestas entre los campesinos sindicalizados que sólo querían un predio para volver a trabajar. Luego se contactaron con los familiares de los detenidos y de los desaparecidos de las zonas de San Antonio, Melipilla, Isla de Maipo, Lonquén y Paine. Paralelamente, se iban contactando con las parroquias donde se iban formando comedores infantiles.

Pero no era fácil estar allí. Recuerda Viviana:

"En lo personal yo estaba como en un período de shock, muchos amigos se habían tenido que ir, todo se había derrumbado".

A los pocos meses de trabajo, Viviana debió tomar licencia ya que atravesaba por un stress. En su reemplazo su amiga Betty Walker comenzó a reunirse con el taller que formaban los familiares de detenidos de Paine.

El reemplazo de Betty no duró mucho. En plena reunión fueron interrumpidos por Carabineros. Todos fueron detenidos. Betty fue trasladada a Cuatro Alamos y luego a Tres Alamos donde estuvo tres meses.

"Todos los interrogatorios que le hicieron giraban en torno a las actividades del Comité, pero como ella era reemplazante no sabía. Le mostraban fotos y Betty sólo lograba reconocer al Cardenal Silva Henríquez y al Padre Cristián Precht. Creían que se estaba burlando..."

Así como Betty Walker, muchos otros funcionarios del Comité fueron detenidos durante los dos años que duró el organismo: Francisco Ruiz, Georgina Ocaranza, Jéssica Ulloa, José Zalaquett, Juan Polanco, entre otros.

Las detenciones eran una posibilidad inminente en esos días. Había riesgo, pero nadie tenía claro de dónde podía venir. Paradójicamente, aunque el Comité resultaba peligroso, al mismo tiempo era un espacio donde se respiraba con más tranquilidad. Allí no todo era negro.

Así fue para Viviana Heller. Mucho más que un simple trabajo.

"De a poco empecé a descubrir que valía la pena seguir, porque uno podía aportar un granito de arena para que esta dictadura no fuera tan terrible. Uno tenía el dolor de lo que había pasado, pero se encontraba con personas directamente afectadas, familiares, detenidos, y en ellos había mucha fuerza, mucha energía y vida. La solidaridad estaba ahí, en ellos".

La solidaridad, por lo tanto, no era un concepto que los profesionales debían desarrollar en terreno. Era algo más complejo, que convivía entre la gente, en medio de la pena y la pobreza. No había nada que inventar. Más bien, había que sacar afuera la solidaridad.

Había que responder con mucha creatividad. Estar atento a los gestos solidarios que nacían de la gente.

Era un trabajo nuevo, inimaginable. Los recursos que tradicionalmente habían servido para proteger a las personas no eran suficientes. Había que ir más allá del derecho.

Gloria Torres era de las profesionales del Comité que acababan de egresar de la Universidad. Era abogado. Llena de energía. Para ella, como para muchos, no era muy claro el significado y las implicancias que tenía el golpe militar. Poco a poco se fue dando cuenta. Tenía 22 años cuando llegó al Comité de Cooperación para la Paz.

Gloria también traía un sueño roto. Era parte de la generación de estudiantes del '70 que se había formado al calor de las grandes luchas sociales y con un horizonte abierto y exitoso. Pero en noviembre de 1973 muchos de sus compañeros habían sido suspendidos o expulsados de la Universidad, no habían podido egresar. Era el caso de su amiga Verónica Matus con quien llegó al Comité. Como procuradoras comenzaron a trabajar en el departamento jurídico de la Vicaría.

Los resultados en materia jurídica no eran alentadores. Los Tribunales de Justicia ya habían fijado un precedente al negar el primer recurso de amparo que Bernardo Leighton puso por los ministros Carlos Briones, Clodomiro Almeyda y otros, el 14 de septiembre de 1973.

"El gran problema era que no teníamos experiencia anterior, nadie la tenía, y sobre una situación que el derecho no daba ninguna respuesta. Fuimos muy creativas y ágiles para inventar cosas nuevas".

"Yo estaba a cargo de hacer colas, iba al SENDET, de ahí al Ministerio de Defensa, a distintas partes. Buscábamos información de casos bien difíciles: fusilados y personas en tortura grave. En ese tiempo fundamentalmente se trataba de encontrar gente. Había mucho terror, nadie les daba respuesta, a nosotros tampoco, pero por lo menos buscábamos, insistíamos", confiesa Gloria Torres.

"No teníamos mucha conciencia de lo que era el golpe, teníamos una ignorancia atrevida. Yo me paseaba por el Ministerio de Defensa pero no tenía idea de que me podían detener".

Del trabajo jurídico se va desprendiendo toda una relación con los afectados. Se empieza a apoyar el conjunto de necesidades que sufren los prisioneros y sus familias. Una acción que iba mucho más allá de lo jurídico. Más allá de los Tribunales de Justicia.

"Y esto no era fácil, aunque para la gente joven que no tenía experiencia profesional nos era más sencillo embarcarnos en proyectos distintos".

El 29 de marzo de 1974 el Comité presentó el primer recurso de amparo masivo por 131 personas. No hubo respuestas de los tribunales.

La abogada Gloria Torres trabajó intensamente en la presentación de ese recurso. Y ante la negativa de los tribunales, ella participó en el inicio de lo que llama "la defensa extra-legal".

Una labor que buscaba apoyar a los familiares y denunciar lo que les sucedía.

1.3. La denuncia urgente

Las arpilleras fueron entonces el instrumento que se utilizó para comunicar la vivencia de los detenidos y sus familiares.

"Así nos abrimos a una nueva forma de denuncia. Nosotros contábamos con la verdad y con esos familiares, mayoritariamente mujeres. Si ellas no podían escribir, hablar públicamente, sí sabían bordar y tejer. En sus casas recolectaron géneros y lanas y en el despacho jurídico nacieron las primeras arpilleras...", recuerda Gloria Torres.

Aunque no en forma estructurada, en el trabajo solidario desarrollado en el Comité por la Paz siempre estuvo presente la idea de denunciar lo que estaba ocurriendo. Incluso en tareas muy silenciosas como la atención de salud.

Esa capacidad de denuncia, así como otras habilidades, debieron desarrollar los profesionales de la salud que llegaron al Comité. La doctora Gilda Gnecco, entre otros, recuerda:

"Debíamos ver cómo asumíamos una realidad para la cual nunca nos prepararon. Nosotros no sabíamos nada de medicina de guerra, pero debíamos dar apoyo a los detenidos en los campos de prisioneros en Chacabuco, en Tres Alamos y en otros lugares. Era una asistencia médica especial, teníamos que conseguirles anteojos para que hicieran sus trabajos de

artesanía, debíamos hacer tratamientos dentales a quienes habían sufrido dolencias producto de las torturas, había que sacar radiografías a los pacientes que resultaban quebrados de brazos y piernas. Además de atender, debíamos denunciar, sentíamos la responsabilidad de mostrar hacia afuera las violaciones que se estaban cometiendo en el país".

Una prueba a la capacidad de respuesta rápida, tuvieron los profesionales de salud del Comité a fines de julio de 1975, cuando llegó la noticia de que en publicaciones extranjeras aparecía una lista de 119 chilenos desaparecidos. Supuestamente, ellos habían muerto producto de choques entre grupos izquierdistas. En realidad, era una artimaña que sólo demostraba que esas personas habían sido detenidas por los servicios de seguridad. Era una de esas situaciones que había que enfrentar con improvisación y a la vez extremo cuidado.

Gilda Gnecco lo recuerda muy bien.

"Cuando salió la lista, tuvimos que organizarnos como equipo de salud para enfrentar a todos los familiares que empezaron a llegar al Comité. Se vivieron escenas terribles de dolor, llanto, rabia, impotencia. Por suerte, tuvimos capacidad para reaccionar bien, contener y ayudar a las personas. Pudimos manejar la situación junto a los religiosos y las asistentes sociales, a pesar de no estar preparados para eso. Fuimos aprendiendo así, que era necesario hacer un trabajo interdisciplinario".

La improvisación y el trabajo interdisciplinario sirvieron más adelante para enfrentar otras emergencias derivadas de las huelgas de hambre y entre los asilados en las embajadas.

Era una labor que se iba construyendo y planificando conforme se presentaban las situaciones siempre nuevas, siempre urgentes.

Distintos personajes con orígenes diversos, se fueron encontrando en el Comité de Cooperación para la Paz, participando en su creación y en su historia: religiosos, laicos, creyentes, no creyentes, profesionales de toda especialidad.

Pese a las diferencias, tres cuestiones básicas unían a los que llegaron a Santa Mónica 2338. Un proyecto vital -de trabajo, social o político- que se veía frustrado a partir del golpe militar. Una gran mística y fe de que más allá del dolor, era posible generar nueva vida, y un convencimiento total de que era necesario hacer algo, responder a la emergencia y no quedarse de brazos cruzados.

Esas dos características unían también a los profesionales del sector salud que se vincularon entonces al Comité.

El proyecto en el que habían puesto todas sus energías, se había desarrollado en el Servicio Nacional de Salud. Médicos, matronas, enfermeras y otro personal de salud llegaron a Santa Mónica trayendo, en su mochila, la experiencia de haber aplicado un modelo de atención en salud que ponía el acento en la participación de la población.

Ser sano no es sólo no estar enfermo, decían los profesionales. Por eso insistían en mejorar los índices de salud a través de la educación y la participación de la gente. En este esquema se habían desarrollado comités y consejos locales de salud. El enfoque buscaba mejorar al enfermo y prevenir las enfermedades.

Un hermoso proyecto que se había interrumpido bruscamente.

Los profesionales que habían recibido una formación de acuerdo a los postulados de la medicina social y que buscaban formas de atención integral para los pacientes, estaban en su mayoría cesantes. En el mejor de los casos, ocupaban los últimos peldaños de la escala funcionaria del Servicio Nacional de Salud. Cesantes o cuasicesantes, ellos fueron vinculándose al Comité, donde comenzó a desarrollarse un programa de salud.

Así llegó el doctor Eduardo Fernández, pediatra especialista en enfermedades respiratorias que había visto frustrada su carrera dentro del Servicio Nacional de Salud, donde se desempeñaba como sub-director del Consultorio de Maipú. *"Allí todo terminó cuando vino el 11 de septiembre. Me acusaron de ser activista político"*, nos dice.

Despedido, debía enfrentarse a la cesantía. Desempeño en el área privada no tenía, ya que toda su vida profesional la había dedicado al Servicio Nacional de Salud. Junto a su colega Rubén Ipinza intentaron levantar algunos proyectos, pero no tenían ninguna experiencia de autofinanciamiento. No querían irse del

país, sin embargo se enfrentaban a la necesidad de vivir sin tener ni siquiera autorización de SERMENA ⁷ para atender como médicos particulares.

Fue entonces cuando los llamaron del Comité de Cooperación para la Paz y nació, el 1 de mayo de 1974, el Centro Médico que comenzó a atender a los pacientes que se enviaban del Comité.

1.4. Curar al perseguido

Recuerda el Dr. Fernández: *"Veníamos con todas esas ideas que teníamos en el Servicio. En el fondo, no sólo queríamos mejorar a las personas, sino que ellas vivieran mejor. Para eso teníamos la opción de educar y ser muy creativos"*.

A partir de este trabajo, el programa de salud del Comité comenzó a estructurarse más.

Fue entonces cuando Eduardo Fernández se encontró con la dinámica doctora Gilda Gnecco quien hasta el 11 de septiembre de 1973 fue docente de Salud Pública en la Universidad de Chile.

7 SERMENA, Servicio Médico Nacional.

"Los últimos recuerdos que tengo del golpe son el allanamiento y la quema de libros en la Facultad. Desde entonces estaba cesante, y sin ninguna posibilidad laboral. Me dedicaba a vender huevos"- afirma ella.

El Dr. Fernández le contó del proyecto de atención a las víctimas de la represión en el Comité. Días después, el padre Cristián Precht ⁸ citó a Gilda para una entrevista. Sabía la especialidad que tenía la doctora y creía que su aporte técnico sería muy útil.

"Fui muy honesta desde la primera entrevista. Dije que no era ni cristiana ni católica. Pero me dijo que querían que estuviera por mi capacidad técnica. Respondí que lo único que podía garantizar era gran compromiso con el trabajo y con la Iglesia, o sea lealtad a la Institución".

Gilda, a la cabeza del equipo de salud, comenzó a estructurarlo. Trabajando sin parar, con mucho orden, como a ella le gusta. *"Debíamos conjugar la atención física y psicológica de las personas. Era una realidad para la cual nunca nos habían preparado, era una medicina de guerra. No éramos médicos que supiéramos cómo atender a un torturado. Fue un tiempo terrible en el que aprendimos mucho".*

⁸ El padre Precht reemplazó al padre Fernando Salas como Secretario Ejecutivo del Comité para la Paz, a fines de 1975.

El proyecto de salud que traían los profesionales comenzó a teñirse con la nueva realidad que exigía adecuaciones hasta entonces desconocidas. No era posible aplicar los mismos esquemas. El proyecto ideal se había esfumado y había que empezar a construir una nueva utopía.

El sueño de la asistente social Ana María Medioli había estado en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Católica. Estaba a cargo de un taller de alumnas que trabajaban en el área social. Se sentía parte de un proyecto social y político de izquierda, cuando en septiembre de 1973 fue despedida.

En octubre del mismo año ella y su marido estaban cesantes. En un primer momento ingresa a un comité dependiente de las Naciones Unidas para ayudar a refugiarse a los extranjeros que estaban en Chile. Era un trabajo duro, especialmente porque Ana María también era una víctima.

En 1975 ingresa al Comité de Cooperación para la Paz.

"Atendía a las personas con problemas: familiares de ejecutados, desaparecidos, exonerados. Se hacía de todo".

¿Por qué llegó al Comité? Las motivaciones que Ana María tuvo entonces, hoy se confunden.

"Era una mezcla, había una motivación afectiva, uno se sentía parte de esta historia. Queríamos ayudar y también protegernos. En mí había tanto miedo que me sentía amparada al estar en la Iglesia. También había un interés profesional,

siempre quise hacer un aporte que no fuera ser un mero paño de lágrimas para la gente".

"Yo traía conmigo una serie de utopías que tenía. Quería hacer un trabajo participativo, con un contenido que hiciera verdaderamente protagonista a la gente..."

La reflexión permanente que se practicaba, daba un sentido profundo al trabajo en el Comité. Para Ana María significaba la posibilidad de actualizar su compromiso cristiano.

"Todo tenía sentido, incluso el sufrimiento porque generaba vida. Todos estábamos muy vivos. Yo sentía que podía mostrarme sin prejuicios, con todos mis sustos. Conversábamos esas cosas entre todos. Por primera vez nos encontramos los que pensábamos distinto: los de izquierda, de centro y hasta de derecha".

Algo muy profundo comenzaba a tejerse en las oficinas de Santa Mónica 2338. Un trabajo fundamental, se trataba de salvar vidas y de hacerlas más dignas. No era un trabajo más.

"Los que estuvimos en el Comité quedamos ligados para siempre, dice Gilda Gnecco a medida que en su cabeza se van agolpando imágenes, instantes, detalles. Vivimos un momento tremendo, histórico, que nadie quisiera volver a vivir. Eso nos marcó, nunca más fuimos los mismos. Entrar al Comité tuvo un significado muy especial para todos, porque nos jugamos por entero".

2. "Tuve sed..."

Pánico. Mucho pánico. Es lo que sentía Aída Moreno en los días posteriores al golpe militar. Su marido, un dirigente sindical de la empresa Textil Hirmas, había sido detenido y por varios días no había regresado a su casa. En la población Huamachuco donde vivían, que en esos años era un campamento, Aída se sintió varias veces viuda. Por su vida no temía, ella sólo había participado en algunas actividades muy masivas en la población. Algunas marchas para conseguir que instalaran el colegio o pusieran un teléfono en el sector. Ella no era dirigente.

Cuando su marido volvió, continuó el temor. Después de la detención sufrida, venía muy distinto. Lo único que quería era estar en la casa, con su familia y que nadie lo viera.

Esperaban que en cualquier momento allanaran su domicilio. Así había sucedido con muchos compañeros del sindicato, a otros los habían detenido y algunos habían aparecido muertos en el río.

El allanamiento se produjo, sin embargo, un año después del golpe militar. Al parecer, por un soplo de los vecinos. Pero estaban preparados, sabían qué responder.

"Sentí entonces, y por primera vez, que tenía mucha fortaleza y gran capacidad para enfrentar un conflicto muy grande como un allanamiento", dice con orgullo la misma Aída, llena de

vitalidad, especialmente al recordar aquellos días en que daba los primeros y tímidos pasos como dirigente poblacional.

Consecuencias directas del allanamiento no hubo. Entonces, la calle era un lugar peligroso, sólo había que permanecer encerrado en la casa.

Pero en Aída el pánico que experimentaba fue dando lugar a la inquietud y a la búsqueda.

Por eso cuando la invitaron al grupo que estaba formando la gente de la Vicaría en la parroquia de la población, ella fue a escondidas de su marido.

"Y es que tenía la necesidad de poder llegar a una parte donde poder hablar, porque nosotros estábamos como mudos en esos años, sin poder comunicarnos, sin poder decir nada. Cuando llegué al grupo, estaban Eliana Zúñiga y Gloria Torres: ellas empezaron a trabajar con nosotras, revisando el rol de la mujer y esas cosas. Se nos iba abriendo la conciencia porque revisábamos lo que pasaba a nuestro alrededor, en la población, nos daban charlas de economía, diapositivas del movimiento obrero. Empecé a tomar unas "mamaderas" bien fuertes y empecé a agarrar vuelo".

La primera lucha que Aída tuvo que dar fue para convencer a su marido de lo importante y necesario que era participar en la parroquia. El le lloraba que ella no fuera.

"Ya nos salvamos de una", le decía. "De la segunda nadie, nos va a salvar". Estuvieron a punto de separarse. "El terror de mi marido era tan grande que creía que iba a perder a toda su familia".

Pero Aída insistió. Poco a poco fue tomando más responsabilidades en el grupo y se perfilaba como una dirigente.

"Cuando llegué al grupo no sabía que más allá del plato de comida, había otras cosas importantes en la vida. Descubrí que había que preocuparse de la salud, la educación. Yo quería tener la oportunidad de participar, me la merecía. Sentía la necesidad de contar mis cosas, de ayudar a otras mujeres como yo" - confiesa Aída.

2.1. Las organizaciones solidarias

A la cesantía derivada de las detenciones y por razones políticas, se sumaron los despidos masivos que se iniciaron tras los ajustes económicos que emprendió el gobierno militar, en lo que llamó el "Plan de Recuperación Económica", a comienzos de 1975.

Era una política de shock. La cesantía alcanzó en aquellos meses a un 17,6 %, sin contar el PEM⁹ que se crea en febrero de 1975.

9 PEM, Programa del Empleo Mínimo. Era uno de los planes que buscaba absorber la cesantía, desde las municipalidades.

Las parroquias y capillas fueron los lugares donde los pobladores se acercaron para pedir ayuda. El alero de la Iglesia era un buen refugio para el perseguido, el cesante y su familia.

Sin acuerdos previos, los pobladores habían llegado a golpear las puertas de las parroquias, como únicos lugares con mayor protección.

Entre ellos, más que hombres, empezaron a llegar muchas mujeres. Con distintas historias. Aída que nunca había participado en organizaciones y que había sufrido el trauma del temor. También llegó Elena, una dirigente poblacional con varias tomas de terreno en su haber y una vasta experiencia. Estaba Mónica que participaba en la Agrupación de Familiares de Desaparecidos, porque a sus padres los habían detenido. Estaba Teresa, una activa monitorea de Catequesis y de la Ayuda Fraterna de su parroquia, que poco a poco se fue integrando a otros grupos. Y junto a todas ellas, estaba Hugo, un experimentado dirigente sindical que había quedado cesante y que pasaba por momentos angustiosos.

Así las organizaciones solidarias empezaban a formarse.

Nacen las bolsas de cesantes para que, en lugar de buscar trabajo individualmente, las personas se reunieran y compraran un mismo diario para 5 personas. Así, conversaban, buscaban trabajo colectivamente y al mismo tiempo se organizaban para otras necesidades. Dentro de las bolsas se forman talleres productivos, como alternativas para generar ingresos. A estas orga-

nizaciones llegaron los dirigentes con más experiencia social y política.

Nacen los comedores para que, ocupando el espacio físico de una parroquia o capilla, se reuniera a los niños del sector para darles almuerzo. Las encargadas de prepararlo eran sus madres y las voluntarias de las organizaciones eclesiales. Los productos eran donaciones de las instituciones de Iglesia.

La atención en salud nace pensando en las familias que al no tener trabajo, no tenían cobertura médica ya que no conseguían atención gratuita en los hospitales. Desde un primer momento se forman grupos de referidoras que orientan a los pobladores en materia de salud.

Comedores infantiles, bolsas de cesantes y grupos de voluntarias de salud, fueron las primeras organizaciones que se levantaron casi espontáneamente para paliar el hambre, la falta de trabajo, los problemas de salud y la necesidad de, sencillamente, estar con los demás.

Era una experiencia distinta, nadie sabía cómo se iba a desarrollar. En ella había pobladores con diferentes experiencias y con el problema común de tener necesidades básicas que resolver.

Unos tenían tradición sindical, otros experiencia de Iglesia, muchos habían sufrido la represión, tenían el alma y el cuerpo heridos. La mayoría venía de sus casas con muchas ganas de encontrar solución a sus problemas de cesantía y de salud.

Cada uno con sus tradiciones, a punto de inaugurar otra historia.

Elena Marchant empezó a participar en un centro de madres, en el año '69, durante el gobierno de Eduardo Frei. Por entonces, la vida era bastante agitada en la zona norte de Santiago, donde ella vivía. Le tocó estar, y en algunos casos participar, en varias tomas, en El Bosque, El Bosque Uno, Remodelación Angela Davis. Ella vive en la población El Bosque Dos, que surgió también de una toma.

Al principio, Elena no sabía lo que era una toma; estando ahí tuvo susto, pero siguió adelante. Después de la toma, consiguieron muchas cosas: pavimentación de las calles, locomoción, el agua, la luz...

Para el 11 de septiembre Elena fue detenida por algunos días y debido al susto, sus vecinos dejaron de hablarle. Después Elena se acercó a la Iglesia.

"Siempre había estado cerca de la Iglesia, pero me acerqué más a ella cuando me sentí sin fuerzas. Entonces, me sirvió mucho ese taller de arpilleras donde estuve. Después de eso, vinieron otras cosas: el club de ancianos, la olla común..."

Mujeres, en su mayoría, fueron las que llegaron a integrar las organizaciones solidarias. Las razones por las que venían eran distintas.

La profesora Mónica Araya tenía buenas razones. El golpe de Estado había afectado a toda su familia que tenía un fuerte compromiso social y político. Su marido había sido arrestado en su domicilio, ella misma había sido llamada a declarar y sus padres habían sido detenidos en el balneario de Quintero y nunca más los habían visto.

Así se acercó a las organizaciones solidarias de la zona oeste de Santiago, donde participó en el Programa de Derechos Humanos.

El dolor, para ella, fue una de las razones importantes por las que la gente buscó las organizaciones que se formaron al alero de la Iglesia.

El dolor de Mónica es algo que revive con los recuerdos. Por eso su voz se entrecorta cuando habla: *"Hubo dolor por distintos motivos, por hambre, por frío, por represión. En mi caso, tuvimos que empezar a vivir una vida totalmente disgregada, los hijos por un lado, nosotros por otro, todo confundido. Después vino la detención de mis padres..."*.

"Eran los tiempos en que se empezaba a organizar la ayuda para los prisioneros. En eso participé yo, en el Comité por la Paz, luego en la zona oeste donde antes del '73 había realizado actividades sociales y políticas".

"En la organización pudimos llorar por los que no estaban, recordar con confianza las cosas que habíamos perdido y que habían quedado como parte de un proyecto trunco".

Para Hugo Rodríguez, trabajador de la construcción y activo dirigente sindical de la zona de Maipú, también muchas cosas habían quedado truncas. Todos sus sueños compartidos con las federaciones del sector. Todas sus esperanzas de obrero.

Los despidos en Maipú comenzaron inmediatamente después del Golpe Militar. Se producían por distintas razones, económicas y políticas. Hugo era el secretario de su sindicato y había sido dirigente por 5 años.

A pesar de su experiencia de dirigente obrero, el trabajar con tantas mujeres en la organización era algo nuevo. Distinto. Difícil, para ser más sincero.

"Nos vimos obligados; se había arrasado con todas las organizaciones. En esas circunstancias teníamos que retomar el trabajo social de la zona con todos los que estuvieran dispuestos a hacerlo. No había otro camino, no podíamos quedarnos solos".

"Ya no estábamos organizados exclusivamente con el albañil o el carpintero, sino que nos relacionábamos con gente distinta, mujeres algunas, y había que ir aprendiendo a respetar a los otros, aunque nos costara. Todos estábamos en la misma 'pará...' También las mujeres estaban solas".

No era fácil para Hugo. Su sólida formación como dirigente obrero no era suficiente para incorporar nuevas realidades, como

trabajar con mujeres. Se necesitaba flexibilidad. Hugo la desarrolló en el Centro Ecuménico de Maipú. Allí nació la bolsa de cesantes donde comenzó a participar.

Para estar en una organización solidaria, los prejuicios no ayudaban. Allí había que convivir con todos, distintos entre sí, un creyente y un no creyente, un comunista, un socialista.

Teresa Pavez tenía tradición e historia en las organizaciones de Iglesia. Estaba en el grupo de Catequesis en la Parroquia Santa Corina. Hasta ese momento siempre había trabajado formando a los niños. Supo entonces que se estaban formando los comedores infantiles y se integró al grupo de Ayuda Fraternal.

Desde entonces, Teresa fue incorporándose cada vez más a la organización. Pasó a ser su actividad más vital. Se sentía satisfecha, en muchos sentidos.

"Me integré más porque tenía gran necesidad de compartir con alguien. Yo estaba sola con mis niños y además mi situación económica se había deteriorado enormemente. Allí empecé a tener una relación muy estrecha con las religiosas, con la gente de la Vicaría y con las mismas compañeras".

Junto a la ayuda espiritual, Teresa pudo recibir el aporte de otras personas que nunca antes habían estado en la Iglesia.

"Aprendí a conocer gente distinta. Yo nunca he pertenecido a ningún partido político, pero ahí me di cuenta de que

perfectamente podíamos trabajar con militantes y aceptarlos tal cual son. Juntos podíamos hacer que la situación económica fuera más digna para los pobladores".

Teresa perdió algunas amistades por participar en la parroquia. La acusaron de comunista y de hacer política en la Iglesia.

"Los que se alejaron de la Iglesia no entendían de qué se trataba este trabajo. Afortunadamente, no perdimos mucho, porque en la comunidad cristiana se quedaron los que realmente sabían ayudar y solidarizar con el prójimo, sin preguntarle de qué partido político era".

Las organizaciones solidarias eran una experiencia distinta para la Iglesia y los cristianos. También para el resto de la población, dirigentes y organizaciones sociales del sector. Todo estaba por inaugurarse, por crearse.

La experiencia no era la misma en cada población. Variaba en cada lugar.

Más aún en sectores como Melipilla o Talagante donde también se tejió este trabajo solidario. En esos lugares, también los esposos habían quedado cesantes y muchos habían sido detenidos.

En los sectores más urbanos de esas zonas, las parroquias comenzaron a acoger a las organizaciones solidarias.

Elsa Romo estuvo ahí y conoce esa historia. Vivía en Melipilla y participaba en la Parroquia Sagrada Familia como legionaria y catequista cuando el padre Demetrio Bravo le pidió que apoyara los comedores infantiles. Luego, estuvo en la formación de talleres de arpilleras donde comenzó a desarrollar esa técnica de trabajo que hoy realiza con maestría junto a sus compañeras de grupo.

En los días en que se formaron los primeros comedores, Elsa no estaba muy bien. Su marido había quedado cesante y la población donde vivían era constantemente vigilada. *"Los chiquillos que eran de partidos estaban presos, otros fueron exiliados"*.

Elsa entiende que debido a esta crisis que vivía la gente, *"el Cardenal Silva Henríquez mandó que se hicieran los comedores por la cesantía de la gente y los presos políticos. Después se crearon talleres solidarios para que la gente pudiera sobrevivir"*.

De los comedores nacieron los talleres en Melipilla. Los primeros surgieron a fines de 1974. Ahí estuvo Adela Mora que trabajaba apoyando los comedores en la Parroquia de La Merced.

"Los talleres se hicieron para que la gente no estuviera sólo esperando la ayuda de los párrocos en los comedores. Su ayuda se hacía poca y de repente la comunidad no estaba dispuesta a estar aportando plata todo el tiempo. Organizamos los talleres y después fuimos recibiendo ayuda de los equipos solidarios de profesionales de la Vicaría".

"Yo no tenía idea de nada de talleres, reconoce hoy con orgullo Adela, sólo sabía de catequesis. En ese tiempo uno salía muy poco, estaba en su casa encerrada. No como ahora..."

La motivación siempre fue ayudar en algo al presupuesto familiar. La actividad del taller, sin embargo, llegaría a ser mucho más que eso, en Santiago, en Talagante, en Melipilla y en cada lugar donde surgieron.

Organizaciones solidarias fue la respuesta que muchos pobladores encontraron ante la crisis. Se cobijaron ahí las angustias del hambre, del miedo y también de otros problemas más particulares. Como el caso de Manuel Casanova:

"Yo era alcohólico. Entonces el padre Pierre fue el que me llevó una vez a Alcohólicos Anónimos. Ahí encontré un trabajo y me fui acercando a las organizaciones solidarias. Y puchas... vi el mundo de otra manera. Los del equipo de la Vicaría Norte me apoyaron mucho, el Vladimiro, la Julia. Como que nací de nuevo", recuerda don Manuel.

Nacer de nuevo. Es la misma expresión que usa Aída. Para ella fue como nacer de nuevo después del miedo. *"Una vez que empezamos a participar en las organizaciones, ese miedo y esa desorientación tan enormes que sentíamos, se empezaron a ir. Al final, mi marido también comenzó a ir a la Iglesia. Ahí nos volvió a dar ánimo y esperanza. Yo como católica me sentía muy bien, porque la Iglesia estaba reconociendo mi trabajo y me apoyaba..."*

Era como nacer de nuevo, ante una vida nueva, una experiencia de solidaridad que nadie conocía. Una historia que se estaba echando a andar.

3. "Tiempo de prueba"

*"Creemos que la hora de prueba que vive nuestra patria ha visto surgir mucha generosidad. La gracia de Dios está mostrándonos nuevos caminos de solidaridad y así edifica a su Iglesia..."*¹⁰

Chile es un país en guerra después del golpe de Estado. Se decreta el toque de queda, se cierran las cámaras legislativas, los tribunales de justicia pierden todo poder y en su lugar se forman consejos de guerra. Pasan los días y las semanas de septiembre y la situación no cambia. Las detenciones, los allanamientos, los patrullajes continúan.

¿A quién recurrir? Era una decisión difícil. Los partidos políticos habían entrado en receso o los habían declarado ilegales. Las organizaciones sociales tampoco podían ejercer sus funciones. Todas las grandes instituciones, como las universidades, estaban intervenidas militarmente.

10 *"Pastoral de la Solidaridad"*, Monseñor Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago, julio de 1975.

Por eso, muchos acudieron a las Iglesias de distintas denominaciones. Al menos, allí encontraban un consuelo, una compañía para las horas difíciles.

Pero las acciones represivas comenzaron a aumentar. Se formaron campos de prisioneros y cada vez fueron más los detenidos y los desaparecidos. Las acciones y los esfuerzos que desplegaban sacerdotes, pastores y religiosas en sus territorios resultaban insuficientes. Se requería una acción más concertada.

La Iglesia Católica estaba preocupada. Lo estaba especialmente el cardenal arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez. Su inquietud se arrastraba desde los últimos meses del gobierno de la Unidad Popular. Antes del golpe militar y como autoridad moral del país, había intentado influir para obtener algún acuerdo entre el gobierno y la oposición. Para eso, había invitado a su casa al Presidente Salvador Allende y al Presidente de la Democracia Cristiana y representante de la oposición, Patricio Aylwin. La conversación no había generado frutos positivos.

El cardenal Silva parecía intuir lo que le esperaba a Chile en caso de que la crisis política se agudizara.

Sus temores se vieron confirmados. A partir del 11 de septiembre de 1973 la gran preocupación del Arzobispo de Santiago fue cómo debía responder la Iglesia Católica ante la grave situación de desamparo que vivían los chilenos.

"Al Cardenal le preocupaban cuatro cosas en ese momento". Así lo recuerda Enrique Palet, cientista social y periodista. Un laico, estrecho colaborador de la Iglesia, que había sido llamado junto a otros laicos y sacerdotes para analizar las nuevas circunstancias que creaba el golpe militar. Palet fue secretario ejecutivo de la Fundación para el Desarrollo y desde 1980 hasta 1988, secretario ejecutivo de la Vicaría de la Solidaridad.

"Lo primero que inquietaba al Cardenal era lo que ocurría con los presos, con la gente de la que no se sabía su paradero y que estaba en los campos de prisioneros. Lo otro que veía con gran dolor era el problema de los trabajadores y la cesantía que se estaba produciendo en el mundo sindical. Una tercera preocupación que él tenía era la juventud que había vivido períodos muy tensos en los años '70. El Arzobispo pensaba que había que reconstituir valores democráticos para los jóvenes, valores cristianos, de participación y libertad, que les permitieran desarrollarse en plenitud".

"La cuarta inquietud eran los campesinos, un mundo que siempre había sido muy cercano para el Cardenal. ¿Qué iba a pasar con ellos después de la Reforma Agraria?"

Estas preocupaciones no se quedaron en la tinta y el papel. Frente a cada una, se fue respondiendo de alguna manera. El Comité de Cooperación para la Paz fue una de esas formas de respuesta.

3.1. Comité de Cooperación para la Paz

El 6 de octubre de 1973 en la oficina del Cardenal Raúl Silva Henríquez se reunieron los más altos representantes de distintas Iglesias en Chile.

El encuentro tenía el claro objetivo de coordinar esfuerzos y acciones de las diferentes Iglesias en función de ayudar a los perseguidos y colaborar con la pacificación en el país, en un momento en que continuaba el estado de guerra interno.

En esa reunión nacía el Comité de Cooperación para la Paz en Chile.¹¹

Un Decreto Arzobispal, del 9 de octubre de 1973, daba existencia legal a la iniciativa ecuménica que surgía al calor de la emergencia, sin ninguna otra proyección más que ser testimonio de fe y de amor de las Iglesias.

11 Los representantes de las Iglesias que estuvieron en el Comité fueron: Monseñor Fernando Ariztía, Obispo auxiliar de Santiago y el Pastor y Presidente de la Iglesia Evangélica Luterana en Chile, Helmut Frenz (co-presidentes), P. Fernando Salas s.j. (secretario ejecutivo hasta octubre de 1974), Monseñor Cristián Precht (secretario ejecutivo hasta diciembre de 1975). Como directores participaron: Angel Kreiman, Gran Rabino de Chile; José Elías, Administrador de la Iglesia Ortodoxa; Pastor Tomas Stevens, Metodista; Luis Pozo, Bautista; Julio Lesad, Pentecostal; Pastor Augusto Fernández, UNELAM; P. Patricio Cariola s.j. y P. Baldo Santi, de la Iglesia Católica.

El Decreto firmado por el Cardenal Silva creaba *"una comisión especial para atender a los chilenos que, a consecuencia de los últimos acontecimientos políticos, se encuentren en grave necesidad económica o personal. Dicha comisión procurará dar asistencia jurídica, económica, técnica y espiritual"*.

Se nombraba al Obispo Auxiliar de Santiago, monseñor Fernando Ariztía Ruiz, como presidente, y al sacerdote jesuita Fernando Salas como director.

La comisión, decía el Decreto, realizará *"en conjunto una acción ecuménica que vaya en servicio de los damnificados por los últimos acontecimientos"*.

La decisión de crear el Comité por la Paz no era parte de la planificación eclesial. Más bien eran las circunstancias las que obligaban a las Iglesias a intervenir en la historia, de manera muy activa, concreta y directa.

La Iglesia Católica no podía esperar que se superara la emergencia. De hecho, lo que al comienzo parecían situaciones pasajeras, se convirtieron en parte del nuevo sistema que comenzaba a regir el país. La inquietud de la Iglesia, por lo tanto, no se limitó a los primeros días después del golpe militar ni se terminó con la creación del Comité por la Paz.

"Nos preocupa, en primer lugar, un clima de inseguridad y de temor, cuya raíz creemos encontrarlas en las delaciones, en los falsos rumores y en la falta de participación y de información. Nos preocupan también las dimensiones sociales de la

*situación económica actual, entre las cuales se podrían señalar el aumento de la cesantía y los despidos arbitrarios o por razones ideológicas. Tememos que por acelerar el desarrollo económico se esté estructurando la economía en tal forma que los asalariados deban cargar con una cuota excesiva de sacrificio, sin tener el grado de participación deseable".*¹²

Se vivían horas de prueba, como las llamaría el Cardenal Silva años más tarde. Horas en que se medía la capacidad de entrega, de ayuda espontánea.

Había que enfrentar el grave problema de la violación de los derechos humanos y ejercer una acción solidaria acorde con la crítica situación económica.

Un enorme desafío para todas las Iglesias.

"Estamos pues en lo propio cuando prolongamos este impulso de solidaridad activa ante los problemas sociales, económicos y jurídicos que afectan a nuestros hermanos los hombres. Más aún: podemos fundadamente pensar que todo sentimiento y obra de solidaridad, aun en aquellos que no tienen fe cristiana e incluso de quienes explícitamente se profesan

12 Declaración de la Conferencia Episcopal de Chile, abril de 1974.

*ateos, tiene objetivamente una lógica que sólo se explica y justifica dentro de horizontes cristianos..."*¹³

Para la Iglesia Católica, enfrentar el desafío de trabajar por la defensa de los derechos humanos y por la promoción de tareas solidarias, constituía una labor muy propia que era parte de su historia. Pero, al mismo tiempo, se trataba de una experiencia nueva, distinta, que abría otros rumbos y que marcaba el camino.

No era nuevo para la Iglesia Católica hablar y optar por defender los derechos humanos. Con ello no hacía más que reafirmar lo señalado por el Concilio Vaticano II en el sentido de crear una Iglesia abierta y solidaria que compartiera el dolor y la esperanza de los hombres. Se respondía así a la tradición de la fe que, en otro lenguaje obviamente, tiene su origen en el Antiguo Testamento.¹⁴

Con esta opción se continuaba con la línea que en esos años siguieron las Iglesias de otros países latinoamericanos que habían sufrido regímenes autoritarios similares al de Chile. Se retomaba así el testimonio de muchos obispos y sacerdotes de naciones vecinas que se habían entregado abiertamente a la defensa y promoción de los derechos fundamentales del hombre.

13 *Pastoral de Solidaridad*, op. cit.

14 Cf. *Pastoral de Solidaridad*, op. cit.

Se trataba de realizar un trabajo que promoviera los cuatro factores que el Papa Juan XXIII presentaba como los pilares de la paz: la verdad, la justicia, la fraternidad y la libertad.

Se trataba de un trabajo solidario además, porque tomaba como propios los problemas de la sociedad.

La pastoral social de la Iglesia, en todo caso, no había estado ajena a los problemas de la sociedad.

Había una rica experiencia en el campo. La pastoral social había estado en el origen del movimiento campesino, no así en el mundo obrero. Se había creado la pastoral social, también en el ámbito habitacional, de la ciudad. La presencia de la Iglesia había estado en el nacimiento de algunas poblaciones, como "La Victoria".

Había que retomar esa pastoral social, ahora en un tiempo más intenso, de prueba.

Monseñor Cristián Precht rememora esos días de gran agitación. Hoy, desde sus funciones como Vicario de Pastoral del Arzobispado de Santiago, en su escritorio de calle Erasmo Escala, revive con energía los primeros pasos del trabajo solidario. El dio muchos de esos pasos, en el Comité, en la Vicaría.

"Primero buscábamos un sustento básico pensando que esto iba a durar dos o tres meses. Ante la emergencia y como faltaba la cabeza de la familia, buscábamos cómo dar de comer y repartíamos las famosas canastas junto con Cáritas. Poste-

riormente, en la medida en que el gobierno militar seguía, tuvimos que continuar.

Empezaron los juicios, no se encontraban abogados para atenderlos. Después vimos otro problema: cómo organizar una acción solidaria no solamente para los que estaban detenidos, ya que en ese momento se empezaba a poner al desnudo el problema de la pobreza que se agudizaba (...). Había que realizar acciones en la base, por el hambre, la salud. Eran preocupaciones bien básicas..."

En otra época, el trabajo se habría llamado caridad. En esta hora de prueba se llamaba solidaridad: "dependencia mutua entre los hombres que hace que no puedan ser felices unos, si no lo son los demás".¹⁵

El "trabajo solidario", como acción social de asistencia, promoción y educación, surgía como continuadora de una tradición de la Iglesia Católica.

Al mismo tiempo, con él nacían nuevos aportes, readecuaciones ante una realidad que ni el país ni la Iglesia conocían.

El inicio del trabajo era ecuménico. Ya era una experiencia distinta. Era una Iglesia grande que intervenía en la historia para

¹⁵ *Pastoral de Solidaridad*, op. cit.

auxiliar a los perseguidos y a los más pobres. El momento exigía coordinar esfuerzos. Y así se hizo, incluso en algunas iniciativas una vez terminado el Comité para la Paz.

La acción solidaria que se emprendía no era una simple ayuda al hombre que sufría. La preocupación no era sólo por el individuo, sino por una sociedad que vivía una gran crisis. Esta pastoral solidaria buscaba, junto con ayudar, hacer conciencia en los cristianos de las necesidades sociales presentes en el sistema.

Era lo que con mucho ahínco promocionaban algunos pastores de la Iglesia Católica.

Dentro de los más entusiastas estaba el obispo Jorge Hourton, quien un año después del golpe militar había dejado la diócesis de Puerto Montt y había sido nombrado Vicario de la Zona Norte. Cumpliendo esas labores vivió lo que él llama "las grandes horas de la solidaridad".

Se trataba, explicaba en esos días el Obispo, de no reducirlo todo a la beneficencia, *"una asistencia social al que no tiene, al pobre, al que tiene hambre, al enfermo. Eso también hay que hacerlo y se hace, es un signo de que el prójimo nos interesa"*.

"Pero también la solidaridad incluye la preocupación por la justicia, y en eso hay siempre una tarea grande hacia el futuro. La justicia social es una cosa y la caridad es otra. Siempre los documentos de la Iglesia han dicho que las dos cosas son necesarias: justicia sin caridad es algo que puede terminar sólo en el conflicto, en la oposición y eliminación del adversario,

suponiendo que sea esto justicia. Pero caridad sin justicia es como una pura instrumentalización, es como postergar el problema sin ir a las causas".

Una relación distinta entre la acción asistencial y la promocional. Esa era una propuesta nueva. Se buscaba que la gente se organizara y fueran acreedores de sus propios derechos, que tuvieran su lugar en la gestión de las soluciones o respuestas a los problemas y que se dieran espacio para levantar sus propias demandas.

"Quiero invitarlos a que evitemos el peligro del acostumbramiento y a que no vayamos a dar un rodeo ni a pasar de largo con los ojos vendados frente al sufrimiento que hay en el camino. La Iglesia como Jesús en el Camino de Emaús, solamente será reconocida en el compartir fraterno. Es condición para que sea creíble. La evangelización toma en este momento un rostro invisible que se llama solidaridad... aquello a lo cual todos tienen derecho" ¹⁶.

Continuidad, ruptura, creación. Todo eso era la pastoral y el trabajo solidario que empezaba a tejerse en la Iglesia y que, desde el local del Comité en Santa Mónica 2338, comenzaría a irradiarse por las distintas zonas de Santiago.

16 FERNANDO ARIZTIA, *Mensaje*, enero-febrero 1975.

Muy pronto la palabra solidaridad se desplegaría, se abriría a las poblaciones, recibiría la aprobación de muchos, también el rechazo de otros. Un trabajo no sin conflictos, concebido en una hora de prueba.

En los dos años que duró el Comité de Cooperación para la Paz se fueron conformando varios departamentos que dividieron la tarea.

En el Departamento Asistencial donde se trabajaba con los familiares de los detenidos, se había atendido 8.718 casos. Las asistentes sociales atendían a un promedio de 56 personas diariamente.

Por el Departamento Laboral se habían registrado 6.189 casos de despidos por causas de origen político y económico, durante la permanencia del Comité.

En el Programa de Salud se habían dado 70.000 prestaciones médicas, fundamentalmente a través de los policlínicos que ya funcionaban en las distintas zonas pastorales de Santiago: los policlínicos San Pedro y San Pablo y Santo Cura de Ars, en la zona sur; San Roque, en la zona oriente; Hogar de Cristo, en la zona oeste y Nuestra Señora del Carmen, en la zona norte.

En esas zonas se habían formado más de 250 comedores infantiles que atendían a alrededor de 25 mil niños. Se habían formado 60 bolsas de cesantes en los que participaban de 20 a 300 personas.

En los Departamentos Campesino, Universitario y de Reubicación también se había prestado atención jurídica y asistencial.

Pese a que no se había programado el trabajo, las cifras de las atenciones, a fines de 1975, eran reveladoras de la magnitud de la labor realizada ¹⁷.

El Comité por la Paz fue desde el comienzo una de las principales razones que distanciaban al gobierno militar y a la Iglesia Católica. De hecho, el organismo fue permanentemente vigilado y presionado por las autoridades.

A fines de 1975, se decide dar un severo golpe al Comité. En noviembre se cita al Cardenal Raúl Silva Henríquez al despacho del general Pinochet. El tema de conversación sería el Comité, que de acuerdo a los informes de gobierno era un "foco de subversión". Al poco andar en la discusión el general le planteó:

- "Si usted no lo quiere disolver, se lo disuelvo yo".

El Cardenal advirtió que era una decisión ya tomada. Le contestó que se lo pidiera por escrito.

17 Las estadísticas corresponden al documento *El Comité de Cooperación para la Paz en Chile: crónica de sus dos años de labor solidaria*. Santiago, diciembre de 1975.

La carta del general Pinochet fue fechada el 11 de noviembre de 1975 y en ella afirma que para evitar rumores en torno a las diferencias que existirían entre el gobierno y la Iglesia, lo mejor sería cerrar el Comité. En uno de sus párrafos, se refiere directamente al organismo:

"... es un medio del cual se valen los marxistas - leninistas para crear problemas que alteran la tranquilidad ciudadana y la necesaria quietud, cuya mantención es mi deber principal de gobernante. Será, pues, un positivo paso para evitar males mayores, el disolver el mencionado Comité..."

En la carta de respuesta, el Cardenal expone que sin duda el cierre del Comité acarreará más males que los que se pretende evitar. Al mismo tiempo, revalora esta experiencia impulsada por las diferentes Iglesias cristianas y termina expresando que:

"El sacrificio que esta decisión importa nos permite esperar que, en un tiempo no lejano, le será restituida a la jurisdicción civil su plena competencia en las materias hasta ahora objeto de la acción del Comité, con la consiguiente creación de un ambiente de paz social en el país y de una imagen extraordinariamente positiva en el extranjero..."

Dejar el Comité y sus oficinas de la calle Santa Mónica era difícil, especialmente en los últimos meses de 1975 cuando se intuía que las emergencias continuarían. La represión evidentemente estaba haciéndose más selectiva. Las consecuencias de la política económica de shock eran cada vez más graves y el modelo económico parecía afirmarse.

Por eso, era difícil dejar el Comité. La Dra. Gnecco recuerda el último día que estuvo ahí:

"Recorrí todas las dependencias y rescaté del suelo un letrero del Comité y un grabado de madera que habían tallado unos detenidos de Chacabuco. Tenía una sensación de vacío, de no saber qué pasaría ahora".

Pese a las emergencias y las urgencias de esos dos primeros años, en el Comité se habían acordado ciertos criterios, ciertas formas de trabajo que, aunque no conformaban un proyecto definido, ayudarían a iniciar el nuevo trabajo. En diciembre de 1975 se cerró el Comité.

El 1 de enero de 1976 el Cardenal firmaba el decreto que creaba la Vicaría de la Solidaridad.

II. UNA EXPERIENCIA INEDITA

1. La Iglesia no puede callar

1.1. *"La emergencia se institucionaliza"*

Al conocer la noticia de la creación de la Vicaría de la Solidaridad, el general Pinochet reacciona violentamente y manda llamar de inmediato al cardenal Silva Henríquez.

En el despacho presidencial, el Arzobispo con mucha claridad explica que la Iglesia Católica no abandonará su compromiso con los derechos humanos, y que esta vez será muy difícil acabar con una institución que es parte de la estructura eclesial.

Efectivamente, desde un punto de vista jurídico, la Vicaría tenía mucho más poder al depender directamente de la jerarquía de la Iglesia Católica, que es una "persona de derecho público". El Comité, en cambio, por su carácter ecuménico tenía una autonomía incómoda que lo hacía más frágil. Tanto, que el gobierno militar estuvo a punto de dictar un decreto que lo declaraba asociación ilícita.

Pelear con la Vicaría era más difícil. Pero el general Pinochet no dejaría de intentar poner obstáculos a su labor, hasta el último año de su mandato presidencial.

Particularmente, durante 1976 las relaciones entre la Iglesia y el gobierno militar fueron muy tensas. La voluntad eclesial de

continuar con la labor solidaria fue reiterada en varias oportunidades, como en la homilía del Cardenal Silva para el 1 de mayo:

"La Iglesia no puede callar, sería como traicionarse a sí misma. Por eso hoy reclama que se respeten los derechos humanos de los trabajadores...".¹

Los ataques a la Vicaría, en todo caso, fueron directos. El 12 de abril se expulsa del país al abogado colaborador de la institución, José Zalaquett. El 12 de mayo es detenido otro abogado, Hernán Montealegre, acusado de ser enlace del Partido Comunista. Incomunicado en el centro de prisión de Cuatro Alamos y luego en libre plática en Tres Alamos, es finalmente liberado en diciembre. En agosto de 1976 son expulsados del país: Jaime Castillo y Eugenio Velasco, otros dos abogados colaboradores de la Vicaría que son considerados "un peligro para la seguridad interior del Estado".

Otro episodio que marcó las relaciones con la Iglesia fue lo que la prensa llamó "los incidentes de Riobamba". En agosto de 1976 tres obispos chilenos: Enrique Alvear, Carlos González y Fernando Ariztía viajan a Ecuador para participar en un encuentro organizado por el Obispo de Riobamba. En medio de la reunión son detenidos varios obispos, entre ellos los chilenos.

1 Consecuentemente con este discurso, la Iglesia de Santiago fundó otros organismos para defender los derechos de los trabajadores, como la Vicaría Pastoral Obrera, en 1977.

Aunque luego fueron liberados, la noticia produjo escándalo y en Chile fue totalmente distorsionada por la prensa que presentaba a los prelados como utilizando el encuentro para denunciar la mala situación de los derechos humanos en Chile.

Al llegar a Santiago, un grupo de agitadores de la DINA espera a los obispos en el aeropuerto Pudahuel con grandes carteles ofensivos y agrediéndolos con gritos insultantes. Todos estos sucesos son fuertemente repudiados en una declaración del Comité Permanente del Episcopado, del 17 de agosto. Monseñor Carlos González solicita algunos minutos en la televisión para aclarar el episodio. Esos minutos nunca se concedieron.

Son tiempos de duras confrontaciones, no siempre públicas, en las que el régimen intenta afianzar su influencia en los distintos planos de la sociedad. En términos políticos, el general Pinochet impone su dominio respecto de las demás ramas de las Fuerzas Armadas, define su proyecto en el discurso de Chacarillas en 1977, convoca y gana la Consulta Nacional de 1978. En lo económico, para desarrollar la política neo-liberal se dictan nuevas leyes para los trabajadores, como el decreto 2.200 que modifica las causales de despido, lo que significó aún mayor cesantía.

El régimen se institucionaliza e intenta eliminar todo obstáculo en su camino. Son los años en que el aparato de la DINA despliega toda su fuerza y lleva a cabo planes preparados para desarticular ciertos partidos políticos a través del sistema de la desaparición forzada. Algunos casos como el secuestro y desaparición de Carlos Contreras Maluje o la muerte de Marta Ugarte

demuestran públicamente los métodos utilizados. Más tarde, los cuerpos hallados en las minas de cal de Lonquén y en el cementerio de Yumbel confirmarán los horrores cometidos.

En los distintos ámbitos, se ensayan nuevos modelos y se destruyen los anteriores. Se trata de un proyecto de fondo para transformar el país.

1.2. Los inicios de la Vicaría

Más allá de los incidentes públicos y las diferencias que tenía la Iglesia Católica con el gobierno, la Vicaría comenzó su trabajo en enero de 1976².

Ser parte de la estructura de la Iglesia Católica le daba un carácter distinto al Comité por la Paz, lo cual tenía implicancias en el ordenamiento interno y no sólo en la imagen hacia el gobierno y otras instituciones. Algunos criterios, como la militancia política de los funcionarios, fueron más explícitos que en el Comité, en el sentido de que sólo podían trabajar allí los que terminantemente se opusieran a toda vía violenta de acción.

2 En una conferencia de prensa realizada el 26 de enero de 1976, el primer Vicario de la Solidaridad, padre Cristián Precht, explica a la opinión pública los fundamentos sobre los cuales se construía esta institución. Dichos argumentos son reiterados por él mismo, días más tarde, en el programa de Radio Chilena, "Tripulantes del sonido".

El traspaso a la Vicaría era una dolorosa experiencia para los funcionarios. En su momento, se vivió como una pérdida, justo en el momento en que el país más lo necesitaba, con una represión que se especializaba con la DINA y un modelo económico que repartía y multiplicaba la pobreza en las poblaciones.

La Vicaría era algo distinto. Desde luego, más grande. El local de Santa Mónica era pequeño comparado con el recinto que se ocupó en Plaza de Armas 444, al lado de la Catedral, un lugar ciertamente simbólico para los católicos.

El personal aumentó y se estructuraron nuevos departamentos y programas, aunque los objetivos de fondo seguían siendo los mismos.

Una de ellas, Gilda Gnecco continuó a cargo del Programa de Salud. Para ella el cambio fue cualitativo y cuantitativo.

"En el Comité no éramos muchos y en la Vicaría empezamos a crecer y el trabajo mismo se empezó a hacer más complejo por el volumen de cosas que había que atender. Eso, de ninguna manera le quitó el profundo valor que siempre tuvo esta labor, pero en la medida que se extendía la tarea, había que crear estructuras intermedias y otras superiores. Influyó además la seguridad de un financiamiento más permanente. Eso ayudó a la estabilidad funcionaria, lo que a mi juicio permitió que nos sentáramos a reflexionar un poco".

Con el joven sacerdote Cristián Precht a la cabeza ³, la Vicaría de la Solidaridad inició su andar. Su imagen aún no era muy conocida públicamente, aunque su nombre ya era cercano para quienes trabajaban en el ámbito de los derechos humanos dentro de la Iglesia. El padre Cristián llamó a su antiguo amigo Javier Luis Egaña para que tomara el cargo de Secretario Ejecutivo. Comenzaron a montarse los departamentos y programas. Entre otros, se formó el Departamento Jurídico, a cargo de la religiosa y abogada Blanca Rengifo, y el Departamento de Zonas, bajo la dirección del sacerdote e ingeniero Gonzalo Aguirre.

El tipo de trabajo más funcional que se empezó a desarrollar fue criticado por algunos funcionarios que temieron que se perdiera la calidez y el sentido humanista que implicaba la labor de defensa de los derechos humanos y de promoción de la solidaridad.

El ingeniero comercial Vladimiro Sáez estuvo en los debates de esos días. Se había integrado más formalmente a la Vicaría a contar de 1976. Hasta entonces había trabajado como funcionario de INACAP, pero el sacerdote Gonzalo Aguirre lo había llamado para que colaborara con su experiencia de capacitación en los programas del trabajo solidario. Por eso recuerda la discusión:

3 El padre Cristián Precht fue Vicario de la Solidaridad desde 1976 a 1978.

"Cuando se formaliza el departamento de Zonas se establecen funciones, se hacen organigramas y se definen cargos. Se produce una reacción de parte de los pioneros de los tiempos heroicos del Comité que critican que así se mate el espíritu solidario de este trabajo. Lo que pasa es que la tarea se profesionaliza. Visto desde hoy se puede comprobar que no se mató los valores solidarios. Eso sí, se enriquece un método de trabajo, hay labores más definidas como diagnóstico, previsión de las acciones y evaluación. Se empieza a desarrollar el método del trabajo solidario".

El proyecto que Gonzalo Aguirre llevó a cabo en el departamento de Zonas, estructuraba de manera bien ordenada el trabajo. Básicamente, había 4 programas: bolsas de cesantes, comedores infantiles, programas de salud y de capacitación, que tenían su expresión concreta en las seis zonas pastorales de Santiago. En las zonas, los encargados formaban el equipo solidario a cargo de las JUZ (Jefas de Unidad Zonales). En la Vicaría había un equipo central, con un jefe, una sub-jefa y un grupo de asesores especialistas de la parte financiera y para cada programa.

El primer año se reorganizó el personal y se armaron los equipos zonales, debían resolverse puntos difíciles como la dependencia del Vicario de la Solidaridad y no del Vicario Zonal. Las JUZ debían saber de todo, de administración, de conocimiento de la Iglesia, de los vicarios y las organizaciones. A los pocos meses se descubrió que en las zonas circulaba mucha información de atropellos a los derechos humanos, que debía difundirse públicamente. Se contrataron dos periodistas -Cecilia Allendes y

Rodrigo de Arteagabeitia- para realizar una hoja informativa, antecesora de la Revista Solidaridad que más tarde comenzaría a editar la Vicaría.

Gonzalo Aguirre hoy reconstruye con chispazos de recuerdos, cómo se estructuró el trabajo en Zonas. Como buen ingeniero, toma un lápiz y dibuja el esquema básico que se llevó a cabo.

"Con esta estructura resolvimos varios problemas. Uno de ellos es que logramos que en lugar de tener personas dependientes de los vicarios en las zonas, hubiera equipos. En términos administrativos los programas se repartieron, lo que evitó desgastes, porque se mantuvo cierta flexibilidad necesaria para seguir afrontando las emergencias que se presentaban. Los profesionales eran muy buenos. Por otra parte, también logramos un interesante nivel de reflexión para tener un pensamiento que orientara el trabajo solidario de la Iglesia. Estábamos conscientes de que esta labor era nueva y distinta. Había que organizarla, darle un sentido".

A partir de esta estructura, el departamento de Zonas y su personal crecieron muchísimo. Así también aumentaron el número de organizaciones solidarias y sus integrantes, como respuesta a los crecientes problemas.

La estructuración del trabajo, en todo caso, no era meramente administrativa. Tras ella había una propuesta social y educativa, también teológica y doctrinal que se iba construyendo en cada jornada del Departamento de Zonas.

Un aporte a la tarea de fundamentación pastoral fue realizada por el padre Ronaldo Muñoz, para quien este trabajo estaba profundamente ligado a la misión profética de la Iglesia. El sacerdote entendía que la acción solidaria tenía tres grandes objetivos,

*"...la asistencia, la liberación y la evangelización. Pero creo que se dan aquí desequilibrios y falta de articulación. El objetivo asistencial ha pasado a ocupar, por la misma fuerza de las circunstancias, el primer lugar, dejando un poco postergados a los otros dos. El objetivo de la liberación queda en parte bloqueado, por la falta de lucidez y el miedo frente a sus inevitables y necesarias consecuencias políticas. El objetivo de la evangelización, por su parte, resulta a menudo inhibido por el temor a recaer en una actitud paternalista ya superada".*⁴

De este modo, las reflexiones iban dando forma y contenido a la labor solidaria de la Iglesia.

El trabajo en las zonas cobra dimensiones insospechadas. Al quehacer regular que realizaban las parroquias dentro de sus territorios, se suman las tareas de solidaridad que son apoyadas por el equipo profesional de la Vicaría Zonal.

4 RONALDO MUÑOZ, "Diagnóstico teológico pastoral", documento de trabajo, Vicaría de la Solidaridad, abril 1976.

La puesta en marcha de esta tarea, sin embargo, no se hizo de la noche a la mañana. Hubo que armarla en cada zona y para eso los equipos debieron recorrer las parroquias y capillas explicando a sacerdotes, religiosas e integrantes de grupos parroquiales, especialmente de Ayuda Fraternal. En algunas zonas la relación fue fluida, en otras no tanto. Pero en todas las zonas hubo trabajo solidario.

Siendo el sacerdote Juan de Castro ⁵ Vicario de la Zona Norte, comenzó a formarse el equipo de solidaridad. Junto a las profesionales que iniciaron la labor, recorrieron el territorio y se dieron cuenta de que la organización solidaria estaba dispersa y había que darle un orden. Con el nuevo Vicario Zonal, el Obispo Jorge Hourton, el trabajo solidario se consolidó.

Una línea de trabajo fueron los comedores infantiles, que funcionaban con el apoyo en alimentos de la Vicaría. Luego se formaron los talleres de arpilleras y tejidos, al comienzo sin ninguna técnica, poco a poco con mayor perfección. En la Zona Norte también se habilitaron policlínicos para la atención médica de la población. Esta tarea fue compartida con otra institución de la Iglesia, la Fundación Missio.

Monseñor Hourton recuerda esos días con mucho cariño.

5 El padre Juan de Castro fue más tarde el segundo Vicario de la Solidaridad.

"Todo esto era muy lindo. Era una ocasión para hacer mucha vida comunitaria, la gente se conocía, se contaban sus problemas, se ayudaban mutuamente. A mi juicio, ahí está la naturaleza del trabajo solidario: acercar a la gente en actividades comunes que les permiten mejorar su situación y al mismo tiempo encontrarse como seres humanos..."

"Este trabajo se desarrollaba en forma paralela con la defensa de los derechos humanos. A nosotros en ocasiones también nos tocó participar en actividades con los familiares de las víctimas, dentro de la zona. Era la misma gente que estaba en distintas cosas. Para financiar todo esto se hacían peñas folclóricas. En la Vicaría se armaba un escenario y se ponían luces y un sistema de amplificación. La gente pasaba horas allí compartiendo y cantando. Se vivieron momentos de mucho entendimiento y ayuda mutua".

En la Zona Sur de Santiago, siendo Vicario el sacerdote Gustavo Ferrari, en 1976 se formó el equipo solidario. Una de sus primeras tareas fue la organización de una campaña de solidaridad con los hijos de los cesantes. Se realizó un gran acto para recolectar juguetes que se repartieron en los comedores infantiles, en los días previos a la Navidad de ese año.

La asistente social Juanita Alvarado debió trabajar intensamente en esa actividad, pero era feliz haciéndolo. Era su vocación. Sólo un par de meses antes había entrado a trabajar a la Vicaría Sur. Sentía que como pobladora y como profesional, tenía

el compromiso de estar ahí con los más pobres, para eso había terminado sus estudios secundarios y universitarios, cuando sus hijos ya estaban grandes.

Como parte del primer equipo de la zona, Juanita recuerda que los comedores llegaron a ser 97 en los que se daba almuerzo a cerca de 7 mil niños. En ese tiempo, la zona sur incluía San Bernardo.

"El otro programa que teníamos eran las bolsas de cesantes. Allí estaban los dirigentes con más trayectoria y más politizados. Ellos a veces criticaban la actividad del comedor por considerarla paternalista. Pero la verdad es que ellos reconocían que su necesidad también era sobrevivir".

Más adelante los comedores se convirtieron en talleres productivos que daban origen a un intenso trabajo con mujeres. Surgieron las primeras colonias urbanas que empezaron siendo paseos de fin de año para los niños. Un tercer programa que se desarrolló fue el de derechos humanos, en el que más que atender denuncias individuales, se entregaba formación y orientación a los grupos.

Al igual que en cada zona, el trabajo de este equipo tenía sus particularidades. Al menos, así lo cree Juanita.

"Para nosotros era muy importante la organización de la gente, tal vez debido a que nuestra experiencia profesional

siempre había sido con organizaciones sociales. Creíamos que la transformación de la sociedad, necesitaba que hubiera sujetos sociales protagónicos. Por eso, el trabajo no debía ser asistencial, de pura entrega de recursos. Así lo veíamos tal vez por nuestra propia experiencia, por la historia de la zona sur donde siempre ha habido fuerte presencia de organizaciones sociales y políticas y también porque nos sentíamos muy fieles a la Carta Pastoral del Cardenal Silva Henríquez (1975), donde ponía énfasis en el sentido de la solidaridad y no de la caridad. No podíamos quedarnos con las consecuencias de los problemas, sino que teníamos que ir a las causas".

En la Zona Oeste, el trabajo solidario también se desarrolló con un perfil propio que arrancaba del carácter pastoral que siempre estuvo muy ligado a lo popular en la zona.

Así lo estima Ninfa Pérez, la asistente social que fue enviada por el obispo Fernando Ariztía desde el Comité por la Paz para que empezara a formar un grupo que se encargara del trabajo solidario, en la zona oeste.

Ninfa no olvida las instrucciones del Obispo: " *No quiero funcionarios que estén pegados a la Vicaría Zonal, quiero funcionarios cristianos que sean capaces de insertarse en la estructura y en la modalidad que tiene esta zona. Así empezó un trabajo muy directo con los pobladores. Al comienzo había 12 comedores...*"

Con las características propias de la zona se fueron desarrollando los programas de comedores infantiles, bolsas de cesantes,

grupos de salud y derechos humanos, que se apoyaban a través de los Decanatos.

Conforme al paso de los años, y al igual que en otras zonas, el trabajo se fue transformando. De los comedores surgieron ollas comunes, luego nacieron talleres, las colonias urbanas.

Como parte del equipo de solidaridad, las asistentes sociales Rita Farías y Mirta Tobar vivieron muy de cerca todos los procesos, sus problemas y sus avances, lo que para ellas es un privilegio y un orgullo.

"Del trabajo desarrollado en esta zona con los cesantes, y que por lo demás fue permanentemente apoyado por el obispo Enrique Alvear, surgió, a fines de 1978, la Coordinadora Nacional de Cesantes, con representantes de los obreros metalúrgicos, de la construcción, los campesinos, los textiles y los mineros".

"Pero de ese mismo trabajo con cesantes, agrega Rita complementando perfectamente el relato de Mirta, surgió la necesidad de la denuncia del problema de la vivienda y de los deudores de luz y agua. Se hicieron grandes y fuertes acciones de denuncia. Se formaron comités de vivienda. De alguna manera, allí estuvieron los gérmenes de lo que más adelante sería la Coordinadora Metropolitana de Pobladores que nace en la zona oeste..."

La Zona Oriente fue la primera en tener un pequeño equipo encargado del trabajo solidario, enviado desde el Comité por la

Paz. La abogada Gloria Torres y la asistente social Gloria Cruz fueron de las pioneras en esta tarea que se inauguró en la antigua sede de la Vicaría Oriente, en Plaza Ñuñoa, al lado de la casa del Cardenal.

Gloria Torres cuenta con emoción los primeros pasos que se dieron: *"El equipo fue una maravilla, estaba la Gloria Cruz, Nicolás Cumen, un cura holandés maravilloso que murió aquí en Chile, muy serio y riguroso, Mercedes Chaín, una monja de 50 años, de la congregación Amor Misericordioso, que tenía la belleza de ser una persona que a su edad estaba incursionando en campos distintos. Era un equipo con experiencia, todos muy distintos"*.

Lo primero fue recorrer las distintas parroquias de la zona para impulsar el trabajo.

"En las reuniones siempre decíamos lo mismo y la gente a veces no nos escuchaba mucho. Nicolás decía: 'Aquí estoy sentado entre dos Glorias' y después le pedía a la Gloria Cruz que contara las necesidades que había, ella contaba de los comedores y de la pobreza que en ese minuto era tremenda".

"Luego, Nicolás decía: 'Y ella que se ve tan joven, aunque ustedes no lo crean es abogado'. Entonces, yo hablaba de las violaciones a los derechos humanos. Después, la Meche contaba cómo reaccionaban las comunidades y Nicolás cerraba esto diciendo que hay que cooperar".

Con todas las precariedades del momento, el trabajo se afianzó. El equipo se reorganizó y creció. Se incorporaron nuevas profesionales, como la dentista Mirta Ossandón, quien comenzó en el Programa de Salud y luego se incorporó a otras áreas de la acción solidaria. Para ella fue una experiencia relevante.

"En la zona se presentaban muchos desafíos. Uno de ellos era la necesidad de conciliar los distintos estilos de trabajo y las visiones de los sacerdotes, las religiosas y los profesionales que estábamos allí. En todo caso, había mucho respeto por el otro y buena voluntad (...). Pero era necesario abrirse a nuevos esquemas".

En la Zona Oriente se formaron bolsas de cesantes y talleres de arpilleras que dieron lugar a un interesante trabajo con mujeres. Todas experiencias nuevas de organización.

Desde que se formó la Vicaría de la Solidaridad, se consideró a la Zona Matta como un territorio en el cual se debía desarrollar una labor solidaria. La asistente social Argentina Valenzuela fue la encargada de hacerlo, instalada en el local de Santa Rosa al llegar a Avenida Matta, una sede que al igual que la de otras vicarías sirvió para realizar los primeros encuentros entre las organizaciones sociales, que en los primeros años estaban prohibidos.

La Zona Matta tenía características que la hacían diferente a otras. El trabajo pastoral desarrollado allí era desconocido por las otras zonas, la pobreza de su población se ocultaba tras

remozados edificios y casas de buena calidad; los vecinos eran marcadamente individualistas y los sectores más activos como los jóvenes se iban a otros barrios.

La tarea por hacer era grande. Con la aprobación del Vicario, sacerdote Mauricio Veillet, se empieza el trabajo parroquia por parroquia.

En 1978 crece el equipo de solidaridad y al año siguiente esta zona se une con la Zona Centro, donde trabajaban otras dos personas. Se trasladan a un local en la calle Brasil y el equipo unido pasa a ser de la Zona Centro. De los primeros tiempos, la Srta. Argentina recuerda con cariño las iniciativas realizadas.

"Lo más típico de lo que hicimos fue el trabajo con bolsas de cesantes que, como organización, tenían un corazón muy abierto para acoger a los familiares de los detenidos desaparecidos y a los que iban saliendo de los campos de prisioneros. Con ellos hicimos las primeras peñas folclóricas. Luego nacieron los primeros talleres de mujeres, después los monitores de recreación que formábamos en las parroquias. También empezamos a trabajar con agentes pastorales y miembros de ayuda fraterna. Más adelante, surgen otras organizaciones producto de circunstancias distintas, como los grupos de vivienda..."

Armar esta red solidaria no fue sencillo. Muchos prejuicios antecedian al trabajo. La Vicaría de la Solidaridad tenía imagen conflictiva en algunas parroquias. Así lo recuerda Viviana Heller, la asistente social que en 1979 se integró al equipo.

“Nos miraban con recelo en algunos comedores, talleres y parroquias cuando decíamos: Venimos de la Vicaría. Entonces había que ganarse a las personas, mostrarles que no era nada terrible hacer la solidaridad y que de hecho, ellos ya lo estaban haciendo. Fue todo un proceso...”

La Zona Rural Costa comprendía al principio hasta Colina, hacia el norte, y Buin, por el sur. El trabajo solidario que allí se inició, sin embargo, fue con personas de los pueblos de la zona y no con los sectores más campesinos.

Al comienzo el equipo solidario funcionaba en Plaza de Armas 444 de Santiago, y se viajaba a diario para trabajar con los talleres de arpilleras que habían formado principalmente los familiares de detenidos desaparecidos de la zona.

Hacer el trabajo solidario en este sector no era fácil, ya que se producían permanentes diferencias con los miembros de la Iglesia local, que tenían una forma distinta de abordar la tarea.

Con todo, y después de una crisis del equipo solidario, el desarrollo de las organizaciones se afianzó, aunque más tarde que en las otras zonas. Se inició una intensa labor de formación y acompañamiento a las mujeres de los talleres que pasaron de la arpillera de denuncia a la arpillera que relata la vida cotidiana.

Para desarrollar el programa de salud en la zona, la enfermera Pepa del Valle fue incorporada al equipo. Sin embargo, su labor

fue más amplia y su dedicación fue progresivamente afianzar la organización de las mujeres.

"Pensábamos que estos grupos no podían desaparecer el día que no hubiera equipo solidario. Las organizaciones de mujeres debían tener autonomía y capacidad propia. Por eso, dimos especial énfasis a la formación de dirigentes..." - recuerda la Sra. Pepa.

Otras dos zonas desarrollaron más tarde, en 1985, y de acuerdo a sus características como territorio, un trabajo solidario: la Zona Cordillera y la Zona Maipo.

Y en ambas también fue posible levantar la solidaridad, sin la masividad de otras zonas, pero con la entrega de agentes pastorales y los integrantes de Ayuda Fraternal. Solidaridad, a pesar de los contrastes socio-económicos en la Zona Cordillera, y más allá de las dificultades de ser una zona nueva como la Maipo.

En la Zona Cordillera se inició una acción que debía adecuarse a las particularidades del sector. Silvia Núñez estuvo a cargo del desafío. Ella confiesa:

"En este territorio tenemos personas que lo tienen todo. Pero en la vereda del frente están los que nada tienen. Por eso, el objetivo es hacer que los más acomodados entiendan que no se trata de firmar un cheque, sino de ayudar a buscar trabajo o dar otras soluciones más de fondo a sus vecinos".

En la Zona de Maipo -que en 1988 se convirtió en el Obispado de San Bernardo- el trabajo comenzó a partir de una emergencia: el terremoto. Lo recuerda su encargada, Angélica Galarce:

"Las ayudas se canalizaron fundamentalmente a los sectores rurales que fueron más afectados. Era una labor reactiva, del momento. Luego, se fueron integrando otros programas, como el de ollas comunes que también nació por otra emergencia: los temporales".

2. Otros desafíos de la solidaridad

2.1. Programas de Salud

La puesta en marcha de los programas de salud en las zonas es una historia distinta, ya que los equipos encargados tenían sus propios objetivos y se enfrentaban a sus problemas particulares.

Como muchos profesionales provenían del sector estatal, la tendencia natural fue reproducir el esquema de salud aplicado en hospitales y consultorios hasta antes de 1973. De hecho, los policlínicos instalados en las zonas tenían esas mismas características, pero con menos recursos, sin población asignada y no cumplían ciertas funciones típicas como la vacunación y la entrega de leche.

Con turnos y horarios muy disciplinados, igual que en los hospitales, los profesionales de salud de la Vicaría querían tras-

ladar la experiencia del Servicio Nacional de Salud. Pero el esquema no se ajustaba y surge la autocrítica. Así lo recuerda Julia Figueroa, quien precisamente había pasado como enfermera del SNS a un consultorio de la Zona Norte.

"Nos dimos cuenta de que no estábamos en el Estado. Además, la gente tenía conocimientos de salud y no había necesidad de pararse frente a ellos y hacerles charlas. Debíamos aplicar nuevas metodologías".

"Al comienzo hubo resistencias, tanto de parte de los profesionales como de la población que esperaba que hubiera un Estado que le resolviera muchas cosas y le ofreciera charlas. Era todo un desafío: crear las condiciones para que la gente se ayudara a sí misma..."

Tras esta experiencia, el equipo de *salud* incorpora metodologías educativas distintas y ensaya nuevos modelos de *salud*. Nacen así grupos de salud, integrados por pobladores que van formando sus propias redes de *salud*.

2.2. Bolsas de cesantes y capacitación

El trabajo solidario cobra peso y gran presencia en las zonas que van moldeando la experiencia de acuerdo a las necesidades de cada lugar. Persisten, sin embargo, rasgos comunes que van marcando este trabajo.

Desde un punto de vista profesional, la labor solidaria empieza por romper esquemas. Las primeras hipótesis de trabajo que se levantan no dan cuenta de lo que ocurre en la realidad.

Fue lo que sucedió con el "modelo Talagante", que surgió en una jornada de trabajo en esa localidad y que pretendía ordenar el trabajo de ese momento. Este modelo, básicamente, entendía que las bolsas de cesantes se convertirían en el motor de la organización en las poblaciones, ya que en ella se reunirían los dirigentes sociales más formados y con mayor trayectoria que habían quedado cesantes. A partir de la bolsa de cesantes, surgirían entonces otras organizaciones y se dinamizaría la vida social del sector.

En la realidad, sin embargo, este modelo no funcionó.

Las mujeres sin formación y con poca trayectoria fueron las que más se acercaron a las organizaciones solidarias.

El modelo no daba cuenta de la realidad. Surgió la autocrítica. Ana María Medioli estuvo en esas discusiones.

"Buscábamos formar dirigentes. Llegaron muchos, venían saliendo de los campos de prisioneros. Los reunimos con los miembros de los comedores y resultó que las señoras no les entendían nada. Era un lenguaje distinto. Las señoras seguían en su tarea de sobrevivencia y buscando juntar unos pesitos. Nosotros las criticábamos porque no se preocupaban de 'lo importante'. Poco a poco, fuimos valorando ese acercamiento

de las señoras. Fuimos dejando estos esquemas más ideológicos que no nos servían y empezamos a trabajar a partir de la experiencia real de la gente".

Los desafíos de la realidad eran bastante más ricos y complejos, sorprendentes para quien intentaba analizarlos con esquemas muy rígidos.

Pese a que al comienzo no era posible ceñirse a ningún esquema conocido de trabajo social, en la medida que en la Vicaría y en las zonas se ordena y profesionaliza la labor solidaria, empieza a surgir una cierta metodología característica.

¿En qué consistía?

Básicamente, en la combinación de acciones que aparentemente podrían ser contradictorias: la entrega de recursos, la promoción de organizaciones, la capacitación y una reflexión permanente en torno al trabajo.

No era fácil aceptar que era posible entregar alimentos sin por ello pecar de asistencialista. Era parte del debate de ese tiempo. Ana María lo ve así:

"No podíamos dejar de entregar alimentos, era nuestro trabajo dentro de la Iglesia. Por mucho tiempo lo hicimos porque había que hacerlo, pero lo que en realidad nos interesaba era capacitar. Poco a poco, sin embargo, nos fuimos dando cuenta de que lo importante era cómo entregar y cómo se reci-

bían esos alimentos con el fin de fortalecer las capacidades propias de la gente para promover la organización, lo cual es parte de cualquier política social".

En cada zona el trabajo siguió teniendo sus características y énfasis propios, pero este método se hizo bastante común y permitió ir forjando un sello propio.

Esta metodología tenía sustento no sólo en la labor de los profesionales. La dimensión promocional y asistencial de esta tarea estaba consignada en la misma Carta de Pastoral Solidaria, de 1975. Allí se reiteraba que el desafío es considerar al otro como una persona llena de capacidades, pero con problemas graves de pobreza y que para desarrollar esas capacidades, hay que tenderle una mano.

En palabras de monseñor Cristián Precht, en esta metodología:

"A la gente hay que darle una mano cuando estamos en el suelo. No hay que decirle organícese, porque primero hay que levantarlo del suelo..."

Para monseñor Mario Garfias:

"El trabajo debía partir por lo asistencial, por razón de las urgencias, pero se realizaba con un criterio promocional, o sea 'ayúdame que yo te ayudaré' porque se ayudaba a que la gente se organizara y fuera sujeto de su propio destino. Todo

empezó de tareas muy simples que fueron favoreciendo la organización popular, un tejido social que le permitiera al pueblo ser sujeto de su propia promoción".

La relación que se establece con las organizaciones solidarias tiene también un sello que va marcando el trabajo. Paralelamente a la realización de la labor profesional, se reflexiona en torno a cómo debía ser esta relación y qué tipo de intervención era la que se desarrollaba.

Al comienzo, se evitaba definir el trabajo como intervención social, ya que aparecía como contaminadora de la experiencia popular. Poco a poco, se valora el aporte específico del profesional frente al poblador. Se establecía allí una relación distinta y nueva.

La asistente social Montse Moretó lo explica así:

"Uno se enfrentaba a sectores que tenían toda una historia, de muchos sufrimientos, pero también mucho aprendizaje. También estaban los profesionales que tenían su propia experiencia. En esa interacción se van comunicando los aprendizajes, lo que pasa es que ellos lo hacen con su lenguaje, por eso uno tiene que estar atento. Uno entrega algunos elementos que ayudan a la sistematización de la experiencia de la gente, con el cuidado de no arrasar y no imponer. En esa medida, van siendo cada vez más conscientes de lo que son y junto a las organizaciones se van haciendo más protagónicos".

Como parte del crecimiento, surgen problemas propios del proceso. Se vivían tensiones entre los diferentes actores -profesionales, sacerdotes, religiosas y miembros de organizaciones- que tenían formas a veces distintas de enfrentar la tarea. Otros conflictos surgían a partir de las mismas características de la labor solidaria.

Una de esas tensiones se expresaba en la discusión del carácter asistencial o promocional que debía tener el trabajo. El debate era más o menos intenso de acuerdo al momento que se vivía y según la zona.

Otra tensión surgía entre lo pastoral y lo promocional, y entre lo pastoral y lo político. En definitiva, era el problema de que para fomentar la organización solidaria era necesario enfrentar el tema de lo político y reconocer la presencia de algunos partidos políticos, especialmente a través de los miembros de las bolsas de cesantes. Para la Iglesia el gran temor era que los partidos intervinieran y alteraran el curso de las organizaciones. En la práctica, sin embargo, la influencia de los políticos no fue mayor, ya que no hubo encuentro entre los dirigentes con trayectoria social y política anterior y los otros integrantes de las organizaciones que no tenían experiencia, especialmente mujeres. Para la Iglesia, en todo caso, se abría el desafío de tener una pastoral que al promover la organización social se situaba muy cerca de lo político.

Un problema también presente en el trabajo solidario surgía en la relación con la Iglesia local, a veces con los sacerdotes, las

religiosas o con las integrantes de grupos parroquiales que tenían un punto de vista distinto de la labor y sentían que la Vicaría les imponía estas tareas.

Desde el Departamento de Zonas, Daniela Sánchez vivía esas discrepancias.

"Efectivamente ante la emergencia, en las zonas, se sobrepuso una estructura de trabajo solidario para responder a las demandas. Podía ser visto como una invasión, aunque las necesidades eran reales. Por eso, durante años tuvimos problemas con las integrantes de la ayuda fraterna porque veían esto como algo muy asistencial, de ayuda caso a caso, era el carisma de una mujer cristiana que quería ayudar al vecino. Nosotros teníamos una visión más socio-política e integral del trabajo. Esas dos tendencias hoy se han juntado".

Con todas las tensiones, el trabajo siguió adelante y creciendo en cada zona, donde iba tomando rasgos particulares.

Conservaba, eso sí, algunas características comunes que le daban el sello de lo solidario. Una de ellas: la capacidad de enfrentar nuevas emergencias: un terremoto, las inundaciones o una nueva detención. En cada caso, se redestinaban recursos, se improvisaban nuevas acciones y se readecuaban los programas.

Nacido en la emergencia, el trabajo solidario conservaba la capacidad de responder a nuevas necesidades y demandas urgentes. La emergencia pasó a ser parte de su carácter.

Se vivían -como años más tarde diría monseñor Jorge Hourton- las grandes horas de la solidaridad, en las que a pesar de todo, la vida salía adelante.

La vida, a pesar de golpes como la dictación del Decreto Ley 2.191, conocido como la Ley de Amnistía, que a partir del 19 de abril de 1978 benefició a los autores y cómplices de delitos cometidos en período de estado de sitio.

Pero ahí estaba la vida. Estaba en el Simposio Internacional de los Derechos Humanos, realizado entre el 22 y el 25 de noviembre del '78, en el que participaron personalidades religiosas y de organismos internacionales de derechos humanos. Convocado por la Iglesia de Santiago y bajo el lema *"Todo hombre tiene derecho a ser persona"*, el evento fue un hito en la defensa y promoción de los derechos humanos, en esos años. La clausura se efectuó en la Catedral y en ella se firmó la Carta de Santiago. Este es uno de sus párrafos:

"... Pedimos a los gobernantes de las naciones que ejerzan su poder en servicio de los derechos humanos, acatando e implementando las normas y pactos internacionales. Apelamos a la conciencia de los pueblos para recordarles que la paz sólo puede construirse sobre la base de la justicia ..."

2.3. *"...En un país que cambiaba"*

El domingo 10 de agosto de 1980, por todos los medios de comunicación del país se escucha la inconfundible voz del gene-

ral Pinochet, que informa que la Junta de Gobierno ha aprobado el nuevo texto de la Constitución, y que habrá un plebiscito el 11 de septiembre de ese mismo año.

Adelantándose a las reacciones, el discurso del general advierte que *"con el fin de evitar toda crítica malintencionada, en el sentido de que se trataría de un plebiscito carente de alternativa, declaro enfáticamente a la ciudadanía que el hipotético rechazo del proyecto aprobado por la Junta de Gobierno significaría el retorno a la situación jurídica y política existente en el país al 10 de septiembre de 1973"*.

Pero esa vez ganaría el SI, por un 67 por ciento contra un 30 por ciento. Se sella así el proceso de institucionalización del régimen militar, quedando al mando absoluto del general Pinochet que se traslada a las oficinas del edificio de La Moneda. Desde allí dirigirá los destinos del país por 9 años más.

El proceso eleccionario no tuvo ninguna legitimidad moral y así lo dejaron establecido los Obispos Católicos que criticaron las condiciones -sin registros electorales y bajo estado de emergencia- en que se había desarrollado.

El plebiscito, en todo caso, fue una buena oportunidad para que las organizaciones sociales y políticas expresaran todo lo que les era posible en esa época. Se realiza entonces la primera concentración por la alternativa del NO, en el teatro Caupolicán y con el ex Presidente Eduardo Frei como orador central.

Son tiempos en que se reactivan las organizaciones sociales. Ya el 1 de mayo de 1979 se había celebrado en las calles el Día del Trabajador, siempre con un saldo negativo de 365 detenidos.

El país comienza a transformarse. Económicamente, el inicio de la década del 80 fue de recesión. El boom publicitado por el régimen militar se desvanece y se vive una ola de quiebras de empresas y despidos. El Estado debe intervenir bancos y financieras. La grave crisis provoca el desprestigio de los por entonces famosos "chicago boys" que habían desarrollado el modelo neoliberal. La economía es uno de los motivos más importantes de descontento en la población.

También lo son los crímenes que comienzan a perpetrarse y que ahora tienen amplia difusión informativa: la muerte del estudiante de periodismo Eduardo Jara, el degollamiento de Tucapel Jiménez, la bomba que mata a Loreto Castillo, la muerte de Juan Antonio Aguirre Ballesteros. Una extensa lista que seguiría engrosándose con los nombres de Santiago Nattino, Manuel Guerrero, José Manuel Parada, los hermanos Vergara, Rodrigo Rojas, entre otros.

A las muertes se siguen sumando otros atropellos como las relegaciones masivas y las expulsiones del país que se practican en los años 80.

El país iba cambiando, pero se mantiene el control ejercido a partir del miedo y la fuerza.

La gran sorpresa se produce el 11 de mayo de 1983 ⁶. Ese día la Confederación de Trabajadores del Cobre había convocado a un paro.

No hubo paro, pero se realizó la primera protesta en Chile. Uno de los episodios que marcarían la historia social y política del país.

En esa protesta y en todas las que vinieron después las organizaciones sociales tienen una participación activa. Los pobladores se convierten en protagonistas importantes de la acción política. La movilización alcanza una gran agitación que no demora en ser reprimida violentamente ⁷. En la cuarta protesta se destinaron 18 mil hombres armados para controlar las calles. Hubo 17 muertos y 65 heridos.

En 1983 se producen otras movilizaciones de los pobladores: las tomas de terreno, que también tienen enorme repercusión en el trabajo social. La más importante de las tomas se realiza el 27 de septiembre de 1983, en la zona sur de Santiago y en ella intervienen alrededor de 7 mil familias.

6 Esta movilización social dio origen a la formación del Comando Nacional de Trabajadores, organismo que convocó a las siguientes protestas. Su presidente fue Rodolfo Seguel.

7 En la protesta del 4 de septiembre de 1984 muere el sacerdote de La Victoria, André Jarlan. Una bala lo alcanza en su escritorio mientras leía la Biblia.

Son años de cambio. De agitación, de movilización.

El 6 de mayo de 1983 la Iglesia de Santiago tiene un nuevo Arzobispo: Monseñor Juan Francisco Fresno. El Cardenal Raúl Silva Henríquez deja esa función el 10 de junio.

En los años siguientes la movilización continuaría con nuevas protestas, llamados a paro, jornadas por la vida ⁸.

Esta reactivación social sólo se verá interrumpida seriamente con el estado de sitio que sigue al atentado al general Pinochet (septiembre de 1986).

Pero la multitud volverá a las calles el 1 de abril de 1987 para recibir a Su Santidad Juan Pablo II, quien provoca el despliegue social mayor de esos años. En los días de su visita, las autoridades otorgan mayores libertades públicas y se permite la expresión de diversos sectores, pobladores, políticos, académicos, para recibir al Papa.

Un buen ensayo de libertad en un país que se transformaba.

Por estar siempre abierto a la experiencia, el trabajo solidario tiene un desarrollo muy ligado al contexto en el que se mueve.

8 A la reactivación social se suman algunas iniciativas políticas como el "Acuerdo Nacional para la Transición a la plena Democracia", que se firmó en agosto de 1985.

Los períodos de alzas y bajas de la organización solidaria tienen que ver con la dinámica del movimiento social.

En un país que se transformaba, el trabajo solidario también cambiaba. No por consecuencia directa, pero influido por los procesos sociales y políticos que se expresaban en las zonas.

Era parte del desarrollo de la tarea de promoción solidaria que se había gestado en los días del Comité por la Paz. Un trabajo que ya llevaba varios años y que había conformado una importante red de organizaciones apoyadas por los equipos desde las vicarías zonales. Múltiples realidades se habían abordado por equipos con distintas características, siempre buscando rasgos comunes que dieran identidad al trabajo.

Con los años, los vicarios fueron cambiando en las zonas, lo que en algunos casos significó variaciones en los énfasis de trabajo, nuevas discusiones y en otros, coincidencias.

Algunos equipos de profesionales también cambiaron, lo que afectó directamente la estrecha labor que mantenían con las organizaciones.

Las mismas organizaciones también fueron variando con los años. Los comedores, que llegaron a ser experiencias realmente masivas, fueron desapareciendo del trabajo de zonas. Talleres y ollas comunes fueron reemplazándolos y manteniendo organizadas a las mujeres, en función de sus necesidades básicas. También nacieron otros grupos como las colonias urbanas, y más adelante

-producto de las emergencias- se formaron comités de allegados y luego grupos de vivienda.

Los comedores infantiles y las bolsas de cesantes fueron parte de la primera etapa.

Los comedores fueron una experiencia muy numerosa, llegaron a ser 300 y concentrar a unas 30 mil personas. Alrededor de 1980 empezaron a disminuir en las zonas y en ello influyó la crítica de algunos vicarios, párrocos y agentes pastorales que consideraban que estas experiencias llevaban mucho tiempo, habían producido acostumbamiento y tenían un funcionamiento irregular. Otro cuestionamiento venía de los dirigentes que estimaban que los comedores no promovían la organización y tenían un carácter muy asistencial.

Los comedores se fueron terminando. Las bolsas de cesantes también. Pero sin duda, fueron germen de nuevas organizaciones: talleres, ollas comunes y colonias urbanas.

Los talleres o grupos de mujeres se fueron convirtiendo en experiencias solidarias muy sólidas, con gran estabilidad en el tiempo. Con poca ayuda de recursos, se van convirtiendo en alternativas relevantes de crecimiento para las mujeres pobladoras.

Las ollas comunes continúan en la línea de los comedores, aunque con mayor autonomía respecto de las parroquias. También se desarrollan en gran número y funcionan recibiendo aporte de recursos y capacitación.

Las colonias urbanas son experiencias muy masivas ya que involucran a niños, jóvenes monitores y padres en actividades que se concentran en 3 meses del año. Con el tiempo, la organización busca mantenerse activa durante todo el año.

Todas estas organizaciones mantienen su carácter solidario, aun cuando reciben recursos de las vicarías zonales. En ellas, se aplica la misma metodología y se persiguen los mismos objetivos.

Frente a algunas emergencias en particular, se forman otras organizaciones, como los comités de damnificados, grupos de pobladores que a partir de la autoayuda buscan superar los efectos del terremoto de 1985 en la zona central del país. La experiencia del arquitecto Luis Santibáñez en la Vicaría Oeste tiene que ver con esas organizaciones:

"Antes que nada, les dimos apoyo ante su emergencia, luego buscamos una metodología que permitiera la organización y la solidaridad interna de los afectados. El objetivo era que arreglaran sus viviendas a partir de sus propios recursos. Les brindábamos una ayuda muy pequeña, el resto de las cuotas las ponían ellos. Así formaron el banco de materiales, de manera autónoma".

La misma metodología se utilizó para experiencias nuevas que surgieron a partir de otras emergencias, como las inundaciones, siempre ligadas a la pobreza.

La metodología del trabajo solidario sorprendía y atraía a los nuevos profesionales que se incorporaron, como Luis Santibáñez.

"Antes yo había trabajado en empresas autogestionadas. Esta experiencia fue totalmente distinta porque tenía que trabajar con mujeres, cuestión que valoro mucho. Creo que ellas tienen más capacidad de organización y una fuerza increíble. En todo caso llegué a un trabajo solidario que ya tenía historia y mi aporte fue muy específico: en vivienda".

Carmen Andrade también es de las profesionales que se integraron más tarde. En 1985 entró a la Vicaría Norte, aunque como estudiante de sociología había realizado algún trabajo práctico en esa misma zona, en 1977. Desde entonces le atraía la acción solidaria.

"Ha sido una experiencia muy valiosa. Entre otras cosas, conocí a personas que formaron una escuela profesional. La gente más antigua de la Vicaría es la que se vio realmente apremiada por las circunstancias y por las demandas, ahí inventaron cosas que no existían y se tiraron al agua. Eso es muy valioso. También muy cansador. Yo dudo que todo eso se vuelva a repetir".

El encuentro entre las profesionales que estuvieron desde los primeros años y las que se integraron después permitió mirar, criticar y valorar las cosas de una manera nueva.

"Conversando con las compañeras más antiguas veíamos que ellas formaban un ghetto de dolor y eso era complicado para ellas mismas y los demás. Yo les decía: Ustedes se creen propietarias del dolor de este país y se legitiman mucho en el dolor. Pero esto lo hemos sufrido todos, la sociedad entera. No puede haber sólo un grupo de personas que sea depositaria del dolor. Esta competencia de dolores demuestra la enfermedad social de este país. Por suerte, juntas fuimos saneándonos. Aprendiendo a gozar y a no ser heroínas sufrientes".

Los nuevos profesionales no siempre se adecuaron rápidamente a los estilos del trabajo solidario que venía desarrollándose por años. Ellos mismos traían otros estilos.

Así sucedió con Cecilia Aravena, joven asistente social que se integró al programa de vivienda del equipo solidario de la Vicaría de la Zona Centro.

"Me acuerdo que sufrí mucho al principio porque yo estaba acostumbrada a que todo el trabajo tenía que ser muy claro, planificado y formal. Mal que mal, yo venía egresando y me había formado en dictadura. Consideraba que todo atraso, improvisación era signo de ineficiencia. Pero esta rigidez mía se fue flexibilizando, así como el resto del equipo yo creo que empezó a valorar que como equipo de trabajo debemos tener normas de funcionamiento y deberes".

Para Cecilia, la Vicaría ha sido su único lugar de trabajo desde que egresó. Para muchos otros profesionales la labor solidaria ha sido la gran experiencia laboral y reconocen que les

sería difícil desempeñarse en otros espacios. Es el caso de Elvira Madariaga, asistente social que desde 1982 trabaja en la Zona Rural Costa.

"Creo que aquí hemos descubierto una dimensión del servicio social que en estos años no se ha desarrollado en otras partes. Hemos aprendido que esto es un trabajo profesional, no se hace por buena voluntad y no por eso se debe olvidar que tratamos con personas, seres vivos, integrales, que están en actividad y cambiando y que juntos nos vamos a desarrollar. Esto no lo podría haber aprendido en otro lugar".

Los nuevos profesionales traían otras experiencias, otros sueños para aportarlos a la labor solidaria que continuaba siendo intensa. Eso sí, en un contexto distinto al de los primeros años. Al temor de los primeros años empezaron a salirle al paso iniciativas de organización que abrían nuevos espacios. Obviamente, esto comenzó a influir y a expresarse en el trabajo solidario.

En la Zona Oeste, por ejemplo, las organizaciones empezaron a formar coordinadoras que tenían un carácter más público y más reivindicativo. En su origen fueron apoyadas por la Vicaría Zonal. La asistente social Mirta Tobar lo recuerda.

"Se vivía un auge de los comités de vivienda en la Zona y como ya había más posibilidades de organización, en 1979 se creó acá la Metropolitana de Pobladores. Así que en los años siguientes cuando celebraban su aniversario, Monseñor Enri-

que Alvear y nosotras éramos invitados de honor. Esto es muy lindo porque es como ser parte de la historia".

En el Departamento de Zonas de la Vicaría de la Solidaridad y en su relación con los equipos zonales hubo importantes cambios al llegar los años '80. Como opción institucional se decidió "descentralizar" el trabajo solidario, terminar con el Programa de Salud y el Departamento Campesino, por lo tanto dejar con autonomía a los equipos encargados y trasladar la dependencia administrativa de los equipos solidarios a las respectivas zonas. El Departamento de Zonas ya no sería el encargado de dirigir el trabajo, sino que más bien lo coordinaría y apoyaría en ciertas áreas específicas.

En este período se produce la renuncia de Javier Luis Egaña, como Secretario Ejecutivo de la Vicaría y en su lugar asume Enrique Palet. Cuando llegó éste, el 25 de mayo de 1981, la descentralización ya estaba decidida. Contaba con la autorización del Arzobispo y había sido propuesta y reafirmada por una comisión *ad hoc* que había evaluado el trabajo solidario de la Vicaría.

Fue una decisión tremendamente conflictiva. Hubo mucha oposición. Muchos lo vieron como el primer paso que daba la Iglesia para abandonar el trabajo solidario que podía ser asumido por otros, en un momento en que en el país se abrían nuevos espacios sociales. Parecía que la opción era reducir la imagen, siempre polémica, de la Vicaría de la Solidaridad.

Enrique Palet no estaba de acuerdo con esa interpretación. Aunque no había participado de la decisión, justificaba plenamente la medida.

"Yo estaba de acuerdo con lo que decía la comisión en el sentido que la Vicaría de la Solidaridad era como una bolsa de tinta que se pone dentro de una pecera. Está ahí con su tinta, tiene un contenido de color bien rico porque ha hecho una experiencia maravillosa en lo solidario. Está ahí, pero está enquistada dentro de lo que es el trabajo de la Iglesia y el trabajo de la Iglesia en la sociedad. Lo que había que hacer era pegarle un pinchazo a la bolsa para que la tinta se desparramara y entintara toda el agua.

Esa imagen resume bien lo que pensaba la comisión y lo que compartíamos con Juan de Castro, que fue quien impulsó la descentralización como Vicario⁹. El trabajo solidario no podía ser una cosa de expertos que estaban en la Plaza de Armas, debía ser asumido por la Iglesia en su conjunto. Los profesionales de la solidaridad no debían sentirse ajenos a la Iglesia ni el resto de la Iglesia debía verlos como algo ajeno. Era un tema complicado que significaba cambios de mentalidad en los equipos solidarios y en los vicarios".

9 Monseñor Juan de Castro asumió como Vicario de la Solidaridad en 1978.

Para el Vicario Juan de Castro la medida descentralizadora se fundaba en las mismas razones: *"Con todos los vicarios, incluido Jorge Hourton que estaba en la Vicaría Norte, estábamos de acuerdo en que la pastoral de solidaridad debía ser integrada como pastoral. No se podía hacer lo mismo con la labor jurídica que se realizaba en la Vicaría y que tenía carácter más técnico. La tarea solidaria debía estar bajo el mando del vicario zonal, o de otra manera nunca la Iglesia la iba a asumir con fuerza"*.

Pero las críticas a la medida fueron duras. Para muchos significaba dejar abandonados a los equipos solidarios en cada zona. Vladimiro Sáez vivió el impacto de la descentralización, junto a los demás profesionales, siendo parte del equipo de la Zona Norte. Como muchos, él no compartía la opción que tomaba la Iglesia.

"En ese momento consideramos que la descentralización era una acción en virtud de la cual la Vicaría de la Solidaridad se separaba de los equipos zonales. Era como que se amputaba el trabajo zonal. Fue en realidad muy duro para nosotros".

Al pasar a depender directamente de las vicarías zonales, las particularidades del trabajo solidario en cada zona se acentuaron. En algunos casos la influencia del vicario zonal se hizo más evidente y marcó ciertos cambios. Esto coincidía con que además la realidad social se dinamizaba y aparecían otras demandas y nuevas iniciativas en los territorios. En el Departamento de Zonas se redoblaron los esfuerzos para afianzar rasgos comunes y sistematizar el trabajo solidario.

Una consecuencia bien determinante de la descentralización fue el término del Programa de Salud en el Departamento de Zonas. Los equipos de salud zonales se autonomizaron y tomaron diferentes rumbos. Ligados a las vicarías sólo quedaron los de las Zonas Oeste y Oriente. Su vinculación, en todo caso, se mantiene sólo a partir de ciertas actividades. La administración y el financiamiento de los equipos y los policlínicos desde entonces se realizan en forma independiente.

Buscando su aporte específico en el área de la salud de cada zona, los equipos empiezan a concentrarse en la tarea de apoyo a los grupos de salud.

El doctor Eduardo Fernández, que había llegado al Comité por la Paz en los primeros tiempos, se quedó en el Consultorio de San Roque en la Zona Oriente. Desde allí ha vivido las diferentes etapas del trabajo de salud.

"A partir de la descentralización y con la salida de la Vicaría de la Solidaridad cambió el acento de nuestro trabajo. De ser un programa que tenía como actividad central la asistencia y en segundo lugar, la educación, pasamos a priorizar la educación. Se buscó fundamentalmente formar grupos, capacitarlos. Pensamos que el funcionamiento tradicional de un consultorio del sistema gubernamental pone el acento en la asistencia. Nosotros, por ser del sistema alternativo, no podíamos hacer lo mismo. Por lo demás, nuestro financiamiento era renovable cada un año, nunca sabíamos si al año siguiente tendríamos presupuesto. Al formar los grupos asegurábamos la permanencia del trabajo".

Así como en el país se producían cambios relevantes como la institucionalización del gobierno militar a través de una Constitución o como la apertura que permitía que algunas organizaciones sociales y políticas salieran a la luz pública, en el Departamento de Zonas comenzaba una manera descentralizada de trabajar.

A juicio de Enrique Palet la medida fue todo un éxito que permitió optimizar resultados.

"Los datos objetivos que me presentaron y que se publicaron en la memoria de ese año indicaban que la labor se había triplicado, tanto en la cantidad de acciones solidarias prestadas como en el número de personas involucradas. Daba la impresión también de que, en algunas zonas más que en otras, el conjunto de la Iglesia en la zona iba asumiendo la labor solidaria. Eso, en todo caso, es un proceso más complejo de analizar".

Monseñor Juan de Castro está de acuerdo con la apreciación.

"En la evaluación de diciembre de 1982 la pastoral solidaria había crecido tres veces. Si yo alguna vez dudé de la decisión -en realidad nunca lo hice porque tenía el apoyo del Cardenal y el cuerpo de vicarios-, después me parecía más que evidente que la medida fue correcta. Además, nadie perdió su trabajo porque fue una reestructuración. Los más afectados fueron el Departamento Campesino y el Programa de Salud que se autonomizaron. Pero fue para mejor. El Departamento de Zonas a mi juicio fue privilegiado, sólo se dedicó a animar y a orientar a los equipos y no a planificar".

La descentralización pasó a ser uno de los hitos en la historia del trabajo solidario. Con los años la polémica quedó atrás y aparecieron otros temas de debate. También otros desafíos que siguieron dando vida a esta tarea.

Por sus propias características no era posible que el trabajo solidario se desentendiera de lo que sucedía a su alrededor.

Primero fueron las protestas. Después vinieron las tomas.

En ambos casos estuvieron presentes los equipos solidarios de cada zona, entregando lo que a su parecer era su misión como un grupo de profesionales que desde la Iglesia apoyaba la vida de las organizaciones.

Decirlo, la verdad, era mucho más fácil que hacerlo. En la realidad, se producían tensiones y a veces conflictos. Por diversas razones. Podía ser porque un párroco consideraba que no era labor de la Iglesia apoyar a un poblador herido en la protesta o a la organización que estaba en la toma. Podía ser también porque el dirigente consideraba que la Iglesia era poco decidida para brindarle apoyo.

Persistían además viejos temores como la posible utilización de los pobladores y de su movimiento por parte de los partidos políticos.

Eran los conflictos que sufrían profesionales, las organizaciones y la Iglesia vinculada al trabajo solidario en una etapa nueva, con mayor efervescencia social.

Algunas zonas fueron especialmente tensionadas por estos episodios. Una de ellas, la Zona Sur. Ahí estaba la asistente social Juanita Alvarado junto a su equipo.

"Para la primera protesta no estábamos preparados. Sabíamos que iba a pasar algo, pero no sabíamos qué. Nos fuimos todos a la casa. Pero en la noche hubo heridos y la gente, por supuesto, llegó a la Vicaría. Para la siguiente protesta hicimos turnos para ayudar si había heridos. Hubo mucho de improvisación. Pero siempre los criterios con que actuamos fueron los de la solidaridad. Colaborábamos en detalles que al final eran muy importantes para apoyar a los pobladores. Les dábamos información sobre qué hacer con los detenidos, cómo acompañar a la posta a los heridos y así..."

Las tomas más grandes realizadas en los años '80 fueron en la Zona Sur. Los profesionales de la Vicaría también apoyaron a los pobladores y la precaria organización que tenían. La asistente social Montse Moretó se dedicó a esas labores. Muy desde dentro conoció los éxitos y los fracasos de esta movilización.

"Hubo una presencia permanente de las parroquias del sector que ayudaban a coordinar las ayudas. Fue una experiencia muy rica en la que pudimos anunciar una forma distinta de vivir la fe. Se embarcaron comunidades cristianas, grupos de pobladores y luego instituciones de profesionales. Todos apoyando. Yo era en ese tiempo la encargada del sector del equipo de solidaridad de la Vicaría. Así que viví todo eso como parte de mi labor de solidaridad".

La realidad, una y otra vez, sorprendía a los equipos de solidaridad que intentaban nuevas respuestas de acuerdo al ahora cambiante contexto social y político del país.

En medio de este clima, los equipos de solidaridad en las zonas son demandados por la Iglesia para que hagan más explícito su mensaje evangelizador. La petición da origen a una polémica bastante larga que no se concluye del todo, pero que va marcando la reflexión en el trabajo solidario y que influye en el alejamiento de algunos profesionales.

¿Nos corresponde a nosotros hacer evangelización explícita, se preguntan los profesionales, si el trabajo en sí mismo tiene un alto contenido evangelizador?

Algunos sacerdotes insisten en que la evangelización debe ser más evidente para que sea realmente una labor eclesial.

Surgen muchas discusiones y cuestionamientos en torno al tema.

En la misma Zona Sur donde el trabajo era muy abierto a las organizaciones, a las que se promovía y apoyaba, también aparece el debate. Juanita Alvarado lo expresa así:

"Se nos pedía que explicitáramos el nombre de Jesús en la formación de los jóvenes y los niños. Nosotros decíamos que no nos correspondía, que lo importante era que los niños vivieran los valores solidarios, que valoraran la familia, el trabajo.

Insistíamos en que evangelizábamos al hacer más dignas a las personas, en la medida en que se organizaban".

Polémico debate que se da en las distintas zonas, con diversos matices de acuerdo a las dinámicas de cada lugar. Pepa del Valle, la enfermera que entonces era jefe de equipo solidario recuerda cómo fue en la Zona Rural Costa:

"Se nos pedía que procuráramos que los niños de las ollas comunes fueran al catecismo. Nosotros no estábamos de acuerdo. Nunca nos lo pidieron oficialmente, en algún documento o en una reunión. Eran más bien mensajes ambiguos, de pasillo. El conflicto se daba más bien con los párrocos del sector, porque con las religiosas trabajábamos sin mayores problemas. En todo caso, nuestro trabajo tenía una fundamentación teológica importante, nosotros nos preocupábamos que la tuviera".

La discusión estaba abierta. También era parte del trabajo solidario que se transformaba.

2.4. La educación popular

Junto con las polémicas también aparecían nuevos temas que se iban incorporando al trabajo de las zonas y del Departamento de Zonas, que intensificaba sus esfuerzos por sacar conclusiones y sistematizar la experiencia.

La metodología que se desarrollaba con las organizaciones seguía siendo un tema de interés y como parte de ella, en esta etapa, adquiere especial relevancia la necesidad de educar. Ade-

más, la demanda por formación surge precisamente de los miembros de las organizaciones. En las reflexiones y en las acciones se perfila una línea de trabajo que incorpora la educación popular¹⁰.

El trabajo se impregna de las ideas de la educación popular y las desarrolla a través de los talleres y escuelas. Se advierte también que desde el inicio, las acciones solidarias siempre tuvieron un contenido educativo que en esta etapa se hace más explícito.

Otros temas que surgen en la práctica de trabajo tienen que ver con el reconocimiento de aspectos que hasta entonces eran invisibles.

Se valora, por ejemplo, que los equipos hayan enfrentado problemas reales de los pobladores y que los hayan apoyado efectivamente en sus soluciones, lo que no siempre ocurre en las intervenciones sociales. Julia Figueroa, que en ese tiempo estaba en la Zona Norte, rescata este rasgo del trabajo.

"Es muy difícil apoyar a las organizaciones si uno no parte de los problemas reales. No sacamos nada con ayudar a

10 Un hito que marca la incorporación de la educación popular dentro del trabajo solidario es la realización de un taller, organizado por el Departamento de Zonas y el CIDE (Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación) en 1981.

los allegados si no hay alternativas concretas, la organización se desarma en pocos meses. En ese caso, se opta por presentar alternativas aunque sea a largo plazo. Eso lo aprendimos del trabajo solidario".

Junto a eso, hay que valorar la capacidad de detectar cuáles eran los problemas más serios, en cada etapa del trabajo.

Vladimiro Sáez lo explica así:

"Pudimos detectar, al principio intuitivamente, que las necesidades no sólo significan una carencia sino que conllevan, al mismo tiempo, la capacidad de superar el problema. En eso tuvimos éxito. No solamente porque hubo recursos, sino porque tocamos una fibra de los seres humanos con los que trabajábamos. Nos equivocamos en muchas otras cosas, pero ahí le apuntamos".

Efectivamente, del trabajo solidario se desprendieron descubrimientos del mundo social que dieron solidez al trabajo. Uno de ellos es que las organizaciones poblacionales son multidimensionales, es decir, pueden cumplir diferentes funciones de acuerdo a los recursos y a la necesidad más prioritaria del momento. Son multidimensionales en cuanto a las necesidades que satisfacen que no son sólo de sobrevivencia, en ningún caso. Siempre detrás está la necesidad de afecto, de querer estar con el otro.

"Con aquellas organizaciones descubrimos que en un momento podían tener una determinada actividad productiva. Pero una vez que las señoras vendían las chombas, por ejemplo,

y la organización decaía por cualquier razón, terminaba esa actividad e inmediatamente surgía otra. Podía ser un campamento de verano familiar o un comedor o un taller. Diferentes actividades para diversos momentos. Esta plasticidad para enfrentar la realidad tiene que ver con la multiplicidad de problemas de la pobreza. Estas organizaciones son una estrategia integral, eficiente para enfrentar la pobreza y requería que nuestros equipos solidarios fueran multidisciplinarios".

En la misma línea, otro descubrimiento que surge de la reflexión en torno al trabajo solidario es que estas mismas organizaciones, aunque desarrollan actividades productivas, su mayor motivación no es la económica. El tema de la producción y la rentabilidad no era algo relevante para el grupo de señoras. Importante, claro que sí, pero no era lo único. La satisfacción de necesidades de comunicación, de encuentro, de crecimiento personal era muy fuerte. Volvía a demostrarse que al interior de una organización solidaria eran muchos los problemas que se abordaban, eran espacios con una gran multiplicidad de funciones.

Todos estos temas y descubrimientos fueron apareciendo a partir del esfuerzo desplegado por los profesionales que buscaban sistematizar la experiencia. Luego de la descentralización, era urgente acumular y ordenar el trabajo múltiple y diverso que se desarrollaba en las zonas.

En esta perspectiva tuvo enorme resonancia la evaluación realizada por el cientista social argentino Roberto Martínez, en agosto de 1985. En su informe final, entre muchos otros aspectos, rescata el enorme impacto que tiene el trabajo solidario, en el

sentido que incorpora a una inmensa cantidad de grupos. Hace notar la gran capacidad de adecuación y flexibilidad que ha tenido este trabajo a lo largo de los años, a pesar de las condiciones adversas en que muchas veces se desenvuelve. Insiste en que el trabajo solidario está formado por diversas experiencias distintas, que tienen diferentes formas de hacerse. Recomienda no dejarse sobrepasar por la acción, ni quedarse en la intuición, y sistematizar la experiencia para prever los pasos futuros.

*"...es importante -e imprescindible- que existan modos de contrastar estas intuiciones iniciales y este modo poco formalizado de operar con los resultados alcanzados. La sensación que queda al observador es que el aprendizaje podría ser mucho más profundo e intenso en la medida en que ese análisis sea realizado por los equipos".*¹¹

La mirada del evaluador permite confirmar una serie de afirmaciones que tenían los equipos zonales y el Departamento de Zonas. El informe de Martínez es sin duda positivo, especialmente en esta etapa del trabajo en que, a partir de la Iglesia y de los mismos equipos solidarios, comienzan a hacerse preguntas de fondo sobre el sentido y la proyección de la labor solidaria.

11 Informe de Evaluación, p.19.

Aunque remecen, las preguntas permiten revisar los años de entrega y plantearse los actuales requerimientos ante la nueva realidad. Las jornadas de reflexión son los momentos en que se comparten las interrogantes que son de diverso origen. Las hay a partir del sentido del trabajo solidario: ¿Cuál es su identidad?, ¿cuál es su aporte ante la nueva etapa de transición democrática que se avecina?, ¿cuál es nuestra propuesta metodológica?, ¿cuál es el rol del agente externo?, ¿qué potencial transformador conlleva este trabajo y qué cambios se van produciendo en las personas y grupos?

También hay preguntas ligadas al contenido pastoral de este trabajo. ¿Es pastoral este trabajo?, ¿cómo se expresa lo pastoral?, ¿cuál es la labor del aporte solidario de la Iglesia ante la etapa de transición?

Junto a las preguntas, surge la motivación por sistematizar el trabajo solidario. La teóloga Isabel Donoso es una de las que dirige este desafío desde el Departamento de Zonas. Para ella uno de los temas relevantes se refería a la identidad de la acción solidaria.

"Como se afirma en la evaluación de Martínez, el discurso o la forma de verbalizar nuestro trabajo a veces nos confunde. Creo más bien que hay coincidencias profundas en nuestro trabajo, en la forma de aproximarse a los grupos, en las respuestas concretas que se les da, en la forma de canalizar recursos, en los valores básicos sustentados: el valor a la dignidad del hombre, el valor de los derechos humanos, de la

*participación, la democracia y de que las personas sean sujetos, personas que se liberan. Eso nos identifica..."*¹²

Difíciles interrogantes que van formando parte de esta etapa de la historia, en la que se reordenan las organizaciones y las personas y las formas de convivencia empiezan lentamente a cambiar.

La realidad sin duda estaba cambiando. Luego de la venida de Su Santidad Juan Pablo II se suceden una serie de episodios políticos y sociales que irán abriendo cada vez más puertas a la transición a la democracia.

Se discute entonces cuál debe ser la estrategia de la oposición. Elecciones libres o plebiscito. La alternativa de la movilización social queda al margen y cada vez son menores los actos de protesta social. Los actores más relevantes del período ya no son las organizaciones sociales, como en la época de las protestas, sino los políticos.

Aunque la dinámica socio-política parece enriellarse por los cauces más democráticos, sigue habiendo atropellos a los dere-

¹² Documento de trabajo, diciembre 1986.

chos humanos ¹³ y la situación económica de los sectores más pobres continúa siendo precaria.

Varios hitos irán marcando este pedazo de historia: la constitución de la Concertación de Partidos por el No, que luego sería por la Democracia, en febrero de 1988, el plebiscito del 5 de octubre del mismo año, las elecciones de diciembre de 1989 y el traspaso del mando presidencial en marzo de 1990.

Momentos destacados del período que van haciendo girar la historia de Chile, sus instituciones, sus hombres y mujeres. También la historia del trabajo solidario.

13 Entre los atentados a los derechos humanos más serios del período cabe mencionar: Asesinato de 12 personas en la Operación Albania (junio de 1987), secuestro del Coronel Carlos Carreño (septiembre de 1987), desaparicimiento de 5 jóvenes (septiembre de 1987), asesinato de Raúl Valdés (julio de 1989) y asesinato de Jecar Neghme (septiembre de 1989).

III. LA VISION DESDE LAS ORGANIZACIONES

1. "Ayudando a tejer pueblo"

*"En el camino hemos ido cubriendo nuestras necesidades de muchas cosas. Yo misma he ido capacitándome, creciendo. Pero todavía me falta. Siento que esto se lo debo a la organización, a los de la Vicaría y a la Iglesia misma. Siento que me han hecho vivir la realidad de otra manera. Gracias a ellos soy capaz de decirle a cualquiera que soy esta persona y no soy la que me quieren hacer que sea..."*¹

Los hilos de colores insospechados se van entrecruzando con un retazo de género más inesperado aún. La creatividad se despliega y da vida a un par de mujeres que acarrean una olla hacia el centro de la población. Allí la esperan los niños que aparecen saltando, mientras una pareja de jóvenes se abraza. Más al fondo, una capilla, un par de árboles que sostienen un lienzo que dice: "Todo hombre tiene derecho a ser persona".

Es una de tantas arpilleras tejida por las manos de una pobladora. Un producto del trabajo solidario y también un espejo de él: allí se reflejan la experiencia de la defensa social de los

1 Lina Ríos, actualmente participa en los grupos de Salud de la Zona Norte.

derechos humanos, los comedores, las bolsas de cesantes, los grupos de salud y más adelante los mismos talleres, las ollas comunes, las colonias urbanas, los grupos de vivienda y otras formas de organización solidaria.

Esas figuras que han dado vuelta al mundo y que ya son tan características de la labor de la Vicaría de la Solidaridad, expresan dos de los aspectos más relevantes de las organizaciones solidarias.

Reflejan la capacidad que los grupos han tenido para responder a las necesidades del pueblo, desde las más concretas hasta las más espirituales. Muestran el aporte que han realizado al mundo social y cómo han ayudado a reconstruir las organizaciones, que quedaron dispersas o disueltas tras el golpe militar.

Las arpilleras también muestran otro gran aporte de las organizaciones solidarias: su capacidad de llegar al alma de la gente, de acoger en medio del susto, la desesperanza y dar un lugar donde se puede crecer.

Desde el primer momento, cuando no era claro qué se estaba construyendo en torno a los grupos solidarios, aparece como característica la capacidad de resolver necesidades muy concretas. Se van conquistando así espacios muy apreciados por los pobladores.

Entre los dirigentes que en Maipú integró uno de esos espacios, la bolsa de trabajo, estaba Hugo Rodríguez. Había

quedado cesante. Por eso, su llegada a la organización fue relevante.

"A partir de la bolsa, logramos formar algunos talleres y fue posible especializarse en algunos trabajos como gasfitería, electricidad básica del hogar. Además, durante un año estuvimos procesando quinua. Las utilidades que teníamos las repartíamos por igual el fin de semana. Todo lo organizábamos nosotros mismos, teníamos una directiva. Tratábamos de ser muy equitativos".

Años más tarde, la olla común también fue alternativa para los cesantes. Lo fue para Carlos Rojas, dirigente de la Coordinadora de Ollas Comunes de la Zona Oriente y Metropolitana.

"Tenía un triciclo en el que salía a cartonear. Me contrataban en la olla para acarrear mercadería. Yo no participaba todavía. Cuando me empezaron a llevar todos los días preso por lo del triciclo, no ganaba ni un peso. Decidimos con mi señora acercarnos a la olla..."

Junto a la satisfacción de necesidades, los dirigentes también intentan hacer denuncias de la situación social y política. No en todos los lugares eso es posible. Había zonas donde el número de familiares de víctimas de la represión era mayor y la población en general había sido más afectada, como en la Zona Oeste. En otras partes, sin embargo, no se hace tanta denuncia porque los hechos represivos son más aislados. Así sucede en los talleres de arpilleras de la Zona Rural Costa.

"La denuncia no era la realidad de nosotras, acá no pasaban tantas cosas como en Santiago. Vivíamos otro mundo. Sin embargo, a partir de ciertas situaciones más conocidas como lo de los hermanos Vergara, nosotras hicimos arpilleras".

Otra característica que desde un primer momento tienen las organizaciones solidarias es que se desarrollan, con mayor o menor cercanía, al alero de la Iglesia. Desde allí se proyectan a la población. La relación con las capillas o parroquias es variable según cada lugar, a veces los grupos tienen representación en el Consejo Pastoral o simplemente el vínculo se limita al préstamo de local. La relación es distinta además según el tipo de organización. Mientras los comedores infantiles se realizaron al interior de las parroquias, las ollas comunes funcionan afuera y tienen más distancia.

Van pasando los años y las organizaciones solidarias van teniendo impacto en la población. Y aunque persiste el temor, a ellas se van integrando nuevos pobladores. El impacto en términos negativos se expresa en críticas y acusaciones. Las organizaciones pasan a integrar la cotidianidad de las personas que persisten en su participación y que van integrando distintos tipos de grupos, como Teresa Pavez que comienza en los comedores de su parroquia y continúa en el grupo de salud, en Santa Corina, Pudahuel Sur.

"Decían que yo era comunista, estaba fichada. En realidad nunca he estado en un partido político. Claro, tengo mis ideales. Me mueve mi fe y mis ganas de estar con el pueblo, de solidarizar con lo que más pueda. Al principio me daba un poco

de miedo, pero me repetía que no estaba haciendo nada malo y que estaba trabajando por los que necesitaban aún más que yo. Por eso, seguí adelante y todo esto lo he transmitido a mis hijos".

Muy lentamente, el miedo se va alejando, nunca del todo, de las organizaciones solidarias. Siempre queda un dejo de temor, como recordando siempre las condiciones en que estos grupos nacieron.

Al menos, se hacen distinciones con los años pasados donde el miedo era mucho mayor.

"La última vez que tuve miedo -dice Elsa Romo, de Melipilla- fue para el plebiscito. En nuestro taller hubo gente que fue perseguida. A la señora Dalmira le entraron los milicos y le rompieron todo, como hacían para el '73..."

Pasan los años, cambian las zonas, pero siempre hay un lugar para construir una organización solidaria y acoger las necesidades de la gente.

El taller en el que participa Sabina Oliveros es de los que surgió en una zona difícil, la Cordillera, donde hay grandes contrastes sociales.

"En esta zona hay muchos ricos, pero también mucha pobreza. A través del taller hemos ayudado a los que tienen más necesidades y hemos mostrado la pobreza que algunos creen que no existe. Hemos visto cómo los que más tienen, menos dan".

En las organizaciones se satisfacen distintas necesidades y sueños. Siempre, eso sí, manteniendo la solidaridad como eje de funcionamiento. Así lo explica Guadalupe González, integrante de un comité de vivienda en la Zona Centro:

"Habernos juntado y haber logrado resultados es parte del esfuerzo solidario de todos. Eso nos ha dado esperanza y más voluntad y deseo. La lucha por tener una casa ha sido bastante grande por lo que significa construir, tener un terreno, una casa. Pero es bueno luchar por cosas concretas, uno va aprendiendo muchas cosas".

Con los años el trabajo de las organizaciones solidarias se ha perfeccionado. Sus productos, en el caso de las arpilleras y tejidos, deben responder a nuevas exigencias. La mejor calidad es, en todo caso, un motivo de orgullo para las creadoras de los distintos talleres, como los de la Rural Costa.

"Al principio era más fácil trabajar, quizás porque no se pedía tanta prolijidad como ahora, pero si uno compara las calidades, ahí se nota que las cosas parece que las recibían por lástima. Ahora nos exigen. Se terminó la lástima. Hay que trabajar, tener conocimiento de colores, de perspectiva, de todo. Con la práctica ordenada, se va aprendiendo a bordar bien. Incluso ya no se trabaja tanto por ganar, nos encanta hacerlo. Nos sentimos artistas..."

A medida que el contexto social y político del país se transforma y es de mayor apertura, las organizaciones solidarias se coordinan y adquieren una presencia más pública. Nacen

coordinadoras sectoriales de los grupos de salud, de ollas comunes y de talleres de mujeres. Estas instancias adquieren gran autonomía respecto de las vicarías zonales y se van haciendo cada vez más autosuficientes.

En 1985, por ejemplo, en la Zona Rural Costa, nace CENTASOL, Central de Talleres Solidarios. Una de sus dirigentas confiesa que el nombre no le gusta mucho:

"Eso de central...trae malos recuerdos de la CNI. Por eso, mejor la llamamos sencillamente CENTASOL. Ella nos permite un buen funcionamiento, una relación más fluida con el equipo de la Vicaría y una buena representación de los talleres".

A través de estas coordinaciones, las organizaciones solidarias pueden ser mejor reconocidas. Particularmente, en la etapa de transición, estas instancias han permitido vincularse con los dirigentes políticos, autoridades de gobierno y otras organizaciones.

Las organizaciones solidarias han vivido las tensiones propias de todo grupo y algunas que les son particulares.

Los conflictos entre los integrantes son parte de la historia. Cada persona tiene su episodio para contar. Este es el de Lina, de la Zona Norte:

"Cuando entré a cooperar con la encargada del comedor, me di cuenta de que se cometían allí muchas injusticias. Un día me enojé. Me paré y le dije que era el colmo que para que los

niños almorzaran debían soportar los retos, los malos tratos. Las mamás me escucharon y echaron a la encargada y me eligieron a mí..."

María Gallardo, de Talagante, también sabe de conflictos.

"Un problema que siempre trae peleas es que no faltan las 5 ó 6 personas que se cargan de trabajo, mientras el resto se quedan sentadas esperando que hagan todo. La participación tiene que ser compartida. La dirigente debe saber compartir responsabilidades y las demás deben aprovechar de moverse para aprender".

El dinero es otra fuente de conflicto. Para Uberlinda Torres, presidenta de la olla común de Nuevo Amanecer, en la Zona Oriente, ha sido así:

"Es muy complicado, a veces la organización no entiende y nos critica que como dirigente de repente usemos recursos para costearnos la movilización o una bebida en medio de una reunión. Es algo que hay que aprender con responsabilidad".

Pero, como dice Lina, de todas las peleas se pueden sacar enseñanzas.

"Tenemos la tendencia a ir al tiro a la pelea, tenemos que ser más calmados y no perder la organización que tanto cuesta crearla".

Los conflictos también permiten la autocrítica. Así reconoce Elena Marchant, de la Zona Norte.

"He aprendido a discutir. Antes yo tiraba puros garabatos y no respetaba el planteamiento de otro; si no estaba de acuerdo, lo mandaba a buena parte. Aprendí que podía protestar conversando, dialogando y sin dejar de trabajar. Fui menos soberbia".

La presencia de partidos políticos también tensiona la dinámica de la organización solidaria. Sin embargo, es parte de la vida de los grupos y al igual que otros conflictos, se superan. Es la experiencia de Hugo Rodríguez.

"No fue fácil mantener la organización en determinados momentos. Hubo casos en que el grupo desapareció por las diferencias políticas partidarias. Hubo crisis, pero también hubo capacidad de anteponer la importancia de la organización".

Y así como en la historia de las organizaciones solidarias hay conflictos, también hay descubrimientos y aportes.

Uno de los más relevantes es el desarrollo del trabajo con las mujeres pobladoras. Ellas son desde el comienzo las primeras en integrar los comedores. Más adelante, forman parte de las ollas comunes, los talleres, colonias urbanas, grupos de vivienda y también 'comprando juntos'.

Es en los talleres donde se incorpora con más fuerza el tema de las mujeres, desde su vivencia en la pareja, en la familia y en la sociedad. Se despliega allí una interesante tarea de formación y de fortalecimiento de las organizaciones.

Los talleres de mujeres se van convirtiendo en experiencias muy sólidas, distintas a los centros de madres. Así lo explica Adela Mora, de Melipilla.

"Nosotras salimos más a la comunidad, tenemos más contacto con la gente. El centro de madres tiene una vida más hacia adentro, se participa con una taza de té, la cuota mensual y la fiesta o la comida a fin de año. En el taller es distinto, porque también buscamos ayudarnos con algunos pesitos".

La capacitación es un momento relevante para las mujeres del taller, le otorga un sentido profundo a la organización.

"Una aprende a conocerse a sí misma, a valorarse. Antes la mujer era muy poco considerada, le enseñaban cuando chica que tenía que aprender a coser, cocinar, casarse y quedarse en la casa a cuidar los niños.... En las escuelas de verano una de repente vuelve a ser niña. En realidad, jugamos, nos reímos, nos vamos realizando en forma personal".

La formación es muy bien recibida, especialmente por aquellas que llegan a ser dirigentes, como Adela Mora.

"En todas las organizaciones hay líderes y uno tiene que saber comprenderlos. Si a uno la eligen como dirigente tiene

que estar bien preparada. Hay que olvidarse del yo personal, no sentirse florero de mesa. Un dirigente tiene que estar dispuesto a entregar y a recibir, incluso críticas. Todo eso uno lo puede aprender con la capacitación".

Este trabajo de desarrollo de las mujeres como tales tiene además repercusiones en los dirigentes varones que aprenden a colaborar en igualdad de condiciones. Así lo reconoce Manuel Casanova, de la Zona Norte.

"Trabajar con las compañeras para mí ha significado bastante, he madurado. Por ejemplo, en la Vicaría, la Julia me ayudó a capacitarme como dirigente. Luego me tocó estar en las colonias urbanas con la Anita, la Isabel, la Lina. Nombres concretos de mi crecimiento como persona".

Mujeres y hombres, en igualdad de condiciones frente a los desafíos de la realidad. Un objetivo y un aporte de las organizaciones solidarias.

Y, ligado a eso, otro aporte: el pluralismo en el quehacer de los grupos. Pese a las diferencias cotidianas, se desarrolla un profundo respeto por el otro que, aunque distinto, es tan digno y tiene tantos derechos como los demás.

Trabajar sin prejuicios, más allá del credo religioso y el color político de la persona. Ese ha sido el aporte que Mónica Araya, de la Zona Oeste, valora profundamente.

"En el programa de derechos humanos me fueron conociendo sin prejuicios y pienso que nunca antes habían compartido tanto con un comunista. El espacio de la organización fue como un segundo hogar que nos acogió con comprensión y solidaridad".

La mujer, la formación, el pluralismo. Distintos aportes que los pobladores fueron descubriendo en la organización solidaria que fueron tejiendo, junto al apoyo de los equipos de la Vicaría. Por estos aportes fueron apareciendo en la población y fueron reconocidos por otras organizaciones.

El tejido que formaron fue bastante fuerte. Lo suficiente al menos para vivir distintas etapas, adecuándose, transformándose, pero sin abandonar su carácter solidario.

1.1. "Esa palabra solidaridad"

Algo ha habido en las organizaciones solidarias que ha calado hondo en las mujeres y los hombres que las han integrado. Han acogido. Han permitido crecer. Han llegado al alma de la gente y la han transformado.

Quienes han vivido esta experiencia hoy se miran a sí mismos. Pueden observarse cómo han crecido en estos años.

Desentrañar el profundo significado que para cada uno tiene su paso por la organización no es nada fácil. Los discursos son insuficientes, las palabras se hacen vacías.

Por eso, para transmitir las experiencias, la metáfora puede ser más elocuente.

Usando la imagen de una flor, aparecen muchos de los sentidos que para los dirigentes ha tenido la organización².

"Mi primera flor estaba muy quieta, no marchita ni nada, pero quieta con un tallo bien firme. Después la vi con los pétalos muy abiertos, muy atentos que luego decaen...Debe ser que uno también se cansa en la organización, por más que no quiera".

(Ana Cárdenas, Zona Cordillera)

"Al principio era un crisantemo bien grande y bonito, pero que estaba en un macetero de la casa. La segunda imagen era un cactus grande y con espinas que estaba más alejada de la casa. Después era una flor en un cerro, en un espacio amplio y con plantas... Es como el desarrollo de uno que nunca había salido de la casa. Con la organización una desarrolla más sus aspiraciones, hasta se pone más bonita, más deseada por el marido porque ya es una persona más completa".

(Teresa López, Zona Rural Costa)

2 Estos testimonios fueron recogidos en una jornada en la que se trabajó en torno al sentido de las organizaciones solidarias para sus protagonistas (30 de agosto de 1990).

"Mi primera flor era un jacinto, lila con un tallo bien parado. Después una dalia dorada con rojo oscuro y al final no era flor, era un árbol grande que llegaba a sobrepasar a un pino que tenía a su lado... Ahí pensé que estaba vieja y lamenté no haber empezado antes en la organización, donde crecí de un jacinto a un árbol".

(Edith Cañas, Zona Oeste)

"Me veía como un cardo pisoteado, seco, tal como llegué al taller que no conocía a nadie y tenía susto. También me vi así por el dolor que tengo por la muerte de un niño mío que lo atropellaron. Después me vi como un yuyo al lado del camino, más bonito, aunque maltratado por el viento. Tiene que ver con que mis compañeras del taller me han ayudado a no vivir tan amargada".

(Elsa Romo, Zona Rural Costa)

"De primera vi una planta que estaba en una tierra seca, bajo unos rayos de sol fuertes y con un viento terrible. Después la planta seguía igual, pero ya no era lo mismo con el viento, como que lo enfrentaba más. Luego era una planta con varias flores, con un sol más fuerte... Creo que esto tiene que ver conmigo porque cuando entré a la organización no tenía experiencia, tenía miedo de la represión, pero la enfrenté y ahora somos más".

(Carlos Rojas, Zona Oriente)

"Al comienzo mi flor era una violeta que se convirtió en una rosa, pero más espinas que rosas que al final estaban en un campo... Cuando entré al taller yo era humilde, tímida como una violeta. Después vinieron las espinas porque tuve muchos problemas que superar y el campo es porque ahora soy dirigente y me siento más expandida".

(Haydée Hernández, Zona Rural Costa)

"Mi flor existe. Es una cala. Al inicio estaba en un campo sola y luego en mi patio con otras plantas y yo las regaba hartito... Creo que es porque yo me preocupo hartito de la organización. Tanto, que de repente me da susto abandonar a mi familia".

(Manuel Casanova, Zona Norte)

"La flor mía es un crisantemo que primero está solo en un florero y luego está con otros. Yo le echo agua... Eso es porque no quiero que las organizaciones se terminen. Esas flores significan mucho amor porque en la organización una nunca está sola, hay cariño, crecimiento, vida".

(María Gallardo, Zona Rural Costa)

"Al inicio mi flor era chiquitita, pero creció... Es que yo he crecido no sólo en la organización, también en la familia, ahora tengo mejores relaciones con mi hijo, mi esposo. A él le gusta que yo sea así, me encuentra más bonita".

(Mercedes, Zona Rural Costa)

"Me imaginé una margarita con pétalos arriba y bien destartalada abajo, pero firme...Yo lo relaciono con mi manera de ser: solitario, poco comunicativo y muy dedicado a la organización, lo que muchas veces no me permite preocuparme de mi persona y mi familia. Pero soy así. Siempre he procurado armar organizaciones. También cuando quedé cesante después del golpe y unas señoras me llevaron a la Iglesia. Antes no iba a la Iglesia. Ahí conocí la Vicaría y desde entonces, he estado firme, como mi margarita. Quizás cansado, pero feliz".

(Mario López, Zona Oeste)

No siempre la solidaridad fue algo conocido para la gente. Quizás siempre estuvo allí, pero no aparecía.

En la emergencia, la palabra empezó a pronunciarse, se fue aprendiendo, se fue haciendo vida en los pobladores.

Para las organizaciones esa palabra, hoy tiene un significado relevante. Tiene más sentido.

"Para mí esa palabra antes era desconocida, además difícil de pronunciar. Ahora, por intermedio de la Iglesia aprendí algo más. Tal vez uno antes era solidaria, sin saberlo, pero no conocía la palabra ni todo lo que significaba. Gracias a la Iglesia y debido al sistema injusto que nos tocó vivir, fuimos muchos más los que aprendimos a ser solidarios. La palabra se hizo más fácil. En nuestro sector, la parroquia fue mostrando la solidaridad al ir formando grupos. La entrega fue grande".

(Teresa Pavez, Zona Oeste)

"Pienso que hoy la palabra es más conocida. Pero entre los trabajadores siempre ha estado presente de una u otra forma. Quizás hoy la palabra está más marcada por los hechos que le han ocurrido a nuestro pueblo. Yo, en todo caso, creo mucho más en la solidaridad de los pobres que de los ricos y eso refuerza el compromiso de mi trabajo en la población. La solidaridad es algo concreto que se hace con la gente, en el trabajo, en la base. Es lo que permitirá que en nuestra patria no vuelvan a repetirse los horrores del pasado".

(Hugo Rodríguez, Zona Oeste)

"Es una palabra que se fue construyendo ladrillo a ladrillo. Pienso que hay que seguir alimentándola, no hay que destruirla. Es una condición para que haya verdadera libertad y justicia social. La palabra solidaridad debe discutirse más en los colegios, en el trabajo, en las calles. La palabra ya no se puede sacar del vocabulario del pueblo, igual que los derechos humanos. Son cosas imborrables que marcarán la historia. Son aprendizajes muy fuertes que no se olvidan. Jamás podré olvidar, por ejemplo, que un día me enseñaron que la solidaridad no se agradece, se retribuye".

(Mónica Araya, Zona Oeste)

"Solidaridad significa cariño. Compartir entre todas. Ayudarse mutuamente. Siempre traté de ser solidaria en mi vida, quizás porque era del sur. He sido abierta con mis cosas y ahora más porque sé más de Dios".

(Sabina Oliveros, Zona Cordillera)

IV. LA VISION DESDE LA IGLESIA

1. La Solidaridad desplaza al asistencialismo

1.1. "Por el camino del buen samaritano"

"...Pero llegó cerca de él un samaritano que iba de viaje, lo vio y se compadeció. Se le acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó. Después lo puso en el mismo animal que él montaba, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al posadero, diciéndole: 'Cúdalos. Lo que gastes de más, yo te lo pagaré a mi vuelta...'"¹.

Así como la parábola del Buen Samaritano, muchos son los textos en toda la Biblia que enseñan cuál debe ser la actitud de un cristiano frente a su prójimo. Pero es precisamente este episodio, donde el hereje es quien tiene una verdadera actitud de cristiano, (el que) se convirtió en fuente de inspiración, fundamento y símbolo del trabajo realizado a partir de la Vicaría de la Solidaridad.

La Iglesia de Santiago se había visto llamada a abrir nuevos espacios para quienes llegaron a su alero a pedir ayuda. No sólo

1 Parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37).

no había cerrado sus puertas, sino que había abierto nuevas entradas.

Siempre lo había hecho: con los enfermos, los encarcelados, los hambrientos y los solitarios. Era parte de su misión asistir al hombre de manera integral. Así lo explica monseñor Sergio Valech².

"La Iglesia tiene la misión de preocuparse de la persona, en alma y cuerpo, no sólo su espíritu. Por lo tanto, según han sido las necesidades a través del tiempo y de la historia, y no sólo en nuestra patria, sino en el mundo entero, la Iglesia ha procurado ayudar al perfeccionamiento y mejor desarrollo del individuo, en forma integral. La Iglesia en Chile en su actitud de defensa de los derechos humanos que ha asumido en estos años no ha hecho más que retomar, por ejemplo, la valiente defensa que de los indígenas hicieron los obispos en tiempos de la Colonia. Es una actitud de fidelidad o compromiso con el Evangelio que la Iglesia ha mantenido".

En nuestro país la solidaridad de la Iglesia Católica se canalizó en los primeros años de este siglo a través de diversas instituciones de caridad que se han promovido y mantenido. Hospitales, asilos, escuelas y orfelinatos recibían al prójimo que necesitaba ayuda.

2 Obispo Sergio Valech, Vicario de la Solidaridad a partir de 1987.

Con los años, dentro de la Iglesia, se empieza a tomar conciencia de que muchos de los problemas del individuo tienen su origen en la sociedad. Así, para ayudar a la persona es necesario además procurar tener una sociedad capaz de entregar buenas condiciones de vida para el crecimiento de hombres y mujeres.

La figura del padre Alberto Hurtado es una hermosa síntesis entre la preocupación por la caridad individual y la necesidad de asumir los problemas sociales. Un "modelo de la caridad personal y fundador de grandes instituciones de ayuda a los más pobres, pero a la vez, lúcido maestro de la doctrina social de la Iglesia y gran formador de la conciencia social de varias generaciones de laicos"³.

Luego del Concilio Vaticano II, en la Iglesia chilena se desarrolla decididamente la voluntad de atender aquellos aspectos más temporales de la vida de las personas, también a las áreas sociales y políticas en las que estén involucrados los valores cristianos. La Iglesia abre su preocupación a la comunidad, no sólo a los individuos.

La solidaridad aparece entonces como una palabra que interpela a los cristianos, a las comunidades y a los pueblos entre

3 RAÚL SILVA HENRÍQUEZ, *Solidaridad...Un modo de vida*. Una pastoral para la Iglesia. Documento de trabajo.

sí, "...es un hecho y un beneficio para todos, es también un deber", dice el papa Pablo VI ⁴ y concluye:

"En esta marcha todos somos solidarios. A todos hemos querido recordar la amplitud del drama y la urgencia de la obra que hay que llevar a cabo. La hora de la acción ha sonado ya: la supervivencia de tantos niños inocentes, el acceso a una condición humana de tantas familias desgraciadas, la paz del mundo, el porvenir de la civilización están en juego". ⁵

El imperativo de la solidaridad es el que retoma la Iglesia Católica en Chile para iniciar su labor en el Comité por la Paz, primero, y luego en la Vicaría de la Solidaridad.

Es parte de su misión. Así lo confirman hitos importantes en la historia de la Iglesia latinoamericana, en Medellín y Puebla.

Así lo confirma el papa Juan Pablo II:

"Si la Iglesia se hace presente en la defensa y promoción de la dignidad del hombre, lo hace en la línea de su misión, que aún siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos que considerar al hombre en la integridad de su ser. El

4 Encíclica *Populorum Progressio*, nos. 17 y 80.

5 Idem.

*Señor delineó en la parábola del Buen Samaritano el modelo de atención a todas las necesidades humanas..."*⁶

1.2. La solidaridad evangélica

¿Cuáles son los elementos nuevos en el trabajo solidario de la Iglesia?

En primer lugar que no es exclusivo de la Iglesia Católica. A él están llamados otros cristianos, también no cristianos que quisieran aportar y ser beneficiados con la tarea solidaria que comienza a desarrollarse en las poblaciones.

Dentro de la Iglesia se pretende que la Pastoral Solidaria no sea encarnada sólo por un sector. Se trata de que ésta impregne los diferentes niveles eclesiales y no se reduzca a la acción de la Vicaría.

A diferencia de la línea más tradicional de trabajo social de la Iglesia, la Pastoral Solidaria pone un claro énfasis en lo promocional, es decir, no sólo en la búsqueda de la ayuda, sino también en el fomento de la organización social.

Al respecto, habla monseñor Cristián Precht:

6 JUAN PABLO II. *Discurso Inaugural de Puebla.*

*"Hemos aprendido, por otra parte, a preferir la promoción a la asistencia (...) Esto no significa haber renunciado a la necesaria acción asistencial. Hay demasiados hombres y mujeres que viven situaciones tan extremas de miseria y privación que requieren de una respuesta urgente e inmediata. Significa, eso sí, que nos damos cuenta de que la forma más humana y coherente con la dignidad de las personas es apoyarlas en lo que ellas pueden avanzar, robustecidos por su unidad y apoyados con la capacitación que mejore sus condiciones de lucha por la vida..."*⁷

En palabras del padre Juan Ignacio Gutiérrez:⁸

*"Lo novedoso de esta asistencia es la conciencia dolorosa de saber que es un 'parche'. Lo más nuevo es la finura en los planteamientos y en las prestaciones para no caer en ninguna mala especie de 'limosnerismo'. De ahí que el financiamiento haya de surgir principalmente del propio esfuerzo de los mismos pobladores..."*⁹

Así como para los profesionales la relación entre las actividades asistenciales y las promocionales implica tensión, también para la Iglesia significa un desafío.

7 P. CRISTIAN PRECHT, *El imperativo de la solidaridad*. Edic. Paulinas. Julio 1986. Pgs. 28 y 29.

8 El padre Gutiérrez fue Vicario de la Solidaridad en 1983.

9 Revista *Mensaje*, julio de 1975.

A juicio de monseñor Jorge Hourton, en la medida en que se desarrolla la acción solidaria, la forma de hacer asistencialismo comienza a transformarse.

"Cambió la figura del asistencialismo. Siempre se había hecho una asistencia caritativa, en los hospitales, en los asilos, entregando alimentos y así... Pero esta actividad era distinta, el nombre de solidaria estaba bien puesto porque era participativa, activa, las personas no eran solamente receptores, sino que eran actores de su propio destino"

Detrás de este trabajo que en los primeros años se impulsó desde el Departamento de Zonas de la Vicaría, hay una búsqueda teológica para sustentar esta acción que, aunque arrancaba de la tradición de la pastoral social de la Iglesia, le incorporaba nuevos elementos. En esa búsqueda se comprometieron los hombres y mujeres, religiosos y laicos, que estuvieron en los primeros años.

Junto con estructurar el Departamento que promovió y apoyó a los equipos zonales, se desarrolló una tarea de reflexión permanente que se materializaba en jornadas que permitían aclarar el trabajo.

Tras este empeño por reflexionar estaba el intento de elaborar una teología solidaria.

Gonzalo Aguirre lo recuerda perfectamente.

"Intentábamos combinar dos teologías: la de la caridad y la de la liberación o el desarrollo. Buscábamos que junto con

brindar la posibilidad de comer, se encendiera el interés por la organización. Era algo muy difícil de resolver, se producía una tensión en lo teológico. No queríamos que fuera un trabajo asistencial, queríamos resolver los problemas de fondo. Por eso, actividades como la capacitación tenían un valor muy importante".

La vida al interior de las comunidades es de todas maneras influida por las actividades que se desprenden del trabajo solidario que tienen un sello diferente. La relación que se establece con los profesionales del equipo es algo nuevo para los sacerdotes, las religiosas y los miembros de los grupos parroquiales.

En algunos casos la relación entre profesionales laicos y sacerdotes fue dificultosa, especialmente en algunos párrocos que se sentían invadidos por los profesionales del Equipo Zonal de Solidaridad. Hubo otros casos, sin embargo, en los que se produjeron frutos muy alentadores. Fue la experiencia del padre Mario Garfias ¹⁰ desde que fue párroco de la Parroquia San Luis Beltrán, en Pudahuel Sur, en adelante.

"He mantenido una amistad muy positiva con los profesionales del equipo de solidaridad. Me han enseñado un diálogo fraternal con laicos en una tarea pastoral común, en el que uno aportaba la visión pastoral y ellos su competencia profesional".

10 El padre Mario Garfias después fue nombrado Vicario de la Zona Oriente y luego Vicario de la Zona Oeste.

Esta visión es confirmada por el ex Vicario de la Zona Norte, padre Damián Acuña, para quien, *"fue importante aprender que para esta labor se necesitaba gente muy capacitada, no sólo de buena voluntad, por lo tanto había que pagarles. Una persona que sólo se dedica a juntar arroz es una burla de la caridad. El trabajo debe ser de equipo y eficiente"*.

Esta relación sacerdotes-profesionales es sin duda un elemento nuevo que se incorpora a la pastoral social de la Iglesia. Significa un aprendizaje de parte de religiosos y laicos que deben encontrarse para una tarea común.

El encuentro entre laicos y sacerdotes es provechoso para la Iglesia y para los intentos de esta Pastoral de penetrar más allá de las esferas de la Vicaría de la Solidaridad.

La solidaridad incorpora también una visión social de los problemas que aquejan al pueblo. Su motivación es social y también lo es la forma de enfrentar las soluciones. En palabras de monseñor Juan de Castro, la pastoral social se abre a la historia.

"Con la ayuda de los equipos de solidaridad y con la ayuda del Espíritu de Dios se fue animando este trabajo. La Iglesia siempre ha asumido la realidad de los pobres de distintas formas. Pero aquí hubo como una mayor cercanía, más respeto. Antes era cosa de personas, entonces pasó a ser un tema más masivo, la Iglesia hizo suyos los problemas de la sociedad. Con todas las fallas que puede haber tenido la experiencia, nos sirvió para abrir la caridad social a la historia".

Esta pastoral solidaria que desarrolla la Iglesia no está, en ningún caso, exenta de problemas y tensiones. Un riesgo siempre presente, especialmente manifestado por los sacerdotes párrocos, es la posibilidad de ser instrumentalizado políticamente.

Un riesgo muy evidente en la medida que el trabajo solidario incorpora a militantes de partidos políticos y su acción se sitúa en el campo de lo social.

La política es un elemento con el cual la Iglesia se empieza a encontrar. Monseñor Cristián Precht estima que es un tema propio del quehacer solidario.

"Al ser una labor promocional, entra más directamente el ingrediente político. Si hay organización, se interesan los partidos políticos sobre todo en el tiempo en que los partidos no tenían cómo organizarse. Era obvio que llegaran, pero ahí se producían las dificultades reales y objetivas. La Iglesia no puede hacer proselitismo con su acción solidaria y los partidos pretenden hacerlo y levantar esas banderas de lucha para representar al pueblo. Yo creo que ahí hay razones para el roce".

Esta tensión se vive, con diferentes matices, en las zonas. A veces, el conflicto no va más allá de la relación con la parroquia local, en otras ocasiones el problema llega al nivel del Vicario. Monseñor Jorge Hourton debió vivir estas tensiones en los primeros años del trabajo solidario, en la Zona Norte.

"Tuvimos algunas veces el problema de que los profesionales tenían también su militancia política y metían la cucharita

y trataban de sacar provecho. Eso a la gente de las organizaciones no le gustaba. Además se corría el riesgo de hacer divisiones. Pero, al final, se lograba mantener la unidad de la obra que se realizaba, se conseguía mantener la primacía de la solidaridad y el respeto a las diferentes opiniones. Cuando hubo mucha instrumentalización, hubo que hacer cambios".

Otra tensión entre sacerdotes y profesionales se vive en torno a la demanda de realizar una evangelización explícita como parte del trabajo solidario.

El conflicto es vivido muy a fondo por parte de algunos equipos zonales. El desencuentro es sin duda producto de una valoración diferente de la labor más tradicional de la Iglesia y una visión más social que destaca la promoción y la organización. Allí se producen las discrepancias, incluso en el lenguaje, que despiertan sospechas en unos y en otros.

A juicio de Monseñor Precht, sin embargo, desde el punto de vista de la Iglesia, ésta no debería ser una dificultad profunda y más bien debería existir flexibilidad de parte de ambas partes para realizar un trabajo complementario.

"La evangelización es un todo muy complejo donde hay testimonio, hay palabra explícita, hay convocación, comunión, comunidad, celebración, hay misión. Creo que es la Iglesia en su conjunto la que tiene que dar los pasos. No necesariamente cada uno de nosotros debe darlos todos. Un buen abogado o un trabajador social, basta con que sean excelentes profesionales. Ojalá sea un hombre o una mujer de fe cristiana que actúe

movido por su fe. Tanto mejor. La Iglesia debe preocuparse de la persona prisionera, con hambre o enferma a través de las personas con las que trabaja. Eso es evangelizador, es promover la dignidad del hombre. Puede que esos profesionales tengan la capacidad de hablar explícitamente de la evangelización. Pero puede que no. Yo creo que basta con que la Iglesia lo diga, a través de un obispo o de otro, diga que defendemos los derechos humanos, porque reconocemos en cada persona a un ser divino".

Visto así, el problema es más bien de cómo funcionar como equipo, donde *"manos, pies y ojos se suman al cuerpo de la Iglesia. Es un trabajo de laico, de cura, de profesional, donde cada uno pone lo suyo"*.

Otra versión del conflicto entre lo pastoral y lo técnico se da desde la perspectiva de los profesionales que hicieron una sincera opción por incorporar su labor a la pastoral solidaria y que, sin embargo, se sentían rechazados por algunos sectores de la Iglesia.

Del conjunto de trabajo que se realizaba en la Vicaría de la Solidaridad, la labor de promoción solidaria es la que se incorpora y relaciona más con la pastoral. Sin embargo, es la que tiene más conflictos con parte de la Iglesia. La tarea de defensa de los derechos humanos civiles y políticos no atraviesa por las tensiones que se viven en el trabajo de zonas.

En esta paradoja, la labor solidaria fue calificada como pastoral de frontera. Un calificativo que le dolía a algunos profe-

sionales. Entre ellos, a la asistente social, ex jefa del Departamento de Zonas, Daniela Sánchez:

"Discutíamos mucho la evangelización. Tuve tremendos problemas porque me daba cuenta de que no nos consideraban Iglesia. Quizás haya sido porque teníamos fama de ser de izquierda. Lo jurídico siempre se consideró como lo técnico. En el trabajo social creo que tuvimos una debilidad porque, salvo en el Programa de Salud que fueron muy profesionales, nos dejamos llevar por la dimensión pastoral del trabajo y pienso que tenía un sustrato técnico muy importante".

El aporte técnico de la labor solidaria se valora años más tarde, especialmente frente a la posibilidad de aportar muchos de sus elementos a las nuevas estrategias sociales del Estado, en tiempos de transición democrática.

1.3. "Preservar el alma de Chile"

Ciertos aportes de la pastoral solidaria se han transformado en logros que enorgullecen y marcan la acción de la Iglesia chilena. Su labor social se ha visto enriquecida por la práctica de la solidaridad que pone un sello imborrable y determina las futuras líneas de acción.

Y es que la incursión en este trabajo solidario tuvo algo de profético. En opinión de Gonzalo Aguirre:

"Se transformaron muchas cosas dentro de la Iglesia. Hubo gente que pudo descubrir su fe de una manera distinta. El

hecho de que la Iglesia asumiera una pastoral de los derechos humanos y de la solidaridad hizo crecer a los cristianos y a la Iglesia jerárquica. La decisión de realizar este trabajo fue muy adecuada. Es más, yo diría que fue profética, en todo el sentido que tiene este concepto. Es decir, allí había una propuesta presente, pero que tenía una semilla de futuro. Se vislumbraba que en ella había una teología distinta".

Pero no todo es mérito de la Iglesia, aclara Gonzalo Aguirre.

"Es cierto, la Vicaría estuvo abierta y disponible para responder y lo hizo muy bien. Pero hay que reconocer que la vitalidad siempre estuvo en la gente que no desmayó a pesar de los problemas. Tenemos que ser humildes y reconocer que los pobladores fueron los que nos enseñaron cómo salir adelante en el dolor y en el hambre".

La experiencia del trabajo solidario significó para la Iglesia ganar un respeto inmenso en la sociedad chilena. Su peso moral, reconocido por creyentes y no creyentes, fue crucial en determinados episodios que vivió el país.

Un enorme agradecimiento merecen dirigentes que sin ser creyentes participaron en las actividades de la pastoral solidaria. Al mismo tiempo, para muchos dentro de la Iglesia, el encuentro con los no creyentes fue un aporte. Así lo estima monseñor Jorge Hourton.

"Fue un trabajo conjunto, de conocimiento mutuo entre creyentes y no creyentes. Se mejoraron las imágenes que cada

sector tenía del otro. Creo que descubrimos el valor de la gente, de todos; su generosidad, inteligencia, su tenacidad y también sus errores. Pero, así es la especie humana".

A través de la labor solidaria, la Iglesia pudo realizar un trabajo en distintos ámbitos donde no se había desarrollado con fuerza. La presencia en el mundo de los pobladores era menos importante que en la realidad campesina, hasta que la acción de los equipos solidarios comenzó a expandirse. Desde entonces, fue ganando reconocimiento y credibilidad en el mundo poblacional.

Monseñor Manuel Camilo Vial ¹¹ destaca muy positivamente este aspecto de la tarea solidaria.

"He aprendido muchísimo al estar en contacto con la Vicaría de la Solidaridad y sobre todo, me ha dado una gran esperanza y alegría ver que la Iglesia ha recuperado ámbitos donde ya su presencia había desaparecido. Creo que la Vicaría de la Solidaridad, así como la Vicaría de la Pastoral Obrera, han significado una gran bendición para la Iglesia chilena y nos han hecho recuperar a todas esas personas en sus ámbitos de trabajadores, políticos, pobladores, etc., que la Iglesia había perdido en las décadas pasadas".

11 Monseñor Manuel Camilo Vial fue Vicario de la Zona Sur y más tarde fue nombrado Obispo de San Felipe.

Detrás de toda esta labor de años se ha desarrollado una concepción de derechos humanos que la Iglesia ha asumido en su totalidad. Se trata de una visión integral, que no jerarquiza un derecho sobre otro. Si se viola uno, es como si se violaran todos. Monseñor Cristián Precht cree que éste es un aporte relevante en la experiencia de estos años.

*"Hemos aprendido, por ejemplo, que los derechos humanos son profundamente solidarios entre sí. Por eso, comprometerse en el camino de la defensa y promoción de estos derechos lleva necesariamente a trabajar por todos los que están establecidos en la 'Declaración Universal de los Derechos del Hombre' (...) Hemos constatado que luchar sólo por los derechos civiles y políticos es insuficiente; velar sólo por los derechos económicos y sociales también es parcial..."*¹²

La experiencia solidaria para la Iglesia es sin duda relevante.

Con orgullo así lo reconocía monseñor Santiago Tapia.

"Hemos sido instrumento de evangelización, que hace presente el mensaje de Jesucristo en el lenguaje actualizado, (...) interpelando a la conciencia nacional a estar alerta porque el odio, la injusticia y la violencia amenazan diariamente nuestra convivencia. Hemos sembrado solidaridad en el corazón de

12 P. CRISTIAN PRECHT, *El imperativo de la solidaridad*. Op. cit. p.28.

*los chilenos para que florezcan aquellos valores constitutivos de la verdadera cultura e identidad del pueblo cristiano".*¹³

Para muchos la solidaridad es una dimensión esencial de la Pastoral, a través de la cual la gente se acerca a la Iglesia. Así como algunos llegan a través de la catequesis o por la liturgia y la oración, también hay quienes llegan por la labor solidaria que se realiza en las poblaciones, siempre con los más marginados.

"No se puede concebir una pastoral sin solidaridad", afirma enfáticamente, monseñor Precht.

"Solidaridad como la entiende la Iglesia: como el respeto de los derechos humanos en su totalidad, en lo político, lo social, lo cultural, lo económico. Todo esto en el marco de la promoción de organizaciones populares y manteniendo tareas de asistencia".

La historia del trabajo solidario no ha pasado inadvertida para la Iglesia.

La pastoral solidaria ha trascendido como labor eclesial.

Y ¿cuál ha sido su valor más importante?

13 Discurso del padre Santiago Tapia, Vicario de la Solidaridad desde 1984 a 1987.

Enrique Palet, el segundo secretario ejecutivo de la Vicaría de la Solidaridad, retoma palabras del Cardenal Silva Henríquez para contestar.

"Todo lo que se ha hecho, los aciertos y los errores se justifican, porque en las organizaciones solidarias se fue conservando lo más puro del espíritu, del alma de Chile. A través de estos grupos, se preservan los valores y las actitudes que eran características del alma de Chile, los valores democráticos, el espíritu libertario. Ese es el gran servicio prestado y trasciende mucho más allá de los resultados objetivos, de las cifras, de los logros y los defectos". Conservar viva el alma de Chile.

Una difícil tarea, especialmente en los primeros años en los que se arrasaba con todo.

Una difícil tarea que asumió la Iglesia.

V. LOS APORTES

1. La Vicaría en democracia

1.1. *"La reserva social de Chile"*

Mucha vida, mucho amor, dolor y aprendizajes han pasado bajo el puente del trabajo solidario en estos años. Lejos están los días de angustia en el Comité por la Paz y los primeros años en la Vicaría.

Lejos están en el tiempo. No así en la memoria de los profesionales que estuvieron allí, paso a paso. Para ellos, basta con escarbar un poco en los rincones de la mente para dejar salir la remecedora experiencia. Porque para todos fue crucial estar en el trabajo solidario en medio del derrumbe de los primeros meses, con el miedo de los días que siguieron y junto a la alegría de los primeros logros. Para todos fue importante.

Como experiencia profesional, allí pudieron combinar lo teórico y lo práctico en una forma de intervención social hasta entonces desconocida. Se dejaron sorprender y confundir por la realidad y luego pusieron lo suyo, el corazón, la técnica y el método. Muchas críticas y autocríticas en el camino que, sin embargo, no inhibieron el aporte del trabajo solidario.

Una experiencia profesional y de vida, en la que se combinó el compromiso social, político y religioso con la técnica, también

con el dolor y la desesperanza. Luego con los aprendizajes y las alegrías que empezaron a llegar.

Y ha sido un trabajo enorme, no sólo en su significado, sino en su magnitud. Grande en el número de organizaciones que se fueron incorporando, cada una con otro gran número de pobladores que las integraban y seguían.

Una experiencia de carácter masivo que, sumada a la entrega de recursos, sólo la hace comparable con las iniciativas sociales que se realizan desde los organismos estatales.

Los profesionales que inventaron y pusieron en práctica este trabajo hoy están en distintos lugares, con toda esta carga de experiencia, intentando transmitirla en otros espacios y para el tiempo nuevo.

Y de todos los aportes que se pueden desprender de esta tarea solidaria, sobresalen aquellos que se han hecho al trabajo social en general y a la democracia.

Dos aportes que hoy adquieren especial relevancia, que enorgullecen a los profesionales que los descubrieron: el método del trabajo social solidario y la contribución a la creación de un activo social organizado.

A la hora de evaluar y extraer los resultados, la metodología desarrollada en estos años aparece como uno de los logros más importantes.

Esta metodología que combina la entrega de recursos materiales con la promoción de las organizaciones, el aporte educativo y una reflexión permanente de las acciones realizadas, resultó ser tremendamente válida.

Es eficiente, aunque en su momento fue blanco de muchas dudas y críticas. A la larga esta metodología se legitimó como una estrategia apropiada para intervenir en el mundo social y mantener una relación de respeto con las organizaciones, aun en condiciones muy desfavorables para la acción social.

Vladimiro Sáez, al igual que todos los profesionales que dieron vida a esta metodología, se siente orgulloso de este aporte.

"Ha quedado claro que cualesquiera sean las condiciones sociales y políticas existentes, siempre es posible realizar un trabajo social, en este caso con pobladores marginales y empobrecidos".

"También sirve para entender en el futuro que este trabajo se realizó con los sectores más deprimidos y dependientes de la población, aquellas personas que soportaron la carga más pesada de estos años. Esto demuestra que ellos pueden participar y aportar a un proceso de democratización, y obliga a los partidos y organizaciones sociales a tener una postura y una propuesta frente a ellos".

No es necesario, como se pensaba en la época de la promoción popular de Frei o en la del desarrollo social de Allende, tener

un Estado a favor de uno, para desarrollar un trabajo social y educativo como el solidario.

Sin llegar a tener una propuesta global, los sectores más marginales con los que se ha trabajado logran buenos niveles de organización, y sus dirigentes van mucho más allá de la preocupación básica por la subsistencia, y se plantean los problemas con respecto a la situación comunal, zonal y nacional.

Párrafo aparte merece el aporte realizado al desarrollo de las organizaciones poblacionales de mujeres.

Es más, tras esta labor hay un inmenso aporte femenino que le da un carácter único al trabajo solidario. La capacidad de asumir las emergencias, de intuir el problema, de acompañar, de estar en lo cotidiano tiene que ver, entre otras cosas por supuesto, con que los profesionales que apoyaron esta tarea han sido en su mayoría mujeres.

Por lo mismo, quizás, el trabajo solidario es algo invisible a los ojos de los grandes episodios nacionales, aunque está ahí, en la base de la sociedad, junto a la gente.

Pese a lo invisible, su aporte a la dinámica de las organizaciones de mujeres se intenta recoger en la etapa de transición democrática, a través de algunos municipios y organismos estatales.

Así lo destaca Julia Figueroa que conoce bien el trabajo realizado con las mujeres, desde el tiempo en que trabajaba con sus organizaciones en la Vicaría de la Zona Norte.

"En algunas políticas sociales se recogen elementos de lo que ha sido el trabajo solidario con mujeres. Por ejemplo, se propone legalizar los talleres de mujeres, lo que es un reconocimiento a estas organizaciones. También se propone que la relación con los grupos de mujeres no sea para prestarles un servicio, como lo hacía CEMA en los años de dictadura. Se plantea algo muy parecido a lo que hemos realizado en la Vicaría, un apoyo que busca la autonomía de la organización..."

Otra característica de la acción solidaria que siempre llama la atención es su magnitud e impacto. Con razón al mirar atrás, ella considera que esta labor fue "más extensiva que profunda".

"Y no lo digo como crítica. Me sorprende cuando recuerdo que cada una de nosotras trabajaba con 60 y hasta 90 organizaciones. Una trataba de ser cálida, atenta, de hacer capacitación y qué se yo. Pero creo que no lográbamos hacer un trabajo profundo porque en realidad, ése tampoco era un objetivo ni era una posibilidad. Pienso que en la nueva etapa el desafío ha de ser profundizar, porque después de una dictadura no sólo quedan dañadas las estructuras sociales, también las personas quedan muy mal, con miedo, con desconfianza".

En un proceso de democratización, varios son los aportes que se pueden extraer de la experiencia del trabajo solidario. Así

lo estiman los profesionales creadores y realizadores de esta labor.

Hay aportes a la política. Uno de ellos es que hay dimensiones cotidianas y de sobrevivencia que no pueden desconocerse al momento de la transformación social. No basta con cambiar las grandes estructuras. El trabajo solidario alimenta ideas como éstas, que buscan la reconstrucción del tejido social y que en su momento aportan a lo que se llama la renovación de la política.

Hay aportes a la democracia porque en realidad la experiencia de las organizaciones solidarias y los equipos zonales procuraron ser un buen ejercicio democrático. Algunos documentos del Departamento de Zonas lo explican con claridad.

"Desde el punto de vista de los contenidos, estas sencillas organizaciones hacen un aporte a la democracia a nivel básico, local o comunal. Ellas realizan una tarea muy concreta que es un buen ejercicio de resolución de problemas y eso tiene que ver con el ejercicio democrático. Una junta de vecinos, por ejemplo, se legitima ante la población en la medida en que resuelve problemas y no tanto porque represente bien a los vecinos. El color político es menos importante que la solución de los problemas".

No quiere decir lo anterior que el trabajo solidario aleje a los pobladores de la política o atenúe su demanda social. Al contrario, la organización solidaria puede colaborar en la toma de conciencia de los problemas del sector.

Al realizar tareas concretas, los pobladores, que pertenecen a un sector definitivamente marginado de la sociedad, se potencian y participan en la satisfacción de al menos una parte de sus muchas necesidades. Se van convirtiendo en sujetos con capacidad propia para solucionar problemas.

El trabajo solidario hizo una buena inversión en las organizaciones y en los pobladores. Esa inversión está presente y es otro aporte a la democracia. Daniela Sánchez lo llama "la reserva social de Chile".

"Tengo la impresión de que en todos los que participaron en el trabajo solidario ha quedado una reserva política, social y ética que está presente. No sé qué magnitud tiene. Sólo sé que basta una señal para que se reactive. Se me ocurre que responde a ciertas campañas políticas o de la Iglesia. Se expresó, por ejemplo, en el apoyo masivo que tuvo la venida del Papa. Una masividad arrasadora que también se expresó en el plebiscito de 1988".

"Siento que esa reserva social es fácil de recapturar, es gente que se sentiría convocada si se llama a un gran movimiento solidario, es la gente que ha estado en el trabajo solidario y que difícilmente se volverá individualista, porque quedó marcada irreversiblemente por la experiencia. Todo esto puede ser muy invisible a los ojos de la política, pero está allí".

Está allí y puede ser el alma de Chile. Diversa y heterogénea en sus necesidades y aspiraciones, pero muy sólida al momento de conservar los valores solidarios.

Es una reserva, un soporte social que sale adelante en los momentos de dolor, que protege a los desamparados y que solidariza con el que no tiene.

Una reserva social que permanece, se recupera y crece, ahora en otros ámbitos y en otro tiempo.

1.2. "Nuevas hebras al tejido"

Muchas de las organizaciones solidarias que nacieron al alero de la Iglesia Católica han crecido en autonomía y conforman coordinaciones sectoriales y metropolitanas. Algunos de sus dirigentes se integraron a los partidos políticos, otros continuaron como independientes.

Lo cierto es que el tejido social que se fue entrelazando en medio de las organizaciones solidarias y con otros grupos continúa muy vivo, aun cuando las circunstancias políticas y sociales son distintas.

En medio del proceso de transición a la democracia, las organizaciones solidarias siguen activas y son vigentes, igual o más que antes, porque ahora sin miedo y con mayor libertad los pobladores se acercan a las organizaciones y la pobreza se muestra más, en todo su drama. La delincuencia, la drogadicción, todas las secuelas de la etapa anterior aparecen, descarnadamente, ante los ojos de todos.

Por eso, las organizaciones solidarias siguen vigentes.

Ellas mismas son enfáticas al declarar su voluntad de seguir existiendo, de ubicarse en el nuevo contexto, con otro vínculo con la Iglesia. Sus dirigentes se abren a la relación con otros actores, la municipalidad, otras organizaciones, otras autoridades, los partidos políticos.

Alcanzar la mayoría de edad, sin embargo, es doloroso y difícil. ¿A quién ligarse? ¿Cómo generar recursos? ¿Cómo administrarlos?

Son las preguntas que surgen. Es un difícil proceso de independencia.

Uno de los temores es ser utilizado por los partidos políticos o por otras organizaciones sociales. Aprender a relacionarse con ellos es parte del proceso. No es fácil. Así lo confiesan las dirigentes de CENTASOL, la Central de Talleres Solidarios de la Zona Rural Costa:

"Tuvimos la experiencia con otra organización que quería unirse a nosotras. Pero en realidad querían aprovecharse de nuestra red de comercialización y no aportar en nada. En cambio, con los centros de madres del sector hemos tenido buenas relaciones. Ellas están dispuestas a participar y a aprender de nuestras reglas que son distintas".

Los recursos son otro desafío de la independencia de las organizaciones solidarias.

"Debemos aprender a comercializar solas, es lo que estamos intentando. No podemos depender. Pero cuesta montones que la gente entienda que estamos llegando al momento en que nosotras debemos mantener una casa. No habrá quién pague la luz, el agua; todo tendrá que salir de nuestros bolsillos y de la misma organización. Para esos días que se acercan, estamos funcionando con cuotas. Nos estamos preparando. Nos estamos vinculando a otras instancias..."

Los dirigentes están de acuerdo en que la autonomía es necesaria. De a poco, eso sí, y sin dejar de mantener una relación con la Iglesia, de la que siguen sintiéndose muy cerca y sin dejar de contar con cierta asesoría de los equipos profesionales.

Independencia, sí, pero como parte de un proceso. Es lo que opina Elena Marchant, actual dirigente de ollas comunes en la Zona Norte.

"Es nuestro derecho querer ser autónomos, pero seguimos necesitando la asesoría de los profesionales. La mayoría de nuestra gente no tiene educación y la necesitamos. Además, sería bueno seguir muy cerca de la Iglesia, no para que nos manden ni nos mantengan bajo su tutela, sino para colaborar-nos mutuamente. Creo que hay que ser autónomos, pero no al tiro, sino en un par de años más".

El mismo interés manifiestan los grupos de salud que se han desarrollado en las diferentes zonas de Santiago. Para ellos se abre toda una perspectiva de trabajo en colaboración con el sistema estatal de salud. Allí ven interesantes posibilidades de

complementación. Los aportes que en pequeña escala se desarrollaron en los grupos de salud podrían multiplicarse más masivamente.

Así se continúa tejiendo la trama de las organizaciones solidarias que nacieron bajo la presión de la emergencia.

No está del todo claro dónde y con quiénes continuará su historia. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que no siempre es posible tener todo claro. Es más, dejarse llevar e impresionarse por la realidad puede ser una buena fórmula para transformar y mejorar la vida.

En esta nueva etapa, siempre cambiante, los dirigentes de las organizaciones mantienen ciertos deseos irrenunciables. Son algunas condiciones esenciales de su experiencia, sin las cuales no hay trabajo solidario.

Una de ellas es el respeto por el trabajo de base. Para Hugo Rodríguez, de Maipú, así como para muchos, es una condición elemental de la vida solidaria.

"Tenemos que ser fieles a esa herencia: el trabajo de base. De abajo hacia arriba, no puramente teórico, sino un trabajo con la gente. Eso lo hemos aprendido bien, no podemos repetir el esquema profesor-alumno. El alumno es igual de valioso, es una persona que merece todo nuestro respeto".

Respeto por la persona y convencimiento de que todos tienen la posibilidad de cambiar y ser mejores, agrega Aída Moreno, de la Zona Norte.

"Hay que confiar en que todos podemos crecer, las mujeres, los hombres, los niños y los jóvenes. La mujer, por ejemplo, nadie lo creería, pero cuando ella sale de la casa vale por muchas, porque ella se está liberando de muchos yugos".

Mirar al otro, como a un igual, como al prójimo. Es una de las condiciones de las organizaciones solidarias. Como dice Hugo:

"Eso no hay que olvidarlo, aunque tengamos democracia. Es lo único que nos asegura que el sistema no arrase de nuevo con nosotros...".

1.3. "El valor de la solidaridad"

La historia del trabajo solidario también marca profundamente el desarrollo de la pastoral social de la Iglesia Católica, que nunca más volverá a ser la misma, porque vivió una experiencia más solidaria, más promocional, más participativa, también más conflictiva y por cierto, enriquecedora.

El desafío es cómo continuar la pastoral solidaria, en la nueva etapa.

La solidaridad es, en todo caso, un valor propio de la Iglesia que no se puede perder. Es más, es un valor que su santidad Juan

Pablo II reiteró una y otra vez en su visita a Chile. Lo recuerda Monseñor Jorge Hourton.

"Cuando se recupera el camino de la vida por medio de la democracia, cuando ya se vive otro clima, es imposible aplicar las mismas prácticas que se utilizaban antes, por eso el trabajo solidario tiene que cambiar conservando el valor de lo vivido. Creo, de todos modos, que la solidaridad como valor moral, como animadora de la convivencia pacífica de la democracia es algo valioso que permanece. Por lo demás y gracias a Dios, el Papa usó el vocabulario de la solidaridad en su visita a Chile para decir: se necesita una cultura y una economía de la solidaridad. Las fórmulas no están propuestas, pero hay que buscarlas".

Buscar los nuevos caminos de la solidaridad a partir de la Iglesia. Una gran tarea que para el vicario Mario Garfias podría traducirse en un enérgico llamado de parte de la Iglesia para asumir una solidaridad concreta.

"Hacer la solidaridad concreta nos compete desde un punto de vista pastoral. Debemos procurar que nuestra tarea evangelizadora alcance a la clase política para tratar que las opciones pastorales -es decir, una opción preferencial por los pobres y una reconciliación en la verdad, entre otras cosas- redunden en políticas sociales, de gobierno. Realmente, debe haber un llamado radical a los más pudientes para que tengan en cuenta las necesidades urgentes del mundo popular".

El trabajo solidario de la Iglesia debe transformarse, es cierto. Pero, hay elementos que deben conservarse ya que son valiosos frutos conseguidos por la experiencia de estos años. La promoción de organizaciones, por ejemplo.

La tarea de favorecer el tejido social debe continuar, ahora procurando que los grupos ocupen un espacio mayor en la vida social. Así lo estima el padre Garfias.

"Debemos ayudar a la autonomización de las organizaciones solidarias, procurando que logren una personalidad propia, de manera que presenten a la clase política las necesidades auténticas del mundo popular, sin ser instrumentalizados por ninguna ideología, sin perjuicio de que los miembros de las organizaciones puedan tener su posición política".

En esta nueva etapa, la Iglesia se enfrenta a organizaciones que han evolucionado, que son más adultas. Sus dirigentes se han formado y se relacionan de una manera más igualitaria con profesionales y autoridades.

Otro elemento que debe continuar es la preocupación que siempre ha tenido la Iglesia por los problemas sociales más graves y que hoy en gran medida son secuelas de las crisis vividas en años anteriores. El alcoholismo, la drogadicción, la neurosis, la delincuencia, la prostitución juvenil, son los problemas que hoy sufren los más pobres y que deberían ser acogidos por la pastoral social.

Para abordar esos temas, la Iglesia debe retomar la capacidad, desarrollada por el trabajo solidario, de detectar los problemas sociales. Y para eso, hay que ser flexible y saber escuchar al que sufre.

Monseñor Cristián Precht afirma que se trata de saber cuáles son las necesidades más sentidas de hoy.

"Puede haber muchas necesidades, sin embargo hay sólo algunas que son las sentidas y la gente se moviliza por ellas. Ese trabajo creo que habría que enfrentarlo con el mismo espíritu de siempre, aunque los problemas sean otros".

Para continuar este trabajo —insiste monseñor Precht— no hay que perder las grandes enseñanzas que para la Iglesia ha dejado la labor solidaria. Una de ellas es la concepción integral de los derechos humanos que compromete a respetar y a trabajar solidariamente por los demás.

*"Los derechos humanos son profundamente solidarios (interdependientes) entre sí. Es decir, la violación de uno solo de ellos debilita radicalmente su conjunto. Por eso, la Iglesia de América Latina postula la utopía de la promoción y el respeto integral de los derechos civiles y políticos, de los económicos, sociales y culturales".*¹

1 P. CRISTIAN PRECHT, *El imperativo de la solidaridad*. p. 62.

La visión integral de los derechos humanos es un aprendizaje de la Iglesia en este tiempo. Por eso, cree que no basta con tener esa concepción, también hay que promoverla. En ese sentido, la educación aparece como una línea solidaria que continúa y profundiza lo ya avanzado. Monseñor Manuel Camilo Vial es partidario de ella.

"Creo que el tema de los derechos humanos se ha grabado profundamente y en forma definitiva en todos nosotros. Necesitamos seguir educando a nuestro pueblo al respecto y, al mismo tiempo, sacar las consecuencias para que en nuestra sociedad se viva efectivamente el respeto a toda persona humana y la solidaridad, especialmente, con los más necesitados. (...) La solidaridad es otro término para expresar lo que es la caridad y por eso considero que este trabajo no sólo no debe desaparecer sino que, muy por el contrario, debe acentuarse dentro de la Iglesia. Pienso que en todo Obispado, en toda Iglesia particular, debe haber una acción pastoral solidaria".

Cumplir con la tarea educativa en torno a los derechos humanos también es una labor que monseñor Juan de Castro considera interesante para el futuro. Cree que los días en que la acción se realizaba a través de la Iglesia ya han pasado y el trabajo debería centrarse en lo pedagógico.

"Ahora hay mecanismos de participación más normal. A la Iglesia ahora le corresponde seguir difundiendo el espíritu solidario y de respeto a los derechos humanos en los distintos niveles: escolar, universitario, extra-escolar o bien, a través de

organizaciones comunitarias en distintos sectores sociales. No lo sé. Hay que pensarlo más..."

Diversas son las posibilidades que permitirían mantener las enseñanzas del trabajo solidario en la Iglesia. Múltiples son los lugares donde podría incentivarse una pastoral solidaria para la nueva etapa.

En cualquier caso, es necesario romper los prejuicios que existen con la tarea solidaria. Quety Zúñiga, la asistente social a cargo del actual equipo solidario de la Zona Sur, estima que es necesario que algunas personas de Iglesia le pierdan el miedo a lo solidario.

"Yo creo que en ciertas cosas la Iglesia se sintió sobrepasada en un momento dado, en tiempos de la dictadura. La Iglesia tuvo mucho miedo de ser manipulada. Además, por temor a los conflictos a veces se desecha la posibilidad de meterse en el trabajo solidario que en ocasiones significa tomar decisiones que pueden ser conflictivas".

La labor solidaria no terminará, porque no empezó en 1973 ni culminará en el '91. Dentro de la Iglesia es mucho más antigua. Claro, ha cambiado con la coyuntura, pero es el mismo proyecto: descubrir la realidad social en sus carencias y potencialidades, es una mirada ante los pobres, es querer construir un mundo distinto y más igualitario. Eso no cambia.

No es que la Iglesia abandone el trabajo solidario, dice Enrique Palet.

"Lo que cambia es la sociedad que se va asumiendo a sí misma. Y eso es muy bueno porque el pueblo vuelve a participar en las estructuras normales. Eso no significa que la Iglesia no siga animando la vida del pueblo. Por supuesto que debe seguir atenta a los tiempos, dando pautas, criterios, pero no jugar un rol político. Eso lo deben hacer otros. No creo en una Iglesia sustitutiva..."

Una Iglesia junto al pueblo, recogiendo los aprendizajes del trabajo solidario.

Todo un desafío para la Iglesia Católica en esta nueva etapa.

Otro desafío para la Iglesia que un día abrió sus puertas, acogió y ayudó a conservar el alma solidaria de Chile.

VI NOMINA DE COLABORADORES

Departamento Zonas

Roxana Acuña
Gonzalo Aguirre
Isabel Araos
Isabel Donoso
Gilda Gnecco
Winnie Lira
Haydée López
Carmen Montecinos
José Montecinos
Leticia Orozco
Patricia Pérez
Inelia Quintana
Patricia Reyes
Vladimiro Sáez
Pablo Sahli
Daniela Sánchez
Danilo Sanzana
Adriana Sepúlveda
Patricia Vásquez
Dolores Véliz
Margarita Zaldívar

Zona Oriente

M. Teresa Aqueveque
M. Eugenia Aranda
Robert Baranguer
Eliana Betancourt
Carmen Carrasco
Antonia Cepeda
Mercedes Chaín
Hilda Chiany
Gloria Cruz
M. Isabel Ferrari

M. Cristina Echagüe
Berta Espinoza
Flora Espinoza
Graciela Faúndez
Cristián Fercovic
Eduardo Fernández
Brenda Flores
Boris Fuentes
Roberto Gilbo
Patricia González
Sonia González
Hortensia Guzmán
Nicolás Koomen
Patricia Herrera
Claudio Lavín
Corlenis Lemmers
Verónica Matus
A. María Medioli
M. Luisa Morales
Merita Moya
Alfonso Muñoz
Gladys Olmedo
M. Estela Ortiz
Mirtha Ossandón
Gino Pastorini
Teresa Pefaur
Soledad Puelma
Luis Puente
Silvia Reyes
Carmen Rojo
Amador Ruiz
Adriana Santander
Alicia Silva
Emiliano Soto
Ilsa Urra
Ximena Valdés

Amelia Vargas
Rosa Vargas
María Vargas
René Vásquez
Francisco Vielma
Alex Walte
Mabel Wodehouse
Gildo Zambra
Ivonne Zelada

Zona Norte

Rosita Aguirre
Carmen Andrade
M. Elena Aragón
Cristina Arriagada
Haydée Aravena
J. Carlos Araya
Pablo A. Arnaudon
Zila Bustamante
Oscar Cárdenas
Cecilia Carvajal
Sheila Cassidy
Mercedes Castro
J. Miguel Celedón
Ricardo Concha
Juan Córdoba
Adriana Cruzat
Julia Chacón
Luis Duarte
Liliana Fajardo
Margarita Fernández
Julia Figueroa
Manuel Fuentealba
Adán Garrido
Hernán González
Carlos Ibarra
Romualdo Isler
Teresa Jaña

Ana Leighon
Vanessa Mermentini
Waldo Mayorga
Jorge Morales
Luis H. Morales
M. Cristina Muñoz
M. Soledad Navarrete
Manuel Navarro
René Norambuena
Mirta Ormazábal
Isabel Ortega
Inés Paillamares
Juan Pardo
Andrés Prieto
María Rojas
Jorge Roubillard
Luisa Soto
Víctor Tassara
Gloria Torres
Arnoldo Tuma
Mónica Urrutia
Janeth Ulloa
Luisa Valdivia
Alicia Vallejos
Gladys Vásquez
Margarita Vera
Raquel Vera
Eliana Zúñiga

Zona Rural Costa

M. del Carmen Aznar
Macarena Barros
Adriana Beale
Sofía Burgos
Georgina Cáceres
Gloria Cáceres
Pamela Callejas
Clarita Carmona

Beatriz Carrasco
Dora Carreño
Bernardino del Picó
Josefina del Valle
M. Isidora Edwards
Adela Farías
Andrea Fisher
Irene Fuentes
Carmen Garay
Gabriela Jordán
Zorka Juica
Elvira Madariaga
Marisol Madariaga
Sergio Martínez
Augusto Michaud
Fernando Munita
M. Isabel Muñoz
Nancy Muñoz
Carlos Ortiz
Juan C. Pardo
Ximena Rayo
Celinda Rodríguez
M. Teresa Rojas
María Ruiz
Luis Salazar
David Vásquez
Carmen Verdugo
Hugo Villar
Betty Walker

Zona Centro

Ingrid Almendras
Cecilia Aravena
Denisse Araya
Eduardo Bahamondes
Luis A. Barraza
Oscar Barraza
Carlos Brito

Cecilia Caro
Viviana Heller
Mónica Jiménez
Patricia Latorre
Cristina Lepeley
Antonio Lobos
Aristides Moreno
Leonardo Moreno
Frida Neuwenschwander
Virginia Peralta
Soledad Pérez
Cecilia Quezada
Margarita Reusch
María Rojas
Hilda Sotomayor
Rosa Valenzuela
Argentina Valenzuela

Obispado de San Bernardo

Juan Arcos
Ignacio Astorga
Luis Cáceres
Gloria Herrera
Angélica Galarce
A. María Lorca
Patricia Maldonado
Cecilia Salinas
Carmen Sepúlveda
Sonia Zapata

Zona Cordillera

Silvia Fuenzalida
Marcelo González
Mónica Lathrop
Silvia Núñez

Zona Sur

Juanita Alvarado
Renato Alvarado
Rolando Alvarez
Gladys Araya
Luisa Barrera
Enrique Barrientos
Berta Bravo
Juan Brito
Guido Carvajal
Hernán Cifuentes
Magdalena Contreras
Janeth Cornejo
Marión Cortés
Ruth Durán
Beda Escobar
Fernando Echeverría
Rosa Espínola
Guido Flamey
Isabel Ferrer
Carmen Fresno
Camilo Gaete
M. Loreto Gajardo
Laura Gálvez
Elena Gómez
Emilia Gómez
Miguel González
Dora Guralnick
Estrella Gutiérrez
Hilda Harati
Mario Inzunza
Rubén Ipinza
Blanca Johnson
Manuel Lobos
Sergio Lucero
Saturnina Mantilla
Eliana Martínez
Héctor Méndez
Eduwina Menten

Angélica Molina
Angélica Monrreal
Pedro Moraga
Rosa Moreno
Montserrat Moreto
Patricia Muñoz
Gloria Muñoz
Sergio Nasser
Lilia Ochoa
Janeth Opazo
M. Carmen Paredes
Rosa Pastene
Victoria Plaza
Guido Peteers
Carmen Ponce
René Quijada
Elizabeth Rendic
Mercedes Rovira
Andrea Rodó
Jaco Rodríguez
Paz Rodríguez
Jorge Rojas
Ninfa Rojas
Paulina Saball
María Salas
Lily Santos
Miriam Scheerens
Clara Sepúlveda
Natasha Solovera
Rosa Urzúa
Margarita Usano
Jaime Velasco
Manuel Vergara
Nuvia Zambrano
Quety Zúñiga

Zona Oeste

R. Nieves Aguilera
Vilma Aguilera

Rafael Andaur
Amanda Anguita
M. Carmen Arancibia
Carlos Aranda
Carmen Azogaitia
A. María Bachelieri
Mario Bahamondes
Adán Barriga
Abel Berrios
Lucrecia Brito
Grecco Cáceres
Mireya Cáceres
Aurora Canales
Ana Castro
Mariana Díaz
Héctor Duque
Ingrid Elgueta
Fernando Escobar
Rita Farías
David Gallardo
Italo Gnecco
Nieves González
Angélica Granifo
Jimena Guerrero
Luisa Gutiérrez
Jorge Gutiérrez
Manuel Gutiérrez
M. Soledad Jasmanie
José Levillán

Eva Mardones
M. Angeles Maninom
Reinaldo Martínez
Verónica Martínez
Antolín Moreno
Gustavo Montaldo
Ester Muñoz
Inés Narbona
Alicia Núñez
Carmen Olivares
Celsa Parrán
Juan Pérez
Ninfa Pérez
Sergio Pesutish
Carmen Rojas
Eliseo Richard
Benjamín Sablureau
Eliana Salazar
Luis Santibáñez
Rosa M. Severino
Miriam Sierra
Julio Soto
Eduardo Tapia
Nelly Tapia
Mirta Tobar
Hortensia Valenzuela
Jorge Veas
René Vergara
Jaime Vitali

INDICE

Presentación	5
------------------------	---

I LOS ORIGENES DE LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD

1. Nace un Comité	5
1.1. "Veníamos de un sueño roto"	5
1.2. Los primeros familiares de detenidos desaparecidos	15
1.3. La denuncia urgente	20
1.4. Curar al perseguido	24
2. "Tuve sed..."	28
2.1. Las organizaciones solidarias	30
3. "Tiempo de prueba"	40
3.1. Comité de Cooperación para la Paz	43

II UNA EXPERIENCIA INEDITA

1. La Iglesia no puede callar...	55
1.1. "La emergencia se institucionaliza	55
2. Otros desafíos de la solidaridad	74
2.1. Programas de salud	74
2.2. Bolsas de cesantes y capacitación	75
2.3. "...En un país que cambiaba	82
2.4. La educación popular	101

III LA VISION DESDE LAS ORGANIZACIONES

1. Testimonios	109
1.1. "Ayudando a tejer pueblo"	109
1.2. "Esa palabra solidaridad"	120

IV LA VISION DESDE LA IGLESIA

- 1. La solidaridad desplaza al asistencialismo 127
- 1.1. "Por el camino del buen samaritano" 127
- 1.2. La solidaridad evangélica 131
- 1.3. "Preservar al alma de Chile" 139

V LOS APORTES

- 1. La vicaría en democracia 145
- 1.1. "La reserva social de Chile" 145
- 1.2. "Nuevas hebras al tejido" 152
- 1.3. "El valor de la solidaridad" 156

VI NOMINA DE COLABORADORES

163



Los personajes de esta HISTORIA DEL TRABAJO SOLIDARIO son los religiosos, laicos, creyentes y no creyentes que unieron sus vidas en un compromiso profundo por la defensa y promoción de los derechos humanos.

Los escenarios son las oficinas del Comité de Cooperación para la Paz en Chile, más tarde la Vicaría de la Solidaridad y todas las zonas pastorales de Santiago donde este trabajo fue irradiándose.

Son los difíciles y dolorosos días de octubre de 1973. La Iglesia Católica abre sus puertas para acoger el desamparo, el hambre y el miedo.

Así comienza la historia del trabajo solidario, un desafío emprendido desde la Vicaría de la Solidaridad, por los profesionales y los integrantes de las organizaciones. Todos, unidos por la fe en la vida y la dignidad del hombre.